

Enid Blyton

¡Al fin vacaciones! Al regresar del colegio, *Jorge* y sus primos llegan a «Villa Kirrin», pero la tía Fanny no los deja entrar: la cocinera tiene escarlatina y ellos deben quedarse en la casa del profesor Hayling para no contagiarse. Después de reunirse con *Tim*, un autobús lleva a los chicos hasta la casa del profesor en Big Hollow, donde los espera *Manitas*, el hijo del distraído científico, con su mono *Travieso*. Pronto deciden acampar todos en un terreno próximo a la casa donde se ha instalado un circo. ¡Serán unas divertidas vacaciones! Pero, ¡atención amigos!, porque un importante invento del profesor Hayling está en peligro.



Enid Blyton

Los Cinco juntos otra vez

Los Cinco - 21

ePub r1.1
liete 05.06.14

Título original: *Five are together again*
Enid Blyton, 1963
Traducción: Antonio de Quadras
Ilustraciones: Enrique Ventura

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO JUNTOS OTRA VEZ

Capítulo I

HAN LLEGADO LAS VACACIONES

—*Jorge*, ¿quieres hacer el favor de sentarte y estarte quieta? —dijo Julián—. Sólo falta que, encima del movimiento del tren, tengamos el tuyo. No paras de ir de una ventanilla a otra, ni de darme pisotones.

—Es que ya estamos tan cerca de Kirrin, que es como decir de casa —dijo *Jorge*—, que no puedo estarme quieta. He echado tanto de menos a *Tim* mientras hemos estado fuera, que estoy impaciente y nerviosa. Me gusta mirar por la ventanilla y ver lo cerca que estamos ya de Kirrin. ¿Crees que *Tim* nos esperará en la estación ladrando como un loco?

—No seas tonta —exclamó Dick—. *Tim* es un perro muy listo, pero no tanto que pueda leer los horarios de los trenes.

—Ni falta que le hace —respondió *Jorge*—. Siempre sabe cuándo llego a casa.

—Es verdad —dijo Ana—. Tu madre dice que el día de tu llegada, *Tim* está excitado, no para un momento, y continuamente se está asomando a la puerta de la casa para mirar a la calle.

—¡Es una maravilla de perro! —exclamó *Jorge*, pisando una vez más a Julián, al acercarse a la ventanilla—. ¡Ya llegamos! Ahí está el paso a nivel. ¡Hurra!

Sus tres primos la miraron riendo. *Jorge* se portaba siempre así cuando regresaban a casa para disfrutar de las vacaciones. No cesaba de hablar de su querido *Tim* en todo el camino. Julián pensó que parecía verdaderamente un chico, con su pelo corto y rizado y su expresión resuelta. *Jorge* suspiraba por ser un muchacho y hacía lo posible por hablar y obrar como si lo fuera. Cuando la llamaban

por su nombre verdadero, Georgina, nunca contestaba.

—¡Estamos llegando a la estación de Kirrin! —gritó *Jorge*, sacando medio cuerpo por la ventanilla—. Ahí está nuestro Pedro. ¡Hola, Pedro! ¡Ya estamos otra vez aquí!

El tren entró en la estación. Pedro saludó a la niña sonriendo. Conocía a *Jorge* desde que era casi un bebé. *Jorge* abrió la puerta y saltó al andén.

—¡Otra vez en casa! —gritó alegremente—. ¡Otra vez en Kirrin! *Tim* está en la estación, ¿verdad?

Pero *Tim* no estaba en la estación.

—Debe de haberse olvidado de que llegabas —dijo Dick con sorna.

Jorge le dio un pellizco. Pedro se acercó a ellos sonriente para darles la bienvenida. Todo Kirrin conocía a los cinco, contando a *Tim*, claro es. Pedro puso las maletas en su carretilla y se dirigió con ellos hacia la salida.

—Las mandaré a «Villa Kirrin» tan pronto como llegue la furgoneta —dijo—. ¿Cómo os ha ido en el *cole*?

—Estupendo —respondió Dick—. Pero este trimestre se nos ha hecho un poco largo. Este año Pascua ha caído muy tarde. ¡Mirad qué bonitas están las flores de la estación!

Pero *Jorge* no tenía ojos para las flores. Seguía buscando con la mirada a su querido *Tim*. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había acudido a la estación para recibirla? Era la primera vez que pasaba esto. Se volvió hacia Dick, con un gesto de preocupación.

—¿Estará enfermo? —preguntó—. ¿Me habrá olvidado? Quizás ha…

—No temas, *Jorge* —respondió Dick, tratando de tranquilizarla—. Estará encerrado en casa y no habrá podido salir. ¡Cuidado! A ver si te aplasta un pie la carretilla.

Jorge se apartó. ¿Qué le habría pasado a *Tim*? Seguro que estaría enfermo…, o habría sufrido un accidente…, o quizás Juana, la cocinera, se habría olvidado de soltarlo, y estaría atado.

—Si tengo dinero suficiente, tomaré un taxi para ir a casa —dijo, buscando en su monedero—. Vosotros podéis ir a pie. Quiero saber en seguida si le ha ocurrido algo a *Tim*. Es la primera vez que no ha venido a la estación.

—No, *Jorge*. Piensa en lo fantástico que será ir dando un paseo hasta «Villa Kirrin» —dijo Ana—. A todos nos encanta ver tu isla, la isla de Kirrin, la bahía. Será magnífico oír el ruido de las olas mientras vamos paseando.

—Tomaré un taxi —repitió *Jorge*, tercamente, contando su dinero—. Si queréis, podéis venir conmigo en el taxi. A quien quiero ver es a *Tim*, no la isla, la bahía o todo eso. Seguro que está enfermo, o que ha tenido un accidente, o algo por el estilo.

—Bien, *Jorge*; haz lo que quieras —dijo Julián—. Verás como encuentras perfectamente al viejo *Tim*. Se habrá olvidado de venir a la estación y eso será todo… Hasta luego.

Los dos hermanos y Ana se fueron juntos, deseosos de disfrutar del paseo. ¡Era emocionante ver de nuevo la bahía de Kirrin y la isla de *Jorge*!

—¡Qué suerte! ¡Tener una isla sólo para ella! —exclamó Ana—. Es curioso. Ha pertenecido a su familia desde hace muchos años y, de pronto, su madre se la regala. Apostaría la cabeza a que ha estado dando la lata a tía Fanny hasta que ha conseguido que se la regale… Ojalá no le haya pasado nada a *Tim*. No disfrutaríamos de las vacaciones si le hubiese ocurrido algo.

—Seguro que *Jorge* se iría a vivir con él en su caseta —dijo Dick, sonriendo. Y exclamó de pronto—: ¡Mirad! ¡El mar, la bahía, la isla…! ¡Todo tan maravilloso como siempre!

—¡Y las gaviotas maullando como gatos! —dijo Julián—. ¡Y el castillo en ruinas! Todo sigue igual. Al castillo no se le ha caído ni una sola piedra.

—Desde aquí no lo puedes ver —le advirtió Ana—. ¡No hay nada como un primer día de vacaciones! ¡Se tiene tanto tiempo por delante para disfrutarlas!

—Sí, pero luego, sólo unos cuantos días después, ve uno que las vacaciones se han acabado —dijo Julián, y preguntó—: ¿Estará ya en casa *Jorge*?

—El taxi nos ha adelantado a una velocidad de miedo —respondió Dick—. Apuesto lo que queráis a que *Jorge* le iba gritando al conductor que acelerase.

—¡Mirad! ¡Allí está «Villa Kirrin»! —exclamó Dick—. Ya veo las chimeneas. De una de ellas sale humo.

—¡Qué raro! ¿Por qué sólo una? —preguntó Julián—. Tanto la cocina como la chimenea del despacho de tío Quintín están siempre encendidas. Tío Quintín es muy friolero y no quiere estar sin calefacción cuando trabaja en sus inventos.

—Quizás no esté en casa —dijo Ana, esperanzada, acordándose del mal genio que tenía el padre de *Jorge*—. Creo que a tío Quintín le convendría tomarse de cuando en cuando unas vacaciones. Siempre está rodeado de montañas de papeles llenos de números.

—Bueno, confío en que lograremos no molestarle demasiado —dijo Julián—. Tía Fanny lo pasa muy mal cuando tío Quintín sale de su estudio hecho una fiera, gritando. Procuraremos estar en casa lo menos posible.

Estaban ya muy cerca de «Villa Kirrin». Cuando se acercaban a la verja del jardín vieron a *Jorge* que salía corriendo de la casa. Lloraba amargamente.

—Por lo visto, al pobre *Tim* le ha ocurrido algo malo —dijo Julián, preocupado—. *Jorge* no llora nunca. ¿Qué habrá pasado?

Todos corrieron alarmados hacia «Villa Kirrin». Ana gritó mientras corría:

—¡*Jorge*! ¡*Jorge*! ¿Qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a *Tim*? ¿Qué pasa, *Jorge*?

—Que no podemos quedarnos aquí —respondió la niña lloriqueando—. Tenemos que irnos a otra parte. Ha sucedido algo espantoso.

—¡Di de una vez lo que ha pasado! —gritó Dick, inquieto—. ¡Por favor, habla! ¿Han atropellado a *Tim*? ¿Está enfermo?

—No, no es cosa de *Tim* —repuso *Jorge*, secándose los ojos con el dorso de la mano, pues no llevaba pañuelo—. Se trata de Juana, la cocinera…

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Julián, imaginándose cosas atroces—. ¿Quieres hablar de una vez?

—Juana tiene la escarlatina —explicó *Jorge*, entre lágrimas—. Por eso no podemos quedarnos en «Villa Kirrin».

—¿Por eso? —exclamó Dick—. ¡Bah! A Juana la llevarán a un hospital. Nosotros podemos quedarnos para ayudar a tu madre. Compadezco a Juana, pero la escarlatina no es nada del otro mundo, *Jorge*. De modo que anímate… En fin, vamos a ver a tu

madre. ¡Pobre tía Fanny! ¡Vaya panorama! Juana enferma y nosotros aquí. Bueno, ya buscaremos el modo de…

—¡No digas más tonterías, Dick! —dijo *Jorge*, furiosa—. No podemos quedarnos en «Villa Kirrin». Mi madre no me ha dejado pasar ni siquiera al recibidor. Me ha dicho que me quede en el jardín. Pronto llegará el doctor.

Alguien los llamó desde una de las ventanas de la casa.

—¿Estáis ahí? ¡Hola, muchachos! ¡Oye, Julián! ¡Acércate, por favor!

Todos entraron en el jardín y vieron a tía Fanny asomada a la ventana de su dormitorio.

—Escuchad —dijo—. Juana tiene la escarlatina y estamos esperando a que llegue una ambulancia para llevarla al hospital y…

—¡No te preocupes, tía Fanny, te ayudaremos en todo lo que podamos! —contestó Julián.

—No me entiendes, Julián —dijo tía Fanny—. Escucha. Ni tío Quintín ni yo hemos tenido nunca la escarlatina. Por lo tanto, estamos en cuarentena. No se puede acercar nadie a nosotros: se expondría a contagiarse. ¿Comprendes?

—¿También puede contagiarse *Tim*? —preguntó *Jorge*.

—¡No digas tonterías, *Jorge*! —le contestó su madre—. ¿Cuándo has visto que un perro tenga el sarampión, la gripe o cualquiera otra de nuestras enfermedades? *Tim* no está en cuarentena. Lo puedes sacar de su caseta cuando quieras.

La cara de *Jorge* se iluminó inmediatamente, y la niña echó a correr hacia la parte trasera de la casa, mientras llamaba al perro a voz en grito. En seguida se oyeron alegres ladridos.

—Tía Fanny, ¿qué debemos hacer? —preguntó Julián—. A mi casa no podemos ir porque mi familia sigue en Alemania. ¿Tendremos que hospedarnos en un hotel?

—No. Ya pensaré adónde podéis ir —le respondió su tía—. ¡Válgame Dios! ¡Qué jaleo está armando *Tim*! ¡Con el dolor de cabeza que tiene la pobre Juana!

—Ahí está la ambulancia —gritó Ana, al ver una gran furgoneta blanca que se acercaba por la calle.

La señora de Kirrin desapareció de la ventana para ir a dar la noticia a Juana. Un enfermero y el conductor de la furgoneta se

dirigieron a la puerta de la casa transportando una camilla. Los cuatro niños observaron con curiosidad toda la operación. Poco después los dos camilleros aparecieron nuevamente con la camilla, en la que estaba la cocinera envuelta en una sábana. La enferma saludó con la mano a los niños.

—¡Pronto estaré de vuelta! —dijo—. Ayudad a la señora Kirrin si podéis.

—Adiós, Juana —dijo Ana entre lágrimas—. ¡Ponte buena pronto! Te echaremos mucho de menos.

Las puertas de la ambulancia se cerraron y el vehículo se alejó lentamente.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Julián, volviéndose hacia Dick—. Ni podemos quedarnos aquí ni podemos entrar en casa. ¡Oh, aquí está *Tim*! ¿Cómo va eso, *Tim*? Menos mal que tú no puedes enfermar de escarlatina. ¡Aparta! ¡Me vas a tirar al suelo!

Tim era el único que se sentía feliz. Los demás estaban preocupados. ¿Qué harían? ¿Adónde podían ir? ¡Qué principio de vacaciones tan desastroso!

—¡Aparta, *Tim*, apártate! ¡Qué perro tan pesado! ¡Cualquiera diría que no ha oído hablar nunca de la escarlatina! ¡Quieto, *Tim*; no me lamas!

Capítulo II

LOS CINCO SE TRASLADAN

Jorge seguía preocupada. Primero sus temores de que *Tim* estuviese enfermo o herido, y luego la pena de saber que Juana tenía la escarlatina y de haber visto cómo se la llevaban al hospital, no eran motivos para que en su cara se reflejara la alegría.

—Deja ya de suspirar, *Jorge* —dijo Ana—. Tenemos que hacernos fuertes y pensar algo.

—Voy a ver a mamá —decidió *Jorge*—. Me importa un bledo que esté en cuarentena.

—Eso, ni pensarlo —le dijo Julián, asiendo con fuerza su brazo —. Sabes muy bien lo que quiere decir cuarentena. Cuando tuviste la tos ferina te prohibieron que te acercaras a nosotros, para evitar que nos la contagiases. Tenías microbios y no pudiste acercarte a nadie durante varias semanas. Me parece que en la escarlatina eso sólo dura dos semanas. Así que no puede ser muy grave.

Jorge siguió lloriqueando, mientras trataba de desprenderse de Julián. Éste guiñó el ojo a Dick y dijo algo que hizo que *Jorge* cambiase de conducta en un segundo.

—¡Mirad a *Jorge*! —exclamó—. Se está portando como una niña llorona. ¡Pobre Georgina!

Jorge cesó inmediatamente de lloriquear y dirigió a Julián una mirada furiosa. Nada le molestaba tanto como que le dijesen que se portaba como una niña tonta. ¡Y qué horroroso le parecía su verdadero nombre, Georgina! Dio un puñetazo a Julián y éste sonrió y la soltó.

—Eso está mejor —dijo—. ¡Ánimo, *Jorge*! ¡Mira qué extrañado está *Tim*! Casi nunca te había oído llorar.

—¡No estoy llorando! —protestó *Jorge*—. Estoy…, bueno, estoy preocupada por Juana. Además, es horrible no tener ningún sitio adonde ir.

—Tía Fanny está telefoneando —dijo Ana, que tenía el oído muy fino.

Tim le lamió la mano y ella lo acarició. El simpático perro los había recibido cariñosa y alegremente, ladrando como un loco y lamiéndoles a todos las manos. Se sentía feliz al ver de nuevo a *Jorge* y le sorprendió su tristeza.

—Esperemos sentados a que se asome tía Fanny —dijo Julián, sentándose en el césped—. Parecemos unos tontos aquí de pie, mirando la casa como si no la hubiésemos visto nunca. Tía Fanny aparecerá en seguida en la ventana, seguro que habrá encontrado una buena solución para nuestro problema. ¡*Tim*! Me obligarás a levantarme si sigues lamiéndome el cuello de ese modo. Como esto continúe, tendrás que ir a traerme una toalla para secarme.

Las bromas de Julián devolvieron a todos parte de su alegría. Seguían sentados en el césped y *Tim* iba de uno a otro agitando alegremente la cola. Para él era una delicia estar con todos sus amigos de nuevo. Al fin se echó en la hierba y apoyó la cabeza en las rodillas de *Jorge*, que lo acarició.

—Tía Fanny ha colgado el teléfono —anunció Ana—. Ahora se asomará a la ventana.

—Tienes oído de perro: es tan fino como el de *Tim* —dijo Dick —. Yo no he oído nada.

—¡Allí está mamá! —exclamó *Jorge*, poniéndose en pie al ver a su madre asomada a la ventana.

—¡Todo va bien, muchachos! —dijo la señora Kirrin—. Ya he arreglado vuestro asunto. He llamado por teléfono al profesor Hayling. ¿Lo recuerdas, *Jorge*? Es ese científico que ha trabajado con tu padre. Iba a venir a pasar con nosotros un par de días, y cuando le he dicho que no viniese porque estábamos en cuarentena, en seguida me ha contestado que vayáis vosotros allí, y que *Manitas*, su hijo (¿os acordáis de él?), se alegrará de que le hagáis compañía.

—¡*Manitas*! —exclamó Julián—. ¿Quién puede olvidarse de él ni de su mono? Es aquel chico que tenía un faro en las Rocas del

Diablo. Lo pasamos colosal. Fueron unas vacaciones formidables.

—Pero esta vez no podréis ir al faro —dijo tía Fanny—. Hace poco hubo una tormenta que lo dejó casi en ruinas. Está inhabitable.

—¿Entonces, adónde iremos? —preguntó Dick, un poco desilusionado—. ¿A la casa?

—Sí. Podéis ir en autobús. Hay uno que os dejará en el mismo Big Hollow, que es donde vive el profesor —dijo tía Fanny—. Podéis ir hoy mismo. Siento mucho lo que ha ocurrido, pero es algo que no se puede evitar. Estoy segura de que lo pasaréis muy bien con *Manitas* y su mono. ¿Cómo se llama?

—*Travieso* —dijeron todos a la vez.

Ana sonrió al acordarse de aquel monito tan juguetón y divertido.

—El autobús pasa dentro de diez minutos —dijo tía Fanny—. Julián, si no podéis cargar con todo el equipaje, decidle al jardinero que os ayude. Adiós. Que os divirtáis mucho. Enviadme alguna postal. Ya os diremos cómo estamos nosotros, aunque no creo que ni tío Quintín ni yo pesquemos la escarlatina. Ya os mandaré dinero. Corred si no queréis que se os escape el autobús.

—¡De acuerdo, tía Fanny! ¡Y gracias! —gritó Julián—. Yo me encargaré de vigilarlos a todos y especialmente a *Jorge*. No te preocupes por nosotros.

Se dirigieron a la puerta principal donde tenían las maletas.

—Ana, sal a la calle y haz parar al autobús cuando llegue —le ordenó Julián—. Dick y yo transportaremos las maletas. ¿Cómo os parece que lo pasaremos con *Manitas* en Big Hollow? Yo creo que lo vamos a pasar estupendamente.

—Pues yo no —dijo *Jorge*, enfurruñada—. Me es muy simpático *Manitas*; me parece un niño muy divertido. Y lo mismo digo del mono, tan gracioso, aunque también tan travieso. Pero, ¿te acuerdas de lo que sucedió cuando el padre de *Manitas* estuvo unos días con nosotros? Nunca llegaba a la hora de comer, siempre estaba perdiendo el abrigo, el sombrero o la cartera, y también perdía muchas veces la paciencia. Quedé de él hasta la coronilla.

—Supongo que también él acabará hasta la coronilla de nosotros —dijo Julián—. No le parecerá nada divertido tener cuatro niños en

su casa, y menos si está haciendo algún trabajo difícil. Y no hablemos de *Tim*, que se pasa el día dando lengüetazos a la gente.

—A él no lo lamerá —replicó *Jorge* en seguida, indignada—. No me gusta el padre de *Manitas*.

—Bueno, no te enfurezcas —dijo Julián—. Tampoco creo que nosotros le gustemos demasiado a él. El caso es que ha sido muy amable al invitarnos a pasar unos días en Big Hollow, y tenemos que portarnos bien. ¿Entendido? De modo que ya lo sabes, *Jorge*. Nada de jugarretas…, ni aunque él no se porte bien con *Tim*.

—¡Pobre de él si se atreve! —exclamó *Jorge*—. Además, me parece que no iré. Me quedaré con *Tim* aquí, en la casita de verano que hay al otro lado del jardín.

—¡De ningún modo! —dijo Julián, asiéndola fuertemente de un brazo—. No quiero tonterías. Vendrás con nosotros y te portarás bien. ¡Ahí está el autobús! Veremos si hay asientos libres.

Ana había detenido al autobús y preguntó al conductor si había sitio. El conductor conocía a los niños. Bajó inmediatamente.

—¡Qué pronto volvéis a la escuela! —exclamó—. Creía que estaba cerrada.

—Lo está —dijo Julián—. Nosotros vamos a Big Hollow. El autobús pasa por allí, ¿verdad?

—Sí, pasamos por el centro del pueblo —dijo el conductor, levantando las tres maletas a la vez, ante la envidia de Julián—. ¿A qué parte de Big Hollow vais?

—Vamos a casa del profesor Hayling —dijo Julián—. Creo que esa casa se llama como el pueblo: Big Hollow.

—¡Ah, sí! Pasamos por delante. Pararé ante la puerta y os ayudaré a bajar el equipaje. Tendréis que llevar mucho cuidado con lo que hacéis en casa del profesor Hayling. Es un poco raro, ¿sabéis? Cuando las cosas no van a su gusto se pone furioso, y si se enfada con vosotros puede meteros en una de sus extrañas máquinas y haceros picadillo.

Los niños se echaron a reír.

—No lo crea. El profesor es un hombre excelente —dijo Julián —. Sólo que un poco despistado, como todos los que hacen trabajar mucho el cerebro. El mío va muy despacio. En cambio, el de tío Quintín va a cientos de kilómetros por hora, y supongo que el del

profesor marcha a la misma velocidad. Lo pasaremos muy bien.

El autobús arrancó y empezó a saltar en los baches de la ondulada carretera que iba de Kirrin a Big Hollow. Los niños miraban por las ventanillas mientras el autobús avanzaba junto a la playa donde el mar comenzaba a mostrar un azul brillante bajo los rayos del sol. Todos vieron la isla de Kirrin en medio de la bahía.

—¡Qué ganas tengo de ir a mi isla! —dijo *Jorge*, suspirando—. Iremos un día a comer. Veréis qué bien lo pasamos. Me gustaría que *Manitas* viese mi isla. Él tiene un faro, pero una isla es mucho más importante.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Julián—. El faro de *Manitas* es magnífico, y desde él se disfruta de una vista maravillosa; pero la isla de Kirrin tiene algo más hermoso y admirable. Las islas son diferentes de todo.

—Sí, son diferentes —dijo Ana—. Daría cualquier cosa por tener una isla, una islita tan pequeña que pudiese abarcarla toda de una sola ojeada. ¡Ah! Y me gustaría que tuviese una cueva con el espacio justo para que cupiese mi cuerpo, y que sería mi dormitorio.

—Pronto te sentirías demasiado sola, Ana —dijo Dick, sonriendo —. Te gusta tener gente a tu alrededor, para poder ser amable con los demás.

—Lo mismo le pasa a *Tim* —dijo Julián, señalándolo con el dedo.

Tim se había separado de *Jorge* y estaba olfateando la cesta de una señora que, al verlo, lo acarició, sacó un bizcocho de uno de los paquetes del cesto y se lo dio.

—A *Tim* le encanta estar rodeado de gente —dijo Julián, bromeando—, siempre que en el grupo de personas haya alguien dispuesto a darle un bizcocho, un hueso o algo que le guste.

—¡Ven aquí, *Tim*! —le ordenó *Jorge*—. No quiero que vayas olisqueando las cestas de la gente, como si estuvieses hambriento. Eres el perro que come mejor de todo Kirrin. ¿Quién se come la comida del gato cuando puede? ¿Eh?

Tim dio a *Jorge* un cariñoso lengüetazo y se sentó a su lado. Cada vez que subía alguien al autobús, se levantaba respetuosamente. El revisor estaba asombrado.

—¡Ojalá todos los perros que suben al autobús estuviesen tan bien educados como el vuestro! —dijo—. Bueno, ya os podéis ir preparando para bajar. La próxima parada está un poco más lejos de la casa adonde vais, pero haré sonar el timbre, y el conductor parará un momento para que podáis bajar.

—Muchas gracias —dijo Julián.

Un minuto después se detuvo el autobús y los cinco bajaron rápidamente. El autobús se alejó y los niños se encontraron ante una gran puerta de madera: la del cercado. Estaba abierta y desde ella pudieron ver un gran edificio medio oculto por árboles de gran altura.

—¡Big Hollow! —exclamó Julián—. ¡Hemos llegado! ¡Qué sitio tan extraño! Tiene un algo de misterio, ¿verdad?… Bueno, ahora a buscar al amigo *Manitas*. Cómo se alegrará de vernos, y especialmente de ver a *Tim*. ¡Ayúdame a llevar las maletas, Dick!

Capítulo III

OTRA VEZ *MANITAS* Y *TRAVIESO*

Los cuatro niños y *Tim* empujaron la puerta de madera, que se abrió chirriando, y entraron en el recinto. *Tim* se asustó al oír aquel ruido tan raro y empezó a ladrar furiosamente.

—¡Silencio! —le ordenó *Jorge*—. Tendrás problemas con el profesor si ladras de ese modo. De ahora en adelante tendremos que hablar en susurros para no molestar a ese sabio. De modo que aprende tú también a ladrar en voz baja.

Tim gimió débilmente, como para demostrar que también él era capaz de expresarse en susurros. Al lado de *Jorge* y en compañía de los demás niños, se dirigió a la casa por un estrecho sendero. La casa era una extraña construcción, alargada y sin apenas ventanas.

—Sin duda, el profesor Hayling tiene miedo de que le espíen —dijo Ana—. Su trabajo es secreto, ¿verdad?

—Sólo sé que hace miles y miles de números —repuso Dick—. *Manitas* me dijo una vez que *Travieso*, cuando era pequeño, se comió una cuartilla llena de números, y el profesor lo estuvo persiguiendo durante una hora. Al fin lo atrapó y le sacó varios trozos de papel de la boca, con lo que recuperó parte de las cifras. Al pobre *Travieso* le costó cara su travesura, pues los dos días siguientes los pasó escondido en una madriguera de conejo.

Todos se echaron a reír al imaginarse a *Travieso* escondido en la estrecha madriguera.

—Tú no cabrías, *Tim* —dijo Julián—. Así que debes tener cuidado y no comerte ningún papel.

—No es tan tonto —dijo *Jorge* en el acto—. *Tim* sabe lo que se puede comer y lo que no se puede comer.

—¿Ah, sí? —exclamó Ana—. Pues me gustaría saber qué clase de comestible se imaginó que era mi zapatilla cuando se la zampó en nuestras últimas vacaciones.

—No mientas —dijo *Jorge*—. Sabes muy bien que la mordió porque lo encerraron en tu habitación y tenía que entretenerse con algo.

—¡Guau! —ladró *Tim*, asintiendo. Y lamió la mano de Ana, como diciendo: «Lo siento mucho, pero ¡estaba tan aburrido!».

—Oye, *Tim* —le dijo Ana—. No me importa que destroces mis zapatillas, pero, por lo menos, escoge las más viejas.

De pronto, *Tim* se quedó inmóvil, mirando a unos arbustos, y empezó a gruñir. *Jorge* lo sujetó al punto por el collar. Le daban mucho miedo las serpientes, que merodeaban en aquella época del año.

—¡Puede ser una víbora! —exclamó—. El perro de la casa de al lado se peleó con una y luego se le hinchó horriblemente una pata y le dolía mucho. ¡Ven, *Tim*! ¡Es una víbora y tiene veneno en los colmillos!

Pero *Tim* siguió gruñendo. De pronto, empezó a olfatear y seguidamente dio un gran salto, se alejó de *Jorge* y se lanzó sobre una mata. Y de ella no salió una serpiente, sino *Travieso*, el mono de *Manitas*.

Travieso se subió al lomo de *Tim*, se aferró con sus deditos al collar y empezó a parlotear alegremente. *Tim* estuvo a punto de dislocarse el cuello, a fuerza de volver la cabeza para lamer al mono.

—¡*Travieso*! —gritaron todos a la vez, en una explosión de alegría—. ¡Gracias por haber venido a darnos la bienvenida!

Y el monito, sin dejar de parlotear en su extraño lenguaje, saltó primero al hombro de *Jorge* y luego al de Julián. Tiró a éste del pelo, le retorció una oreja y saltó al hombro de Dick, de donde pasó al de Ana. Allí se acurrucó, con una expresión de felicidad en sus ojos brillantes.

—¡Oh, qué contento está de volvernos a ver! —dijo Ana—. *Travieso*, ¿dónde está *Manitas*?

Travieso bajó de un salto del hombro de Ana y se alejó por el camino como si hubiese entendido a la niña. Los cinco corrieron

tras él; pero, de pronto, una voz terrible que llegaba desde el otro lado del sendero los detuvo.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Hala, fuera! ¡Este jardín es particular! ¡Largo de aquí o llamaré a la policía!

Los cinco se estremecieron. De pronto, Julián vio a la persona que les gritaba. ¡Era el profesor Hayling! Julián se acercó a él.

—Buenas tardes, señor —le dijo—. Sentimos molestarle, pero usted le dijo a mi tía que viniésemos.

—¿A tu tía? ¿Quién es tu tía? No conozco a ninguna tía —gruñó el profesor—. Sois unos curiosos entrometidos y nada más. Venís a meter las narices en mi trabajo, sólo porque un estúpido periódico ha hablado de él. ¡Repito que os vayáis! ¡Y llevaos a ese perro! ¡Sois unos atrevidos!

—Pero, ¿de veras no nos conoce, señor? —exclamó Julián—. Usted vino una vez a nuestra casa a pasar unos días y…

—¡Qué tontería! ¡No he dejado mi casa desde hace años! —gritó el profesor.

Travieso estaba tan asustado, que se escondió detrás de unas matas. Pero en seguida salió corriendo, mientras parloteaba visiblemente excitado.

—Ojalá vaya a buscar a *Manitas* —dijo Julián a Dick en voz baja —. El profesor no recuerda quiénes somos ni por qué hemos venido. Retrocedamos un poco.

Pero cuando se alejaban lentamente hacia la puerta de entrada, seguidos por el enojado profesor, oyeron fuertes gritos y vieron a *Manitas* que llegó corriendo hasta ellos, con *Travieso* aferrado firmemente a su pelo para no caerse. El monito había ido a buscarlo. «¡Bien por *Travieso*!», pensó Julián.

—¡Papá! ¡No hables a nuestros amigos de ese modo! —gritó *Manitas*, plantándose ante su padre—. Están aquí porque tú les dijiste que viniesen, bien lo sabes.

—¡Yo no he hecho tal cosa! —dijo el profesor—. ¿Quiénes son?

—Esta chica es *Jorge*, la hija del señor Kirrin, y los otros son primos de ella. Y éste es su perro, *Tim*. Tú les dijiste que viniesen, porque los señores Kirrin están en cuarentena, por haber estado con un enfermo de escarlatina —siguió diciendo *Manitas*, sin dejar de moverse nerviosamente ante su padre.

—¡Deja ya de bailotear como un tonto! —exclamó el profesor—. No recuerdo haberlos invitado. Si lo hubiese hecho, lo sabría Jenny, la muchacha.

—¡Pero si se lo has dicho! —gritó *Manitas*, levantando todavía más la voz—. Ya ha hecho las camas. Yo la he ayudado. Y me ha dicho que te preguntase si es que no te había gustado el desayuno, pues ni siquiera lo has tocado todavía y ya es casi la hora de comer.

—¡Válgame Dios! ¡Por eso estoy tan hambriento y malhumorado! —exclamó el profesor.

Se echó a reír. Tenía una risa imponente y tan contagiosa, que los niños se echaron a reír también como locos. ¡Qué tipo tan divertido aquel profesor! Un hombre tan inteligente, con montañas de conocimientos en su cabeza y, sin embargo, era incapaz de acordarse de cosas tan sencillas como el desayuno, las visitas y las llamadas telefónicas.

—Ha sido un simple olvido, señor —dijo Julián, cortésmente—. Ha sido usted muy amable al invitarnos a su casa al ver que no podíamos estar en la nuestra por culpa de la escarlatina. Trataremos de no molestarle y, si podemos ayudarle en algo, no tiene más que decirlo. No haremos ruido y permaneceremos alejados de usted.

—¿Has oído, *Manitas*? —dijo el profesor, dando media vuelta y encarándose con el asombrado *Manitas*—. ¿Por qué no haces tú lo mismo? ¿Por qué no procuras hacer poco ruido y alejarte de mí? Ya sabes que estos días tengo mucho trabajo, pues estoy ocupado en un proyecto muy importante.

Luego se volvió hacia Julián.

—Os estaré muy agradecido si mantenéis a *Manitas* lejos de mi puesto de trabajo. Y, sobre todo, que nadie, absolutamente nadie, se acerque a aquella torre. ¿Entendido?

Todos miraron hacia donde señalaba el profesor y vieron una torre alta y de escasa anchura que se alzaba entre los árboles. De su parte más alta salían extrañas antenas que parecían tentáculos y se mecían suavemente al impulso de la brisa.

—Y no me preguntéis nada sobre esa torre —siguió diciendo el profesor, mientras miraba a *Jorge* con semblante severo—. Tu padre es el único hombre que sabe para qué sirve todo esto…, y sabe también tener la boca cerrada.

—A ninguno de nosotros le pasará por el pensamiento hacerle preguntas —afirmó Julián—. Es usted muy amable al tenernos aquí, y le repito que no le causaremos ninguna molestia, sino que le ayudaremos si usted nos lo ordena.

—Bien, muchacho. Hablas como un niño responsable y formal —dijo el profesor, que se había ido calmando—. Bueno, os dejo. Voy a tomar el desayuno. Me vendrán muy bien un par de huevos fritos con jamón. Estoy hambriento.

—¡Pero papá! ¡Hace ya horas que Jenny se ha llevado tu desayuno! —exclamó *Manitas*—. Ya te he dicho que es casi la hora de comer.

—¡Pues vamos a comer ahora mismo! —dijo el profesor—. Pero no me hace ninguna gracia que esa chica se lleve el desayuno sin ni siquiera dejármelo probar.

Y se dirigió a la casa seguido por los niños, a los que acompañaban *Tim* y *Travieso*. Todos estaban un poco desconcertados. ¡Cualquiera sabía lo que podría decir el profesor en los cinco minutos siguientes!

Jenny les había preparado una comida estupenda. Como primer plato había unas exquisitas patatas estofadas, con zanahorias, guisantes y cebollas. Todos se sirvieron un gran plato, y *Travieso*, al que le gustaban mucho los guisantes, tomó unos cuantos del plato de *Manitas*.

Las chicas, que ayudaban a Jenny, sacaron a la mesa el postre, un incomparable budín con pasas. *Travieso* se encaramó a la mesa: le encantaban las pasas. Pero, apenas puso las patas en el mantel, el profesor le lanzó un manotazo. Pero, en vez de darle al monito, le dio a la fuente del budín, que estuvo a punto de salir volando.

—¿Qué haces, papá? Casi nos quedamos sin budín —dijo *Manitas*—. ¡Con lo que a mí me gusta!… ¡Jenny, no hagas los pedazos tan pequeños! ¡*Travieso*, baja de la mesa!

El monito se escondió debajo de la mesa, donde, sin que se diese cuenta el profesor, recibía las pasas que todos le iban dando disimuladamente. *Tim* estaba de mal humor. Lo habían asustado los gritos del profesor Hayling, y aunque no le gustaban las pasas, tenía un poco de celos al ver que todos estaban pendientes de *Travieso*.

—¡Ah, qué satisfecho me he quedado! —dijo el profesor,

mirando su plato vacío—. No hay nada como un buen desayuno.

—¡Pero si esto es la comida, papá! —exclamó *Manitas*—. Nunca se come budín en el desayuno.

—¡Pues es verdad! ¡Acabo de comer budín! —exclamó el científico, riendo a carcajadas—. Bueno, ahora podéis hacer lo que queráis, con tal que no entréis en mi despacho, ni en mi laboratorio, ni en la torre. ¡*Travieso*, deja el jarro del agua! ¡A ver si lo educas mejor, *Manitas*!

Dicho esto, salió del comedor y se alejó por el pasillo que conducía a su despacho. Todos lanzaron un suspiro de alivio.

—Ahora vamos a quitar la mesa —dijo *Manitas*—, y luego os enseñaré vuestras habitaciones. Procuraré que no os aburráis mientras estéis en esta casa.

¿Aburrirse? No temas, *Manitas*. A los cinco les esperan muchas emociones. Y a ti también. Pronto lo verás.

Capítulo IV

JENNY TIENE UNA BUENA IDEA

Manitas corrió hacia la cocina cargado con varios platos y haciendo un ruido especial. Por un momento, *Tim* se quedó paralizado de sorpresa.

—¡Vaya! —gruñó Julián—. Por lo visto, *Manitas* sigue teniendo la manía de imitar a los vehículos de motor. No sé cómo puede soportarlo su padre. ¿Ahora qué se imaginará que es? Por el ruido, supongo que una motocicleta.

De pronto se oyó un gran estrépito seguido de fuertes gritos. Los cinco corrieron a la cocina para ver qué había sucedido. *Tim* iba delante.

—¡Un accidente! —exclamó *Manitas*—. He tomado la curva con tanta velocidad, que la rueda delantera ha patinado y me he estrellado contra la pared. Se me ha abollado el guardabarros.

—¿Pero aún no se te ha pasado esa mema chifladura de imaginarte que eres un coche, una moto o un tractor? —le preguntó Julián—. Cuando estuviste en casa nos volvías locos con tus juegos. ¿Por qué has de ser tan escandaloso?

—No lo puedo remediar —dijo *Manitas*, encogiéndose de hombros—. Es algo que me da de pronto y que me hace salir corriendo. ¡Si me hubieras visto ayer! Me imaginé que era uno de esos camionazos que transportan coches y que el camión iba cargado hasta los topes. Mi padre creyó que de veras se había metido en la casa un camión y salió del despacho para sacarlo del jardín. Pero sólo me vio a mí, y entonces yo toqué la bocina. Así.

Y el sonido de un tremendo bocinazo llenó toda la casa. Julián empujó a *Manitas* al interior de la cocina y cerró la puerta.

—Me extraña que tu padre no se haya vuelto loco —le dijo—. Ahora haz el favor de callarte. ¿Es que no puedes portarte como una persona mayor?

—No —dijo *Manitas*—. No quiero crecer. Si creciera, a lo mejor sería como mi padre y me olvidaría de las comidas y saldría a pasear con sólo un calcetín puesto. No quiero olvidarme de las comidas. Sería horroroso. Siempre estaría hambriento.

Julián no pudo contener la risa.

—Basta ya. Saca una bandeja y ayúdanos a terminar de quitar la mesa. Y si no puedes evitar convertirte en un coche de cuando en cuando, por lo menos sal al jardín. En la casa haces demasiado ruido: imitas demasiado bien el ruido de los motores.

—¿De veras lo hago bien? —preguntó *Manitas*, halagado—. Oye: ¿quieres oírme imitar a un avión que vuela bajo, haciendo un ruido espantoso y…?

—¡No, no quiero oírlo! —dijo Julián con voz firme—. Ahora saca la bandeja y dile a *Travieso* que deje en paz los cordones de mis zapatos.

Pero *Travieso*, que estaba sobre el pie de Julián, se negó a soltar los cordones.

—¡Bien, bien! —le dijo Julián—. Tendré que andar todo el día llevándote encima de mi pie.

—Si vas dando puntapiés al aire mientras andas, verás qué pronto se suelta —le dijo *Manitas*.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —exclamó Julián. Y empezó a correr por la habitación, dando un puntapié al aire de cuando en cuando. *Travieso* se soltó muy pronto y trepó a la mesa. Estaba visiblemente ofendido.

—A veces se sienta en el pie de papá, y allí está un buen rato, aunque papá ande —dijo *Manitas*—. Pero mi padre no se da cuenta. Una vez se le subió a la cabeza, y papá creyó que llevaba puesto el sombrero. Hasta que intentó quitárselo, no se enteró de que era *Travieso* lo que llevaba en la cabeza.

Todos soltaron la carcajada.

—¡Bueno, ahora a trabajar! —dijo Julián con voz enérgica—. ¡Quitemos la mesa de una vez! Nosotros llevaremos los platos a la cocina y vosotras los fregaréis. No dejéis que *Travieso* toque nada.

Jenny les agradeció que la ayudasen. Era una mujer bajita y regordeta. Andaba de un modo que daba risa, y tenía la buena cualidad de hacerlo todo con gran rapidez.

—Cuando hayamos terminado de lavar los platos, os enseñaré las habitaciones —dijo—. Oye, *Manitas*: los colchones que mandamos al colchonero para que los rehiciera, todavía no los han traído, y eso que le he dicho a tu padre una docena de veces que telefonease reclamándolos. Estoy segura de que se le habrá olvidado.

—¡Oh, Jenny! —exclamó *Manitas*, alarmado—. Eso quiere decir que no hay colchones en las habitaciones de mis amigos. ¿Qué podemos hacer?

—Lo mejor sería que tu padre telefoneara al colchonero y le dijera que los mande hoy mismo —respondió Jenny—. Todo se arreglaría si los enviara con su furgoneta.

Manitas se transformó inmediatamente en una furgoneta de reparto y salió corriendo por el pasillo hacia el comedor, seguido por *Travieso*. Hacía exactamente el mismo ruido que una camioneta que avanzara lentamente. Sus amigos se echaron a reír.

El profesor salió de su despacho como un cohete, tapándose los oídos con las manos.

—¡*Manitas*! ¡Ven aquí! —le ordenó, furioso.

—¡Oh, no! —dijo *Manitas*—. Perdona, papá. Es que estaba imitando a la furgoneta que tiene que traer los colchones para las camas de mis amigos, esos colchones que tú te has olvidado de reclamar.

Pero el profesor no lo oyó. Avanzó hacia *Manitas* y éste salió disparado escaleras arriba, seguido por *Travieso*. El profesor Hayling se volvió hacia Jenny.

—¿Por qué no obliga al niño a estarse quieto? ¿Para qué le pago? —preguntó agriamente.

—Para limpiar, cocinar y lavar —respondió secamente Jenny—. Pero no para hacer de niñera. Ese hijo suyo tendría media docena de niñeras y seguiría molestándole a usted. ¿Por qué no le deja cargar con su tienda de campaña e irse a acampar por ahí con sus amigos? Hace buen tiempo y los colchones no han llegado. Además, a ellos les dará usted una alegría. Puedo hacerles la comida a diario,

y llevársela, o que vengan a buscarla ellos.

Poco faltó para que el profesor diera un abrazo a la cocinera, tanta era su alegría. Los niños esperaban, ansiosos, su respuesta. Acampar con aquel tiempo sería una delicia. Además, les inquietaba la idea de vivir días y más días en la misma casa que el profesor. *Tim* emitió un leve gemido como diciendo: «¡Buena idea! ¡Vámonos ya!».

—¡Es una idea estupenda, Jenny! —exclamó el profesor—. Que se marche también el mono. Así no se encaramará a la ventana de mi despacho y me dejará en paz.

Volvió a su despacho y cerró la puerta con tal violencia que tembló toda la casa. *Tim* volvió a gemir. *Travieso* se acurrucó, tembloroso, en un rincón y *Manitas* empezó a saltar alegremente.

—Espera, Jenny —dijo el muchacho—. Acabo de pensar en algo importante. Sólo tenemos una tienda, la mía, y es pequeña. He de preguntar a papá si puedo comprar otras dos.

Antes de que pudieran detenerlo, abrió la puerta del despacho y dijo a voz en grito a su padre:

—¡Necesitamos dos tiendas más, papá! ¿Podemos comprarlas?

—¡Por Dios, *Manitas*; haz el favor de dejarme en paz! —contestó el señor Hayling, fuera de sí—. ¡Cómprate seis tiendas si quieres, pero no me molestes más!

—¡Gracias, papá! —dijo *Manitas*.

Y ya estaba cerrando la puerta, cuando su padre gritó:

—¿Para qué diantres quieres tantas tiendas?

Pero *Manitas* terminó de cerrar la puerta y dijo a sus amigos, sonriendo:

—Tendremos que comprar también una nueva memoria para mi padre. Acaba de decir que nos vayamos de camping y ya lo ha olvidado. Sabe muy bien que sólo tengo una tienda de campaña pequeña y me pregunta para qué queremos más.

—¡Cuánto me alegro de que nos vayamos de la casa! —exclamó Ana—. Es una gran molestia para tu padre que estemos aquí, *Manitas*.

—¡Otra vez de camping! —dijo *Jorge* alegremente—. Tomemos el autobús y vayamos a casa a recoger nuestras tiendas. Las tengo guardadas en el garaje. También podemos decirle a Jim, el

recadero, que nos las traiga.

—Yo misma se lo diré. Precisamente hoy tiene que traernos unas cosas —dijo Jenny—. Cuanto antes las tengáis, mejor. El profesor fue muy amable al invitaros a venir, pero ya sabía yo que las cosas no irían bien. Estaréis estupendamente en los campos que hay detrás de la casa. Por mucho que gritéis, el profesor no os oirá. Voy a ver si encuentro unas mantas para vosotros.

—No te preocupes, Jenny —dijo Julián—. Tenemos todo lo que necesitamos. Hemos ido de camping muchas veces.

—Confío en que en esos campos no habrá vacas —dijo Ana—. La última vez que acampamos, una vaca metió la cabeza en mi tienda y lanzó un mugido. El susto que me llevé fue de los que no se olvidan.

—No, no creo que haya vacas —dijo Jenny, riendo—. Bueno, tengo que fregar los cacharros. Terminad de llevarlos a la cocina. Pero no permitáis que el mono os ayude. No hace mucho, se apoderó de la tetera e intentó mantenerla en equilibrio sobre su cabeza. El final fue que la tetera se hizo trizas.

Pronto no quedó nada en la mesa, y Jenny empezó a lavar los platos con la ayuda de las niñas.

—Estoy deseando empezar la vida al aire libre —dijo Ana—. Me da miedo esta casa. El profesor Hayling se parece un poco a mi tío Quintín: es olvidadizo, tiene mal genio y siempre está gritando.

—¡Bah! No hay por qué temer al señor Hayling —dijo Jenny, dando un plato a Ana para que lo secase—. Cuando no está enfadado es muy amable y una cosa compensa a la otra. Cuando mi madre estuvo enferma, le pagó la clínica y me dio dinero para que le comprase flores y fruta.

—¡Oh, Jenny! —dijo *Jorge*—. Me has recordado algo importante. Tenemos que mandar flores a Juana, nuestra cocinera. Tiene la escarlatina. Por eso estamos aquí.

—Entonces id a telefonear a la florista —dijo Jenny—. Terminaré de fregar los platos yo sola.

Pero *Jorge* temía que el profesor saliera de su despacho para ver quién se permitía usar su teléfono.

—No, compraremos las flores en Kirrin y haremos que se las envíen —dijo—. Tenemos que ir a casa para preparar las cosas que

el recadero traerá aquí. Cuando hayamos hecho esto, encargaremos las flores. Quizás volvamos en bicicleta. Aquí nos harán falta.

—En ese caso os debéis ir ahora mismo. De lo contrario, no estaréis de vuelta a la hora del té, y entonces sí que habría jaleo.

—Yo traeré la bicicleta de Ana —dijo Julián—. La puedo llevar perfectamente a mi lado, sujetando el manillar con una mano y conduciendo la mía con la otra.

Dick, *Jorge* y Julián se fueron, y Ana y *Manitas* se quedaron con Jenny para ayudarla. Pero la cocinera alejó muy pronto a *Manitas*, pues temía que rompiese algo.

—Vete al fondo del jardín —le dijo— y corre por allí tan silencioso como un *Rolls-Royce*. ¿Entendido? Cuando hayas hecho unos cincuenta kilómetros ven aquí por gasolina.

—¡De acuerdo! —exclamó *Manitas*, entusiasmado—. Hace mucho tiempo que no soy un *Rolls-Royce*, en el fondo del jardín papá no me oirá.

Manitas se fue y Ana y Jenny terminaron rápidamente de lavar los platos. *Travieso* se había quedado con ellas y les hizo más de una jugarreta. En un momento de descuido se apoderó de las cucharillas de café y se subió al armario.

En aquel momento *Manitas* se asomó a la ventana de la cocina y gritó a Ana:

—¡Ven al campo donde tenemos que instalar las tiendas! ¡Escogeremos un buen sitio! ¡Date prisa! Ya habréis terminado con los platos. Estoy ya harto de ser un *Rolls-Royce*.

Los dos niños avanzaron por el jardín, atravesaron una cerca y se encontraron en el campo de detrás de la casa.

—¡Vaya! —exclamó de pronto *Manitas* con la vista fija ante sí—. Mira esos carromatos. Están entrando en el campo por la otra puerta. Voy a decirles que se vayan. Este terreno es nuestro.

Y echó a correr hacia los carromatos.

—¡Ven aquí, *Manitas*! —le gritó Ana—. Te vas a meter en un lío. ¡Vuelve, *Manitas*!

Pero *Manitas* seguía adelante, manteniendo la cabeza alta con un gesto de orgullo. Pronto sabrían los de la caravana a quién pertenecía aquel campo.

Capítulo V

EL CIRCO AMBULANTE

Ana observó ansiosamente a *Manitas*, que seguía avanzando hacia la caravana. Habían entrado ya en el campo cuatro carromatos y tras ellos, en la carretera, había cuatro enormes camiones con grandes letreros pintados en los costados:

CIRCO AMBULANTE TAPPER

«Le diré al señor Tapper lo que pienso de él por meterse en mi campo», se dijo *Manitas*.

Travieso iba sentado en su hombro, y subía y bajaba a cada paso que daba su amo. Cuatro niños de la caravana lo miraron con curiosidad cuando pasó por su lado. Uno de ellos corrió hacia *Manitas*, atraído por el mono.

—¡Mirad! ¡Un mono! —gritó—. Es más pequeño que nuestro chimpancé. ¿Cómo se llama?

—Como a ti no te importa —respondió *Manitas*—. ¿Dónde está el señor Tapper?

—¿El señor Tapper? ¡Ah, sí! El abuelo —dijo el niño—. Está ahí, en ese gran camión. Pero no debes ir a verle ahora: tiene mucho trabajo.

Manitas se acercó al camión y se encaró con el hombre que estaba en él. Tenía cara de mal genio, una larga barba negra, ojos de color castaño y nariz pequeña. Le faltaba una oreja. El señor Tapper miró con curiosidad a *Manitas* y acarició a *Travieso*.

—¡Cuidado! ¡Le puede morder! —le advirtió *Manitas*—. No le gustan los extraños.

—Yo no soy un extraño para ningún mono —dijo el señor Tapper con su voz cavernosa—. No hay un solo mono en el mundo, ni un solo chimpancé que no se acerque a mí si le llamo. Y ni siquiera un gorila.

—Pues mi mono no se acercará a usted —dijo *Manitas*—. Pero vayamos al grano. He venido a decirle que…

En este momento el señor Tapper hizo un extraño ruido con su garganta, un ruido semejante al que hacía *Travieso* cuando estaba contento. *Travieso* lo miró sorprendido y, de pronto, saltó desde el hombro de *Manitas* al suyo, se acurrucó junto a su cuello y profirió un grito de alegría. *Manitas* se quedó tan asombrado, que no pudo articular palabra.

—¿Lo ves? —dijo el hombre—. Ya somos amigos. No te extrañe, muchacho. He amaestrado monos durante toda mi vida. Si me prestas éste le enseñaré a montar en bicicleta en dos días.

—¡Ven aquí, *Travieso*! —dijo *Manitas*, extrañado y molesto por el comportamiento del mono.

Pero *Travieso* se acurrucó aún más en el hombro de su nuevo amigo y no hizo caso a su dueño. El señor Tapper se lo entregó a *Manitas*.

—Ahí lo tienes —dijo—. Es muy simpático. ¿Qué es lo que querías decirme?

—Que este campo es de mi padre, el profesor Hayling —dijo *Manitas*—. No tiene derecho a estar aquí con su caravana. Así que hagan el favor de irse. Mis amigos y yo vamos a acampar aquí.

—Eso no nos importa —dijo el señor Tapper alegremente—. Escoged el sitio que queráis. Si vosotros no os metéis con nosotros, nosotros no os molestaremos.

Un niño de la edad de *Manitas* se acercó a ellos y miró con interés a *Travieso* y a su amo.

—¿Te viene a vender el mono, abuelo? —preguntó.

—¡No! —gritó *Manitas*—. He venido a decir que os vayáis de aquí, porque este terreno es de mi familia.

—Nosotros tenemos permiso para venir aquí cada diez años y montar nuestro circo —dijo el señor Tapper—. Y tanto si lo crees como si no, desde 1648 se ha instalado aquí un circo Tapper cada diez años. De modo que vuelve a tu casa y no digas más tonterías.

—¡Es usted un embustero! —gritó *Manitas*, fuera de sí—. ¡Llamaré a la policía! ¡Se lo diré a mi padre! Yo…

—No le hables así a mi abuelo —gritó el niño, plantado firmemente junto al señor Tapper—. Si lo vuelves a hacer, te aplastaré las narices.

—¡Le hablaré como me dé la gana! —gritó *Manitas*—. ¡Y tú te callas!

Un segundo después, *Manitas* estaba sentado en el suelo. El niño le había derribado de un puñetazo en el pecho. Se levantó hecho una furia, rojo de rabia. El señor Tapper lo sujetó por el brazo.

—No seas tonto —le dijo—. Éste es un Tapper, como yo, y no podrás con él. Ahora sé buen chico y vete a tu casa. No pienso hacer caso a un crío de mal carácter como tú. Montaremos aquí nuestro circo como cada diez años.

Dicho esto, dio media vuelta y se dirigió a uno de los carromatos tirados por caballerías. Éste reanudó la marcha y los otros le siguieron. El niño del circo sacó la lengua a *Manitas*.

—¡Chúpate ésa! —dijo—. No tienes nada que hacer frente a mi abuelo ni frente a mí. Tú te lo has buscado. Me he divertido mucho contigo.

—¡Cierra la boca! —exclamó *Manitas*, sorprendido al ver que estaba casi llorando—. ¡Ya verás cuando mi padre avise a la policía! ¡Os iréis más de prisa que habéis venido! ¡Y a ti te daré una buena paliza!

Dio media vuelta y echó a correr hacia donde estaba esperándole Ana. Había oído decir tantas veces a su padre que aquellos campos de detrás de la casa eran suyos, que no comprendía la conducta de aquella gente. ¿Cómo se atrevían a instalarse en una propiedad de su padre?

—Se lo diré a papá —dijo *Manitas* a Ana—. ¡Los echará de aquí! Es nuestro campo. ¡Con lo que me gusta ahora que está tan verde! Le diré que ese chico me tiró al suelo de un puñetazo. Hizo así con el puño y, ¡zas!, al suelo. ¡Cómo me gustaría hacerle lo mismo a él!

Entró en la casa seguido de Ana. Allí estaba *Jorge*.

—*Manitas*, ¿por qué te pegó ese chico? —preguntó Ana.

—Sólo porque dije a su abuelo que se fuera con su caravana a otra parte —respondió *Manitas*—. Pero no me ha hecho daño. Y yo

le he dicho lo que tenía que decirle.

—¿Pero se marcharán con su caravana?

—Les he dicho que iba a llamar a la policía. De modo que deben de estar marchándose a toda prisa. No tienen ningún derecho a estar en ese campo. Es nuestro.

—¿De veras vas a llamar a la policía? —preguntó *Jorge*, incrédula—. No creo que la cosa merezca que armes tanto ruido. Quizá nos dejen acampar a nosotros.

—Pero ya os he dicho que ese terreno es mío —replicó *Manitas* —. Papá me ha dicho muchas veces que él no lo usa para nada y que puedo considerarlo mío. Acamparemos en mi campo, diga lo que diga el jefe del circo.

—¡Oh, *Manitas*! Es fantástico tener un circo tan cerca de casa —exclamó *Jorge*.

Ana asintió y *Manitas* las miró furioso.

—¡Chicas teníais que ser para hablar así! ¿Os gustaría que se metieran en vuestra casa con sus caballos, sus tigres y sus leones que rugen, sus osos que gruñen y sus chimpancés que lo roban todo? Y no hablemos de esos niños sucios y mal educados que dan puñetazos.

—¡Oh, *Manitas*! —exclamó *Jorge*—. ¡Todo eso es magnífico! ¿De veras hay tigres y leones? ¡Imagínate que se escapa alguno! ¡Sería emocionante!

—Pues a mí eso no me haría ninguna gracia —dijo Ana—. No me gustaría que un león se asomase a mi ventana ni que un oso entrara en mi cuarto.

—A mí tampoco —dijo *Manitas*—. Por eso se lo voy a decir a mi padre. Él tiene los documentos de propiedad de esas tierras. Me los enseñó una vez. Le diré que me los deje y los llevaré a la policía, a la que pediré que echen de nuestro campo a ese viejo y a su horrible circo.

—¿Cómo sabes que es horrible? —preguntó *Jorge*—. Puede ser un gran circo… Estoy segura de que nos dejarán acampar en ese rincón que hay junto al jardín. Desde allí podremos ver el espectáculo… Mira, ahí está tu padre. Va paseando por el jardín con su pipa en la boca. Nunca hace eso cuando tiene trabajo. Es una buena ocasión para preguntarle por el documento. A lo mejor nos lo

enseña.

—Es verdad —dijo *Manitas*—. Veréis como tengo razón. Venid.

Pero *Manitas* estaba muy equivocado. Su padre fue a buscar el viejo título de propiedad, un pergamino amarillento.

—¡Ajá! ¡Aquí está! —exclamó—. Es una joya por su antigüedad. Tiene varios siglos.

Quitó la cinta que lo sujetaba y lo desenrolló. Ni las chicas ni *Manitas* pudieron descifrar aquella escritura tan antigua.

—¿Qué dice? —preguntó Ana con visible interés.

—Pues que el terreno conocido por el nombre de «Campo Cromwell» pertenece y pertenecerá siempre a la familia Hayling —respondió el profesor—. Fue otorgado a la familia por el propio Cromwell, porque mis antepasados le permitieron acampar en él después de una batalla. Desde entonces ha sido nuestro.

—¡O sea que nadie puede acampar en él, ni traer a pacer a su ganado, sin nuestro permiso! —dijo *Manitas*, triunfante.

—Así es —aprobó su padre—. Pero espera un momento. Creo recordar que hay una cláusula que dice algo sobre un espectáculo ambulante que tiene ciertos derechos sobre este campo desde el año 1066. Ni siquiera Cromwell pudo anular ese derecho, que existía desde mucho antes de que él librase ninguna batalla. Vamos a ver. Esa cláusula debe de estar al final…

Las dos niñas y *Manitas* esperaron mientras el profesor iba leyendo aquella escritura de letra tan bella y complicada. Finalmente, su dedo se detuvo. Estaba sobre las tres últimas líneas.

—Sí, aquí está. La voy a leer. Escuchad. «Y por la presente cláusula ordeno que el espectáculo ambulante conocido por el nombre de "Circo Tapper", que siempre ha tenido derecho a acampar en este terreno una vez cada diez años, seguirá teniéndolo mientras siga recorriendo los caminos de este país. Londres…», etc, etc. Pero supongo que, habiendo pasado tantos años desde que se extendió este documento, ya no quedará ningún espectáculo ambulante Tapper. Mirad, aquí está la firma y la fecha: 1648.

Las niñas miraron la fecha y se volvieron hacia *Manitas*. Éste estaba visiblemente enojado: tenía la cara roja de ira.

—Me lo podrías haber dicho antes, papá —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el profesor, extrañado—. ¿Qué interés

puede tener esto para ti?

—Es que el «Circo Ambulante Tapper» está ya en ese campo que hay detrás de la casa —dijo Ana—. Un viejo llamado Tapper ha dicho a *Manitas* que tenía derecho a acampar aquí y…

—Se ha portado muy mal conmigo. Debes echarlo en seguida —dijo *Manitas*—. Queremos acampar allí nosotros.

—No creo que el señor Tapper se oponga a que lo hagáis —dijo el señor Hayling—. Me parece que te estás poniendo un poco tonto, *Manitas*. Supongo que no te habrás portado groseramente con ninguno de esos forasteros…

Manitas enrojeció hasta las orejas, dio media vuelta y salió de la habitación, con *Travieso* colgando de su cuello. Se llevó la mano al pecho, al sitio donde le había dado el puñetazo el niño del circo, y murmuró para sí: «Espera. Un día de éstos sabrás lo que es bueno».

—Oye, Ana —dijo el profesor, extrañado de la conducta de su hijo—: si queréis acampar en el mismo terreno donde se va a montar el circo, hablaré con el señor Tapper.

—¡Oh, no! No es necesario —se apresuró a responder Ana—. El señor Tapper ya ha dicho que no le importa que acampemos allí… Ahí están los chicos. Voy a ver si han traído las bicicletas… ¡Gracias por habernos enseñado ese valioso documento, profesor!

Y echó a correr a cien por hora hacia sus hermanos.

Capítulo VI

PREPARÁNDOSE PARA ACAMPAR

Dick y Julián escucharon con gran interés cuando Ana les explicó el encuentro de *Manitas* con el señor Tapper, para hablarles después del antiguo documento que el profesor les había mostrado.

—Te has portado como un tonto, *Manitas* —dijo Julián—. En fin, como el incidente no ha sido nada importante, mi opinión es que vayamos a buscar un sitio para plantar nuestras tiendas. A mí me gustará tener un circo tan cerca. No sé cómo se las arreglarán para preparar un espectáculo tan complicado en tan poco tiempo. Sin duda lo llevarán todo consigo y lo montarán rápidamente.

—Hay muchos camiones —dijo Ana—. Hace una media hora he ido a echar un vistazo. Han ocupado todo el terreno menos un rincón del lado de la valla. Deben de haberlo dejado libre para que levantemos en él nuestras tiendas.

—Cuando veníamos hacia aquí —dijo Dick—, he visto los carteles del circo. Anuncian a Dick Tiroloco, al chimpancé que juega al criquet, al hombre sin huesos, a Madelón y sus caballos, a los payasos Tip y Top, al asno bailarín, al mago Wooh, y otros muchos números. Al parecer, es un circo muy importante. Para mí es una suerte que podamos acampar tan cerca.

—Te has olvidado de *Charlie*, el otro chimpancé —dijo Julián—. Sería divertido que se metiese en el despacho del profesor.

—No sería nada divertido —replicó Ana—. El profesor saldría corriendo y gritando, y lo mismo haría *Travieso*.

—¿No os parece que podríamos montar las tiendas después de merendar? —preguntó Dick—. El recadero ha dicho que llegaría alrededor de esa hora… ¡Uf, qué calor hace! Por eso no tengo ganas

de hacer nada.

—¡Guau! —ladró *Tim*, que estaba echado en el suelo, con la cabeza entre las patas.

—Tú también tienes pereza ¿verdad, *Tim*? —le dijo Julián, acariciándolo—. Estás cansado del paseo de ida y vuelta que has dado hasta Kirrin.

—¡Hay tanto polvo en la carretera! —dijo Dick—. Ha ido todo el camino estornudando. Los automóviles que nos pasaban levantaban nubes de polvo, que se le metía en la nariz. ¡Pobre *Tim*! ¡Estás reventado! Ha sido un paseo interminable.

—¡Guau! —profirió *Tim*, levantándose de pronto y empezando a corretear ante *Jorge*.

Todos se echaron a reír.

—Dice que no está nada cansado, que quiere ir a pasear —dijo Dick.

—Pues si él no está cansado, yo sí —dijo Julián—. Ha sido muy pesado recoger todas las cosas y, cargados con ellas, venir en bicicleta hasta aquí. No, *Tim*, no te llevaré a pasear.

Tim gimió e inmediatamente saltó *Travieso* a su espalda para consolarlo con su extraño parloteo. Incluso intentó rodear el cuello de *Tim* con sus diminutas manos.

—Tienes una facha la mar de ridícula, *Travieso* —le dijo *Manitas*.

Pero a *Travieso* no le importaban las críticas. Su amigo *Tim* estaba triste por algo. De lo contrario, no habría gemido. *Tim* sacó la lengua y lamió cariñosamente la nariz del monito. De pronto, irguió las orejas y prestó atención. Había oído un ruido extraño. Los niños lo habían percibido también.

—¡Es música! —dijo Ana—. ¡Ah, ya sé lo que es!

—¿Qué es? —preguntaron *Jorge* y los chicos.

—La banda del Circo Tapper, que está ensayando.

—Creo que la primera función se celebra mañana —dijo *Jorge*—. Sí, parece una banda. Quizás la veamos luego, cuando vayamos a plantar las tiendas. Me gustaría ver al hombre sin huesos.

—¡A mí no! —exclamó Ana—. Debe de ser horrible, algo repugnante, gelatinoso, como una lombriz o una babosa. En cambio, me gustaría ver a los caballos y al asno bailarín. ¿Creéis que bailará al son de la banda?

—Ya lo sabremos cuando lo veamos —dijo Dick—. Si el señor Tapper no está enfadado con *Manitas* por haber intentado echarle, quizás nos deje curiosear todo.

—Pues yo no iré —dijo *Manitas*—. El señor Tapper es un antipático y su nieto me dio un puñetazo.

—No me extraña —dijo Julián—. Yo habría hecho lo mismo si te hubieras portado groseramente con mi abuelo… Bueno, entonces quedamos en que después de la merienda iremos con nuestras tiendas a ese campo para ver dónde podemos acampar, ¿no?

—Sí —dijeron todos.

Dick hizo cosquillas en la nariz a *Travieso* con una ramita de hierba. El mono estornudó. Luego se frotó la nariz con las manos y miró a Dick con cara de pocos amigos. Luego volvió a estornudar.

—Tendrás que comprarte un pañuelo —le dijo Julián.

Inmediatamente, el mono, ante la sorpresa de todos, saltó hacia Dick y le sacó limpiamente el pañuelo del bolsillo. Luego hizo como si se sonara.

Todos rieron de buena gana. *Travieso* se sintió halagado.

—Si sigues haciendo cosas así te contratarán para un circo —dijo Dick, quitándole el pañuelo—. «El mono carterista». Tendrás mucho éxito.

—Desde luego —afirmó Julián.

—Nunca lo dejaré ir a un circo —dijo *Manitas*—. Llevaría una vida muy dura.

—No lo creas —dijo Julián—. La gente de circo quiere mucho a sus animales y se enorgullece de ellos. Además, si los tratasen mal, los animales no estarían contentos y se negarían a hacer sus números. Algunos domadores tratan a sus animales como si fuesen personas de su familia.

—¿Incluso a los chimpancés? —preguntó Ana, horrorizada.

—Los chimpancés son simpáticos e inteligentes —dijo Julián—. *Travieso*, haz el favor de apartar la mano de mi pañuelo. La primera vez me hizo gracia, pero la segunda no me hará ninguna. Mirad; ahora intenta quitar el collar a *Tim*.

—Ven aquí y siéntate —le ordenó *Manitas*.

El mono obedeció en el acto y se sentó sobre las rodillas de su dueño, con un gesto de satisfacción y parloteando sin cesar.

—Eres un ladronzuelo —le dijo *Manitas*, acariciándolo—. Lleva cuidado. Piensa que podría llevarte al circo y cambiarte por un elefante.

Todos rieron al imaginarse a *Manitas* como propietario de un elefante que le seguiría a todas partes. ¡No sabría dónde tenerlo!

En la casa resonó una voz.

—¡*Manitas*! ¡*Manitas*! ¡El recadero ha traído todos los trastos del camping! Los ha dejado en medio del pasillo. Debéis venir a recogerlos antes de que tu padre pueda tropezar con ellos y arme un escándalo de los suyos.

—Dentro de un minuto iremos, Jenny —gritó *Manitas*—. Ahora estamos muy ocupados.

—Eres un embustero, *Manitas* —dijo Dick—. No estamos ocupados. No te costaría nada ir a ver dónde ha dejado el recadero las cosas.

—Ya iremos —dijo Ana, bostezando—. Apostaría cualquier cosa a que el padre de *Manitas* está amodorrado por el calor y no tiene ningún deseo de salir de su despacho.

Pero se equivocaba. El profesor Hayling estaba completamente despierto y, cuando acabó su trabajo, sintió el deseo de beberse un vaso de agua fresca. Salió de su despacho, se encaminó a la cocina y tropezó con un montón de trastos que había en el suelo. El montículo se derrumbó y el profesor rodó por el piso. El estrépito fue espantoso.

Jenny salió de la cocina aterrada, dando gritos. El señor Hayling estaba furioso. Se levantó con un saco de dormir en una mano y un palo de la tienda en la otra.

—¿Qué hace todo esto en medio del pasillo? ¡Jenny! ¡Jenny! Recoja todas estas cosas y quémelas en la caldera.

—¡Nuestro equipo de camping! —exclamó *Jorge*, horrorizada—. ¡Tenemos que recogerlo en seguida! ¡Quiera Dios que el padre de *Manitas* no se haya hecho daño! ¡Qué mala pata!

Mientras Julián y Dick recogían las cosas y las iban trasladando al jardín, Ana y *Jorge* pidieron perdón al profesor, y lo hicieron con tanto pesar y tanta dulzura, que poco después al padre de *Manitas* se le había pasado el enojo casi por completo.

—Supongo que os lo habréis llevado todo al jardín —dijo.

—Sí —contestó *Manitas*—. No te preocupes, que no volverás a tropezar.

—Tómese una taza de té, profesor —dijo Jenny, entrando en la sala—. Vaya al comedor, siéntese y beba despacio. El té es lo mejor después de una caída.

Luego se volvió hacia *Manitas* y le susurró, indignada:

—¿No te dije que tu padre tropezaría con ese montón de cosas? Id a la cocina y preparad vosotros mismos el té. Yo voy a llevar al señor Hayling al comedor para que se tome una taza y coma un poco.

—Yo lo prepararé todo —dijo Ana—. Luego iremos a plantar las tiendas. *Manitas*, supongo que no volverás a armar gresca con la gente del circo.

—Ya me encargaré yo de que no lo haga —dijo *Jorge* con firmeza—. Podemos esperar fuera a que Ana prepare el té.

Dick y Julián lo habían trasladado ya todo al jardín: las tiendas, las mantas, los sacos, los palos de las tiendas y todo lo demás. *Tim* saltaba alrededor de los niños, excitado, preguntándose a qué se debería todo aquel trajín. *Travieso*, como de costumbre, se encaramaba sobre todo cuanto veía a su alrededor y trepaba por los palos, sin cesar en su alegre parloteo.

Una vez se apoderó de un palo y echó a correr, pero *Tim* lo persiguió, se lo arrebató y regresó para depositarlo a los pies de Julián.

—¡Así se hace, *Tim*! —dijo Julián—. No lo pierdas de vista. Apenas nos descuidamos, se lleva algo.

Y *Tim* siguió vigilando a *Travieso*, al que empujaba con el morro cada vez que intentaba atrapar algo. Finalmente, *Travieso* se cansó de recibir empujones y se subió al lomo del perro, se aferró a su collar y allí se quedó, como montado a caballo.

—Harían buena pareja en un número de circo —dijo Dick—. Seguro que *Travieso* conduciría perfectamente a *Tim* si pusiéramos a éste unas riendas.

—No se las pondremos —dijo *Jorge*—. Luego pediríais un látigo. ¡Ni hablar!… ¡Oh, qué montón de cosas! ¿Está todo aquí?

Sí, todo estaba allí.

En la casa sonó una campana y todos recibieron la señal

alegremente.

—¡Al fin! —exclamó Dick—. Ya está listo el té. Me bebería un cubo bien lleno. ¡Vamos! Ya está todo ordenado. Después del té tendremos que trabajar mucho. Ahora ya no puedo con mi alma. Tú también estás cansado, ¿verdad, *Tim*?

—¡Guau! —asintió el perro. Y salió disparado hacia la casa, cargado con *Travieso*, que seguía asido a su collar.

—No sé para qué queremos ver el circo. Ya tenemos todo el día en casa el de esa pareja —dijo Dick—. ¡Ya vamos, Ana! ¡En seguida vamos!

Capítulo VII

EN EL CAMPO DEL CIRCO

Todos estaban deseando terminar y levantarse de la mesa. Tenían unas ganas locas de ir a instalar su pequeño campamento.

—Veremos estupendamente todo lo que pase en el circo —dijo Dick—. ¡Estaremos tan cerca! Procuraremos que *Travieso* no haga demasiada amistad con la gente del circo. Se lo podrían llevar cuando se marchasen.

—¡No se irá! —aseguró *Manitas*—. ¡Qué tonterías dices! ¡Como si *Travieso* se marchara con cualquiera! ¡No creo que haga verdadera amistad con esa gente!

—Eso lo veremos —bromeó Dick—. Bueno, termina pronto. Estoy impaciente por plantar nuestras tiendas detrás de la casa y ver lo que hacen los del circo.

En seguida terminaron y pronto llegaron a la cerca, donde se detuvieron asombrados. El campo estaba lleno de grandes camiones pintados de vivos colores. Todos ellos llevaban el nombre de Tapper en los costados. Vieron también remolques, más pequeños que los camiones, con ventanas en las que no faltaban las cortinas. En ellos habitaban las familias del circo. *Jorge* se dijo que le gustaría vivir en una de aquellas casitas con ruedas que no cesaban de viajar.

—¡Mirad! ¡Los caballos! —exclamó Dick, señalando un pequeño grupo de ellos que acababa de aparecer. Eran preciosos. Marchaban con la cabeza erguida y lucían una bien peinada cola. Con ellos iba el niño que había golpeado a *Manitas*.

—¿Está cerrada la cerca? —preguntó una voz de hombre.

El muchacho se apresuró a contestar:

—Sí, abuelo, ya la he cerrado. No podrán escaparse. ¡Cómo les

gusta la hierba!

De pronto, vio a Julián y a sus compañeros, que lo miraban encaramados a la cerca, y los saludó. Luego dijo:

—¿Os gustan nuestros caballos? ¡Son magníficos!

Y, para demostrarlo, montó a uno de ellos y galopó hasta llegar a la cerca. *Jorge* lo miró con envidia. ¡Cómo le gustaría tener un caballo como aquél!

—Bueno, metamos las tiendas y todo lo demás —dijo *Manitas*—. Cuanto más cerca del circo nos instalemos, mejor: más nos divertiremos.

Saltó la cerca seguido por Dick.

—Yo os iré pasando las cosas —dijo Julián—. *Jorge* me ayudará: tiene tanta fuerza como un chico.

Jorge sonrió, halagada por el cumplido. Pasar las cosas sobre la cerca fue un trabajo duro, pero, al fin, todo quedó extendido sobre la hierba. Luego Julián y *Jorge* saltaron la cerca, se reunieron con sus compañeros y todos empezaron a buscar un buen sitio para montar las tiendas.

—¿Qué os parece allí, junto a aquellos arbustos? —preguntó Julián—. Hay un gran árbol que nos protegerá del viento. Además, no estaremos demasiado cerca de la gente del circo. A lo mejor, no les haría gracia tenernos ante sus narices, y desde allí lo veremos todo perfectamente.

—¡Cómo nos vamos a divertir! —exclamó Ana, mientras sus ojos centelleaban de entusiasmo.

—Creo que debo ir a visitar al señor Tapper —dijo Julián—. Sólo quiero decirle que estamos aquí. Así no nos tomará por unos intrusos que no tienen ningún derecho a instalarse en este campo.

—No tienes que pedir permiso para estar en un terreno mío —dijo *Manitas* ásperamente.

—No sigas portándote como un niño tonto, *Manitas* —le dijo Julián—. Hay que tener buena educación, cosa que a ti parece faltarte. Esa gente puede molestarse si acampamos demasiado cerca del circo. Lo mejor que podemos hacer es mostrarnos amistosos desde el primer momento.

—Está bien, está bien —dijo *Manitas*, malhumorado—. Pero no olvides que este campo es mío. Sólo falta que tuviese que tratar

como a un amigo a ese niño odioso.

—Pues sería lo mejor, *Manitas* —dijo Ana—. De lo contrario, podría darte otro puñetazo. Créeme y pórtate bien. Pocos tienen la suerte de que monten un circo en su jardín y poder ver a los artistas de cerca.

Julián se dirigió al carromato más próximo. Estaba vacío; nadie respondió a su llamada.

—¿Qué quiere usted, señor? —preguntó una vocecita a sus espaldas.

Era una niña pequeña, de ojos negros y cabello rizado.

—¿Dónde está el señor Tapper? —preguntó Julián, sonriendo.

—Con uno de sus caballos —respondió la niña—. ¿Quién es usted?

—Somos vuestros vecinos —dijo Julián—. ¿Nos quieres llevar al lado del señor Tapper?

—Sí. Está allí —dijo la niña, dando su sucia manita a Julián—. Te llevaré, porque eres simpático.

La niña condujo a Julián, al que seguía todo el grupo, al centro del campo cercado. A sus espaldas resonaron fuertes ladridos. *Jorge* se detuvo en seco.

—Es *Tim* —dijo—. Debe de habernos seguido. Voy por él.

—Será preferible que no lo traigas —dijo Julián—. Puede haber jaleo si se encuentra con el chimpancé. Piensa que un chimpancé tiene fuerza para hacerlo pedazos.

—Con *Tim* no podría —replicó *Jorge*.

Pero no fue a buscar a *Tim*. Y Julián pidió a Dios que el perro no saltase la cerca y se reuniese con ellos.

—Ahí está el abuelo —dijo la niña, sin soltar la mano de Julián. Y añadió—: Me eres muy simpático y tu mano huele muy bien.

—Huele bien porque me la lavo con agua y jabón cuatro o cinco veces al día —dijo Julián—. Si tú hicieras lo mismo, la tuya también olería bien.

La niña olió la mano de Julián y gritó a un hombre que estaba sentado en la escalerilla de un carromato próximo:

—¡Abuelo! ¡Aquí hay unos chicos que quieren verte!

El abuelo estaba curando a un precioso caballo alazán que tenía ante sí. Había levantado una de sus patas y la examinaba. Los niños

lo miraron atentamente… Barba negra, cejas espesas y… «¡Oh, qué pena! —pensó Ana—. Sólo tiene una oreja. ¡Pobre hombre! ¿Cómo habrá perdido la otra?».

—¡¡Abuelo!! —gritó de nuevo la niña—. ¡¡Aquí hay unos chicos que quieren verte!!

El señor Tapper la miró, soltó la pata del caballo y le dio una palmadita en el cuello.

—¡Ya no cojearás, amigo! —le dijo—. Te he quitado la piedra que tenías clavada. Podrás bailar de nuevo.

El caballo levantó la cabeza y relinchó como si le diera las gracias. *Manitas* se llevó un susto tremendo y *Travieso* se abrazó a su cuello fuertemente, temblando de miedo.

—¿Qué te pasa, monito? ¿Es que no has oído nunca relinchar a un caballo? —le dijo el abuelo.

—¿De veras baila ese caballo? —preguntó Ana, que de buena gana habría acariciado la cabeza del hermoso animal.

—¡Claro que baila! Es uno de los mejores caballos bailarines del mundo —repuso el abuelo.

Inmediatamente empezó a silbar una alegre tonadilla. El caballo levantó las orejas, miró al abuelo y comenzó a bailar. Los niños estaban pasmados.

Una y otra vez daba vueltas al compás de la música, golpeando rítmicamente el suelo con sus cascos.

—¡Qué maravilla! —exclamó Ana—. ¿Todos sus caballos bailan tan bien como éste?

—Sí, y algunos incluso mejor —respondió el abuelo—. Éste tiene muy buen oído para la música, pero otros lo aventajan. Te quedarás boquiabierta cuando los veas enjaezados con sus penachos de plumas… ¡Caballos!… No hay en el mundo nada más bonito que un buen caballo.

—Señor Tapper —dijo Julián—. Venimos de la casa que hay al otro lado de la cerca. Como ya sabe, el padre de *Manitas* es el dueño de este campo y…

—Sí, sí; ya lo sé. Pero nosotros tenemos derecho a acampar aquí cada diez años —dijo el señor Tapper, levantando la voz—. Así que no empieces a discu…

—No he venido a discutir —le atajó Julián—, sino sólo a decirle

que a mis amigos y a mí nos gustaría montar aquí nuestras tiendas. Pero no quisiéramos molestarle y…

—¡Ah, si es eso lo que queréis, sed bien venidos! —dijo el señor Tapper—. Creía que querías echarnos de aquí, como ese niño.

Señaló con el dedo a *Manitas* y éste se puso tan rojo como un pimiento. El señor Tapper se echó a reír.

—A mi nieto no le hizo mucha gracia la cosa, ¿verdad, muchacho? De un puñetazo te tiró al suelo… Sí, el pequeño Jeremías tiene mucho temperamento, pero quizás otro día sea él quien se vea de pronto en el suelo, ¿no?

—Sí —dijo al punto *Manitas*.

—Bien. Pero ahora debéis hacer las paces y daros la mano como dos caballeros —dijo el señor Tapper—. Bueno, ahora a traer vuestras cosas y a montar el campamento. Os mandaré a *Charlie*, el chimpancé, para que os ayude. Es tan fuerte como un hombre.

—¿Un chimpancé? —exclamó Ana, maravillada—. ¿De veras será tan amable que nos ayudará?

—El viejo *Charlie* es más listo que todos vosotros juntos, y, por lo menos, igual de amable —dijo el abuelo—. Hasta os podría ganar jugando al criquet. Traed un día los palos y lo veréis. Lo llamaré para que os ayude. ¡*Charlie*! ¡*Charlie*! ¿Dónde estás? Seguro que estará durmiendo. ¡*Charlie*!

Pero *Charlie* no apareció.

—Id a buscarlo —dijo el señor Tapper, señalando una jaula que no estaba muy lejos—. Hará todo lo que queráis con tal que os mostréis agradecidos y lo alentéis de cuando en cuando.

—¡Vamos por él, Julián! —exclamó Dick—. ¡Tener un chimpancé como ayudante! ¡Es increíble!

Y todos se dirigieron a la gran jaula, gritando:

—¡*Charlie*, despierta! ¡Tienes que ayudarnos!

Capítulo VIII

EL CHIMPANCÉ *CHARLIE*

Manitas fue el primero en llegar a la jaula. Miró al interior y vio a *Charlie*, el chimpancé. Estaba en el fondo de la jaula, mirando a los niños con curiosidad. Se levantó, se acercó a *Manitas*, sacó su nariz entre los barrotes y la aplicó a la nariz de *Manitas*. De pronto, dio un resoplido, y *Manitas* dio un salto atrás, sorprendido e irritado.

—¡Me ha soplado! —exclamó, dirigiéndose a sus compañeros, que se reían como locos.

El chimpancé emitió un extraño sonido que *Travieso* se apresuró a imitar. El chimpancé se lo quedó mirando y luego dio muestras de gran agitación. Empezó a saltar asido a los barrotes, mientras parloteaba atropelladamente.

Un muchacho llegó corriendo. Era el niño que había derribado a *Manitas* de un puñetazo.

—¿Qué le estáis haciendo al chimpancé? —preguntó, y añadió dirigiéndose a *Manitas*—: Tú eres el chico que le gritó a mi abuelo y al que yo tiré al suelo de un puñetazo, ¿verdad?

—Sí. Y te advierto que como lo intentes otra vez, sabrás lo que es bueno —respondió *Manitas*, levantando la voz.

—¡Calla, *Manitas*! —dijo Julián. Y se volvió hacia el nieto del señor Tapper—. Te llamas Jeremías, ¿verdad? Acabamos de hablar con tu abuelo y nos ha dicho que podíamos llevarnos al chimpancé para que nos ayude a montar las tiendas de campaña. ¿Lo podemos sacar de la jaula?

—¡Sí, claro! Yo lo saco dos o tres veces al día. En la jaula se aburre. Se sentirá feliz ayudándoos a montar el campamento. A

nosotros nos ayuda siempre a colocar el toldo. Es fuerte como un león.

—Pero… ¿No será peligroso? —preguntó Dick, mirando al chimpancé con desconfianza.

—¿Peligroso? ¿Peligroso *Charlie*? —exclamó Jeremías, sorprendido—. Es tan peligroso como yo. ¡*Charlie*, sal! ¡Hala! Sabes abrir la puerta perfectamente.

El chimpancé emitió una especie de grito de alegría, sacó la mano entre los barrotes, alcanzó el cerrojo y lo descorrió. Luego abrió la puerta y salió.

—¿Veis con qué facilidad lo hace? —dijo Jeremías—. Vamos, *Charlie*; necesitamos tu ayuda.

Charlie fue con los niños hasta donde éstos habían dejado las tiendas y todo lo demás. Andaba con sus cuatro extremidades, pero sin apenas apoyarse en las delanteras, mientras emitía extraños y cómicos gruñidos. *Travieso*, un poco asustado, lo seguía a distancia, pero, de pronto, el chimpancé se volvió, lo atenazó con una mano y se lo colocó en un hombro. *Travieso* se quedó inmóvil sin saber si sentía miedo o alegría.

—Ojalá tuviese aquí mi máquina fotográfica —dijo Ana a *Jorge* —. Míralos. *Travieso* está encantado.

Al fin llegaron al lugar donde habían dejado las tiendas.

—*Charlie*, carga con todo esto y síguenos —le ordenó Jeremías.

El chimpancé empezó a recoger cosas del suelo y no paró hasta que sus brazos no pudieron abarcar más. Después siguió a los niños hasta el lugar donde habían decidido plantar sus tiendas.



—Déjalo todo en el suelo, *Charlie* —le dijo Jeremías—, y ve a traer lo demás. Date prisa; no te quedes ahí parado. Tienes mucho trabajo, *Charlie*.

Pero *Charlie* seguía inmóvil, mirando a *Travieso*.

—Quiere que *Travieso* vaya con él —dijo *Jorge*—. *Travieso*, acompaña a *Charlie*.

Travieso se subió al hombro de *Charlie*. Éste lo sujetó con una mano y comenzó a galopar como loco hacia donde estaban las demás cosas. Cuando volvía con ellas, una de las sábanas se desenrolló y le tapó la cara, de modo que no podía ver por dónde iba. *Charlie* se puso furioso y empezó a dar grandes saltos, gruñendo ferozmente. Los niños se asustaron un poco.

—Cálmate, *Charlie* —le dijo *Manitas*, quitándole la sábana de delante de los ojos.

El chimpancé se calmó y pronto estuvo todo en su sitio. Julián y Dick se dedicaron a plantar las tiendas. *Charlie* los miraba con interés y ayudaba cuando veía que podía hacerlo.

—Es un buen ayudante, ¿verdad? —dijo Jeremías, orgulloso de su amigo *Charlie*—. ¿Habéis visto? Ha puesto el palo de la tienda en el lugar exacto. Me gustaría que vierais cómo va a buscar todos los días los cubos de agua para los caballos. Lleva uno en cada mano.

—Se merece un sueldo —dijo *Manitas*.

—Lo tiene —respondió Jeremías—: ocho plátanos al día y todas las naranjas que quiera. Le gustan mucho, tanto como los caramelos.

—Creo que tengo alguno —dijo *Manitas*, buscando en sus bolsillos.

De éstos salieron los objetos más distintos, pero al fin *Manitas* sacó una bolsa de caramelos. Estaban pegados unos con otros, reblandecidos por el calor.

—¡No debes darle esos caramelos! —exclamó Ana—. Están pegajosos y medio derretidos.

Pero a *Charlie* no le importó este detalle. Arrebató la bolsa de las manos de *Manitas* y se la llevó entera a la boca.

—Se va a atragantar —dijo Julián.

—¡Qué va! —replicó Jeremías—. Ahora se meterá en la jaula, cerrará la puerta y estará chupando los caramelos hasta que no quede ni rastro de ellos. Está contentísimo.

—Desde luego, se merecía una recompensa —dijo *Jorge*—. Ha trabajado mucho. Será emocionante dormir en las tiendas de campaña. Primero cenaremos.

—Podéis cenar con nosotros si queréis —dijo Jeremías—. No será una cena tan fina como la vuestra, pero os gustará. Mi abuela

cocina muy bien. Tiene doscientos años, ¿sabéis?

Los niños sonrieron, incrédulos.

—¿Doscientos años? Nadie puede vivir tanto tiempo —dijo *Jorge*.

—Bueno, eso es lo que ella dice a todo el mundo —aclaró Jeremías—. Y por la cara parece tenerlos. Pero su vista es tan fina como una aguja. ¿Le digo que vendréis a cenar?

—¿Crees habrá bastante comida para tantos invitados que no esperabais? —preguntó Julián—. Podríamos llevar nuestra cena y compartirla. ¿Qué te parece? Tenemos comida abundante. Nuestra cocinera nos la traerá dentro de un rato. Pastel de carne, salchichas, plátanos y manzanas.

—¡Chiss! No pronuncies la palabra plátano delante de *Charlie* —le advirtió Jeremías—. Si te oye, querrá que le des uno y no parará de darte la lata. De acuerdo en que os traigáis la comida. La compartiremos junto al fuego. Se lo diré a mi abuela. Hoy tenemos música. Fred tocará el violín. ¡Ya verás cómo toca! Oyéndolo, se le van los pies a uno.

¡Qué emocionante era todo! Julián se dijo que debían volver a casa antes de que empezaran a preocuparse por su desaparición, lo que aprovecharían para recoger la cena.

—Volveremos tan pronto como nos sea posible —dijo—. Muchas gracias por tu ayuda, Jeremías. Ven, *Travieso*. Di adiós a *Charlie*, pero no te pongas triste, pues volveremos en seguida.

Saltaron de nuevo la cerca. Estaban un poco cansados, pero tenían grandes planes para la noche.

—Nos sentaremos alrededor del fuego y probaremos lo que la abuela de Jeremías cocine —dijo *Manitas*—. Nos parecerá que pertenecemos al circo. Estoy seguro de que la cena será estupenda. ¿Le sabrá mal a mi padre que hayamos hecho tanta amistad con la gente del circo?

—¡Bah! Ni siquiera se dará cuenta de que no estamos en casa —dijo *Jorge*—. Tu padre no se entera de nada. A veces, ni se entera de que tiene a alguien ante sus mismas narices.

—Bien mirado, eso le será muy útil cuando la gente que tiene delante no le caiga en gracia —comentó *Manitas*—. Bueno, vamos a ver si Jenny nos ha preparado ya lo que nos tenemos que llevar.

Jenny escuchó atentamente, boquiabierta, lo que le contaron los niños.

—¡Acampar con esa gente! —exclamó—. ¡Qué ocurrencia! ¿Qué dirían tus padres si lo supiesen?

—Pues no sé. Se lo preguntaré cuando los vea —respondió *Jorge* con una sonrisa—. ¿Qué nos has preparado para cenar, Jenny? Nos lo vamos a llevar al campamento.

—Lo suponía —respondió Jenny—. Todo es comida fría: pastel de carne, salchichas, pepinos, lechuga, tomates y, de postre, manzanas y plátanos. ¿Tendréis bastante?

—¡Ya lo creo! —dijo *Manitas*—. ¿Y qué nos das para beber?

—Podéis llevaros naranjada o limonada, lo que prefiráis. Pero oíd: no vayáis al despacho de tu padre. Ha estado trabajando todo el día y está cansado.

—Y supongo que malhumorado —dijo *Manitas*—. Las personas cansadas suelen estar de mal humor. Todas menos tú, Jenny.

—Me estás haciendo la pelotilla para que te dé algo más —dijo Jenny—. Te conozco muy bien.

—¿Podemos llevarnos unos cuantos terrones de azúcar? —preguntó *Manitas*—. Es que en el circo hay unos caballos magníficos, los más hermosos que he visto en mi vida, y me gustaría darles un terrón de azúcar a cada uno.

—Y alguno para ti, ¿no? —dijo Jenny, sonriendo—. Bien. Os lo envolveré todo. También os daré platos de papel y cubiertos. ¿Y *Tim*? Supongo que también él querrá cenar.

—¡Guau! —ladró *Tim*, satisfecho de que alguien se acordara de él.

—Lo tuyo ya está preparado. Lo tengo en la despensa —le dijo la cocinera—, *Jorge*, ve a traerlo. *Tim* debe de tener apetito.

Jorge encontró en la despensa un plato de carne y unos bizcochos, que *Tim* acogió con alegres ladridos.

Al fin la comida estuvo preparada. ¡Qué abundancia! Estupendo: así podrían invitar a sus amigos del circo. Dieron las buenas noches a Jenny y desaparecieron en el jardín. Al profesor no le dijeron nada: no querían molestarlo.

—A lo mejor está de mal humor y nos prohibiría que fuésemos a cenar con la gente del circo —dijo *Manitas*—. *Travieso*, haz el favor

de salir de esa cesta. Intentabas atrapar un plátano. No disimules, que te he visto. Y haz el favor de comer bien. De lo contrario, *Charlie* pensará que eres un mal educado y se avergonzará de tener amistad contigo.

Radiantes de alegría, llegaron al fondo del jardín, saltaron la cerca y se encontraron de nuevo en el campo. El sol se ponía rápidamente. Pronto empezaría a oscurecer. ¡Qué estupendo iba a ser sentarse alrededor del fuego, cenar con la gente del circo, cantar, quizás, a coro con sus amigos, y escuchar el violín que Fred tocaba tan maravillosamente! ¡Qué divertido dormir en las tiendas de campaña, oyendo los gritos de las lechuzas y viendo las estrellas por las aberturas!

Saltaron la cerca, pasándose la comida de unos a otros, y siguieron adelante. ¡Quita las manos de esa cesta, *Travieso*! ¡Bien hecho, *Tim*, muérdele la oreja cada vez que haga una travesura! ¡Esta noche os vais a divertir todos mucho!

Capítulo IX

UNA VELADA INOLVIDABLE

Apenas vio Jeremías que sus amigos saltaban la cerca, corrió a ayudarlos. Feliz de tenerlos como invitados, los condujo en primer lugar a presencia de su abuelo.

—Supongo —dijo éste— que tus amigos querrán curiosear un poco por nuestro campamento. *Charlie* os acompañará. Esta noche tenemos ensayo. De modo que podréis ver casi toda la función.

Aquello entusiasmó a los niños. Los cubos de madera pintada estaban ya enlazados formando un gran anillo. En seguida aparecieron en él los caballos musicales. El primero de ellos iba montado por una hermosa joven, Madelón, que lucía un vestido de lentejuelas doradas.

«¡Qué bonitos son! —pensó Ana—. ¡Cómo lucen sus cabellos con esos vistosos penachos de plumas!».

La banda comenzó a tocar y los caballos empezaron a trotar, siguiendo a la perfección el compás de la pieza. Los músicos tenían algo extraño: iban vestidos con trajes corrientes. Los niños comprendieron que reservaban sus brillantes uniformes para la noche de la presentación.

Después de dar dos o tres vueltas, los caballos salieron de la pista y apareció Fred, que estuvo unos momentos tocando el violín. Primero la música fue lenta y solemne. Luego, Fred empezó a tocar de prisa, y los niños sintieron que se les iban los pies, siguiendo el ritmo.

—No puedo tenerlos quietos —exclamó Ana—. Es como si la música se metiera en el cuerpo.

En este momento apareció *Charlie*, el chimpancé, andando sólo

con las patas traseras. Parecía mucho más alto. Bailó durante unos momentos al son de la música, dando grandes saltos, y luego se acercó al violinista y se abrazó a sus piernas.

—Lo quiere mucho —dijo Jeremías—. Ahora tiene que ir a ensayar su número. Juega al criquet[1]. Perdonadme. He de ir a arrojarle las pelotas.

Jeremías salió a la pista y *Charlie* corrió hacia él y lo abrazó. Un bate fue lanzado a la pista. El chimpancé lo recogió y lo hizo girar sobre su cabeza. Estaba muy contento y no cesaba de parlotear.

Alguien arrojó la pelota a Jeremías, que la cazó al vuelo con seguridad.

—Veréis como no le da —dijo, y arrojó con gran fuerza la pelota sobre *Charlie*.

Pero éste acertó a golpearla con el bate, y con tal fuerza, que la pelota salió disparada a enorme velocidad y Jeremías no pudo atraparla. Los niños no habían visto nunca un partido de criquet tan divertido. El chimpancé no fallaba ninguna pelota. Al fin se cansó y empezó a perseguir a Jeremías por toda la pista, con el bate en alto, como si le quisiera pegar. Los niños estaban muertos de risa.

—Es un payaso como no hay dos —dijo Dick—. ¿Es esto lo que hace *Charlie* todas las noches ante el público?

—Sí, y a veces lanza la pelota a los espectadores —respondió Jeremías—. Se arman unos alborotos de miedo. Otras veces, para animar el espectáculo, dejamos que uno de los niños del público arroje la pelota. Una tarde, un niño la lanzó con gran fuerza y tuvo la desgracia de darle a *Charlie*. Éste se enfadó tanto, que lo persiguió por toda la pista, como ahora ha hecho conmigo. El pobre niño pasó un gran susto.

Charlie se acercó a Jeremías y empezó a darle abrazos cariñosos.

—Estate quieto, *Charlie* —dijo el niño—. Mira, ahí llega el Asno Bailarín. Salgamos de la pista. Nunca sabe uno las coces que va a dar.

Pronto apareció el Asno Bailarín. Tenía el pelo gris oscuro. Avanzó hasta el centro de la pista, galopando y con la cabeza torcida. Luego se sentó, levantó una de sus patas traseras y se rascó la nariz. Los niños estaban asombradísimos. Nunca habían visto a un asno hacer nada semejante. De pronto, la banda empezó a tocar

y el asno se levantó y prestó atención, moviendo extrañamente las orejas y la cabeza al compás de la música.

La banda cambió de ritmo: empezó a tocar una marcha. El asno escuchó atentamente y luego echó a andar dando vueltas por la pista y marcando perfectamente el paso: «clip, clop, clip, clop, clip, clop». Luego, por lo visto, se cansó, ya que dobló sus patas traseras y se sentó. Los niños se reían de buena gana. Después se levantó, pero las patas traseras parecieron enredársele con las delanteras y cayó al suelo con una contorsión ridícula.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó Ana, preocupada—. Como siga así, se va a romper una pata. Mira, Jeremías; no puede levantarse.

El asno rebuznó, intentó ponerse de nuevo en pie y cayó al suelo. Pero, de pronto, la orquesta empezó a tocar otra cosa y el asno se levantó en seguida para moverse al compás del nuevo ritmo, bailando un zapateado.

—Nunca hubiese creído que a un asno se le pudiera enseñar a bailar un zapateado —dijo *Jorge*, maravillada.

Pronto volvió a dar el asno muestras de cansancio y se detuvo. Pero la banda siguió tocando y entonces el animal corrió hacia el estrado de los músicos y dio una patada a la tarima. De su boca salieron estas palabras:

—¡No tan de prisa! ¡No tan de prisa!

Pero los músicos no le hicieron caso y siguieron tocando. El asno se dobló de pronto y su cabeza cayó al suelo. Ana lanzó un grito de angustia.

—¡Qué tonta eres, Ana! —dijo Dick—. ¿Creías que era un asno de verdad?

—¿No lo es? —exclamó Ana, aliviada—. Es igual que aquél que nos llevaba a la playa en Kirrin.

El asno se había partido en dos mitades y de cada una de ellas salió un hombre bajito. La piel del asno estaba en el suelo.

—Me gustaría tener una piel de asno como ésa —dijo *Manitas*—. Tengo un amigo en el colegio que podría ocupar las patas traseras y yo me metería en las delanteras. ¡Cómo nos divertiríamos!

—A juzgar por las cosas que haces a veces, no me extrañaría que fueses un asno de primera —dijo *Jorge*, burlona—. Mira, ése debe

de ser Dick Tiroloco.

Pero antes de que Dick Tiroloco pudiese empezar a disparar sus revólveres, los dos hombres que habían salido de la piel de asno se dirigieron al estrado de la banda y entablaron una viva discusión con los músicos.

—¿Por qué tocáis tan de prisa? —exclamaron—. Ya sabéis que no podemos hacer nuestros trucos a esa velocidad. ¡Lo que queréis es que no nos salga bien el número!

El director de la banda dijo, gritando, algo que los niños no entendieron. Pero no debía de ser nada agradable, pues uno de los hombres salidos del asno avanzó hacia él con el puño en alto.

Un atronador vozarrón cortó en seco la disputa. Era el señor Tapper, el abuelo, que empezó a dar órdenes.

—¡Basta! ¡Pat! ¡Jim! Salid de la pista. Soy yo quien manda aquí. ¡¡He dicho que basta!!

Los dos hombrecillos lo miraron con rabia, pero no se atrevieron a decir palabra. En silencio, recogieron su disfraz y salieron de la pista.

Dick Tiroloco tenía el aspecto de un hombre cualquiera. Iba vestido con un traje gris corriente.

—No ensayará todo su número —explicó Jeremías—. Ya lo veréis otra noche, cuando actúe ante el público. Es formidable. Dispara contra toda clase de objetos, incluso contra una moneda que cuelga de un cordel, y nunca falla. En función va vestido de *cow-boy*. Tiene un caballito estupendo, que galopa por la pista a toda velocidad, pero no mueve ni un músculo cuando Dick dispara. Mirad, allí está esperando a que Dick lo llame.

El caballito era blanco y miraba fijamente a Dick Tiroloco. Pateaba nerviosamente el suelo, como diciendo: «¡Vamos, date prisa! Te estoy esperando. ¿Me llamas o no?».

—Basta, Dick; puedes marcharte —le gritó el abuelo—. He oído decir que tu caballo se ha hecho daño en una pata. Conviene que hoy lo dejemos descansar. Mañana lo necesitaremos.

—Bien, señor Tapper —respondió Dick Tiroloco. Y, después de saludar, se marchó, llevándose a su caballo.

—¿Qué viene ahora, Jeremías? —preguntó *Jorge*, que estaba pasando uno de los mejores ratos de su vida.

—No lo sé —contestó Jeremías—. Déjame pensar. Faltan los acróbatas, pero los trapecios no están montados, o sea que no ensayarán. Luego está el hombre sin huesos. ¡Mirad, ahí está! Es un gran artista y me quiere mucho. Es muy bueno. No se parece a otros artistas de nuestra compañía.

El hombre sin huesos tenía un aspecto extraño. Era muy alto y delgado. Sus piernas podían doblarse en todas direcciones por las rodillas y también doblaba completamente los tobillos. Lo mismo podía hacer con los brazos, y su cuello le permitía volver enteramente la cabeza. Realizó unas cuantas contorsiones dificilísimas, y finalmente se echó en el suelo y se deslizó como una serpiente.

—Se presenta al público vestido con un traje de piel de serpiente —dijo Jeremías—. Interesante, ¿verdad?

—¿Cómo puede retorcerse de ese modo? —preguntó Dick—. Dobla los brazos y las piernas de una forma que parece imposible. A mí se me romperían si lo intentase.

—Para él es muy fácil —dijo Jeremías—. Tiene articulaciones de doble juego, de modo que puede doblar los codos y las rodillas tanto hacia adelante como hacia atrás. Es muy simpático; ya lo veréis cuando lo conozcáis. Parece que no tenga huesos, ¿verdad?

Ana se sentía un poco atemorizada. ¡Qué extraña era la gente de circo! Era un mundo completamente distinto. De pronto sonó una estridente trompeta y Ana se sobresaltó.

—Nos llaman para cenar —dijo Jeremías, alegremente—. ¡Vamos! ¡Mi abuela debe de haber preparado un guiso para chuparse los dedos! ¡Corramos!

Capítulo X

FUEGO DE CAMPAMENTO

Siguiendo a Jeremías, salieron de la pista del circo. La iluminación en ella era tan espléndida, que, por contraste, la noche parecía oscurísima. A través del campo, se dirigieron a un fuego cuyas llamas salían de unos troncos cuidadosamente apoyados en grandes piedras. En el centro había una enorme olla que despedía un humo blanco, y los niños percibieron un olorcillo delicioso.

Allí estaba la abuela. Cuando los vio, empezó a remover el contenido de la olla.

—Habéis estado mucho tiempo en el circo —dijo al abuelo—. ¿Ha ocurrido algo?

—No —repuso el señor Tapper, olfateando el agradable olor a comida—. Tengo mucho apetito. ¡Qué bien huele esto! Jeremías, ayuda a tu abuela.

—Sí, abuelo —respondió el niño.

Se puso delante de un rimero de platos y los fue pasando uno a uno a su abuela, que, con un enorme cazo, los fue llenando de patatas, carne y verduras. El abuelo preguntó a Julián:

—¿Os ha gustado el ensayo?

—¡Ya lo creo! —contestó Julián—. ¡Lástima que no se hayan ensayado todos los números! Me habría gustado ver a los acróbatas y a los payasos. ¿Están por aquí? Estoy deseando verlos.

—Sí, por aquí ronda uno de los payasos —dijo el señor Tapper —. Míralo. Está con Madelón, la amazona.

Los niños lo miraron y tuvieron una desilusión.

—¿De veras es un payaso? —preguntó Dick, incrédulo—. No parece un hombre divertido, sino todo lo contrario: triste.

—Es Tip —dijo el abuelo—. Fuera de la pista siempre tiene esa cara. Pero cuando lo veáis trabajar os desternillaréis de risa. Es un payaso graciosísimo. Hay muchos payasos como Tip: cuando están ante el público son alegres y divertidos, pero apenas salen de la pista, se les ve tristes y pensativos. Top es un poco más alegre. Es aquél que le está tirando del pelo a Madelón. Veréis qué pronto recibe un tortazo. ¿Veis? Ya lo ha recibido.

Top se acercó al grupo, llorando a lágrima viva. Parecía llorar de verdad.

—¡Es mala! ¡Me ha pegado! —dijo sollozando como un niño pequeño.

Los niños se reían a carcajadas. *Travieso* se fue hacia el payaso y se encaramó a su hombro para emitir sonidos consoladores junto a su oído. *Charlie* salió de su jaula y le puso una mano en el hombro para confortarlo. Los dos creían que Top lloraba de verdad.

—Basta, Top —dijo el abuelo—. Sólo falta que vengan a consolarte los caballos. Repite eso en la función de mañana y tendrás un éxito loco. Siéntate y cena.

—Señor Tapper —dijo Julián—. Uno de los artistas no ha aparecido en el ensayo: Wooh, el mago. ¿Por qué?

—¡Ah, ése nunca ensaya! —dijo el señor Tapper—. Es un tipo muy raro. No habla con nadie. Quizás venga a cenar, pero también puede ser que no venga. Como mañana hay función, supongo que sí que vendrá esta noche. A decir verdad, le tengo un poco de miedo.

—Pero no será un mago de verdad —dijo *Manitas*.

—No sé, pero cuando hablo con él tengo la impresión de que es un verdadero mago —dijo el señor Tapper—. No hay nada sobre números que ese hombre no sepa, ni nada que no pueda hacer con ellos. Pedidle que multiplique cualquier número por otro, aunque aquél tenga doce cifras, y os dará el resultado en un segundo. No debería estar en un circo. Debería ser un científico, uno de esos hombres que llenan cuartillas y cuartillas de números.

—Como mi padre —dijo *Manitas*—. Porque mi padre es inventor, ¿sabe? Cuando entro en su despacho, veo montones de hojas de papel donde hay millones de cifras, planos y diagramas.

—Muy interesante —dijo el abuelo—. Deberíamos presentarle al señor Wooh. Se pasarían el día hablando de números. ¿Qué llevas

en la mano, niña?

—La comida que hemos traído —respondió Ana—. Pruebe una salchicha, señor Tapper, o un tomate de la huerta de *Manitas*.

—Gracias —dijo el señor Tapper, sinceramente agradecido—. Eres muy amable. Celebro de veras haberos conocido. A lo mejor, incluso podríais dar a Jeremías algunas lecciones de buenos modales.

—¡Abuelo! Ahí viene el señor Wooh —dijo Jeremías, levantándose.

Todos se volvieron para mirarlo. ¿Aquél era el fantástico señor Wooh? Desde luego, parecía un mago.

El señor Wooh los observó con una leve sonrisa. Era un hombre alto y de porte autoritario. Tenía el cabello negro y unos ojos brillantes medio ocultos por unas cejas espesísimas. Lucía una barbita recortada y hablaba con voz profunda y acento extranjero.

—Por lo que veo, tenemos visita —dijo, sonriendo y mostrando sus blancos dientes—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

—¡Desde luego, señor Wooh! —dijo Ana calurosamente—. Hemos traído mucha comida. ¿Quiere una salchicha?

—¡Gracias! Tienen muy buena cara —dijo el mago, sentándose.

—Lo hemos echado de menos en el ensayo —dijo Dick—. Nos han dicho que hace usted maravillas con los números y que calcula con la rapidez de un rayo.

—Mi padre también lo hace —dijo *Manitas* con un gesto de orgullo—. Sí, también hace brujerías con los números. ¡Es inventor!

—¡Ah, caramba! Inventor. ¿Y qué es lo que inventa? —preguntó el señor Wooh mientras saboreaba una salchicha.

Esto fue suficiente para que *Manitas* se disparase y empezara a explicar lo grande que era su padre.

—Puede inventar todo lo que le pidan que invente —dijo—. Inventó un aparato para guiar a los aviones sin que el piloto tenga que tocar los mandos. También ha inventado una rueda neumática eléctrica y el termocitrón. Pero no creo que usted haya oído hablar nunca de estas cosas tan…

—Espera, muchacho, espera —le interrumpió el señor Wooh, visiblemente interesado—. Sí que he oído hablar de esas cosas. No sé lo que son, pero he oído hablar. Tu padre debe de ser un hombre

de gran talento, un verdadero sabio.

Manitas rebosaba de orgullo.

—Hace poco los periódicos hablaron de algunos de sus inventos —dijo—. Vinieron muchos periodistas para entrevistar a papá, y él se enfadó mucho con ellos. Está ocupado en su invento más importante y no podía trabajar porque a cada momento llegaban para hacerle preguntas, y algunos incluso lo espiaban e iban a mirar por las ventanas de la torre…

—¿La torre? ¿De modo que tiene una torre? —preguntó el señor Wooh con gran interés.

Pero antes de que *Manitas* pudiera contestar, Julián le dio un fuerte pellizco. *Manitas* se volvió hacia él, sorprendido, y vio que Julián le miraba muy enfadado, y lo mismo *Jorge*. Se puso rojo como la grana y recordó que su padre le había dicho que no hablase de su trabajo, pues se trataba de asuntos secretos.

Fingió que se le había atragantado un trozo de carne y esperó a que Julián cambiase de conversación.

—Señor Wooh —dijo Julián—, ¿podría hacernos una demostración de su habilidad para manejar los números? Nos han dicho que usted puede hacer en un segundo las operaciones aritméticas más complicadas.

—Es cierto —contestó el mago—. No hay nada que yo no pueda hacer con los números. Ponme la operación que quieras y te daré el resultado en seguida.

—A ver, señor Wooh. Multiplique sesenta y tres mil trescientos cuarenta y dos por ochenta mil novecientos cincuenta y tres. Seguro que no lo podrá hacer en un momento.

—El resultado es 5.127.724.926 —respondió inmediatamente el señor Wooh, sin darle importancia—. Ha sido una operación muy fácil.

—¡Asombroso! —exclamó *Manitas*, y preguntó volviéndose hacia Julián—: ¿Es ése el resultado?

Julián estaba haciendo la multiplicación rápidamente con ayuda de papel y lápiz.

—Sí, es exacto —dijo cuando hubo concluido—. Ni el más insignificante error. ¡Y sólo en un segundo! ¡Qué barbaridad!

—Yo también quiero ponerle una multiplicación —dijo *Jorge*—.

602.491 multiplicado por 352.

—Exactamente 212.076.832 —respondió inmediatamente el señor Wooh.

De nuevo hizo Julián la operación con papel y lápiz, luego levantó la cabeza y asintió.

—Exacto. ¿Cómo lo hace tan de prisa?

—Magia, sólo un poco de magia. Es muy fácil. Probadlo alguna vez. Estoy seguro que este chico podría hacerlo —dijo señalando a *Manitas*. Y añadió—: Me gustaría mucho conocer a tu padre. Sería una conversación sumamente interesante para los dos. He oído hablar mucho de su maravillosa torre. Es un verdadero monumento a su genio. Como ves, hasta en el extranjero se conocen los extraordinarios trabajos científicos de tu padre. ¿Teme acaso que le roben sus secretos?

—¡No lo creo! —dijo *Manitas*—. La torre es un escondite seguro y…

De pronto se detuvo, volviendo a enrojecer, mientras recibía un nuevo y más fuerte pellizco de Julián. ¿Cómo podía ser tan estúpido? ¡Decir que su padre guardaba sus secretos en la torre!

Julián creyó conveniente llevarse aparte a *Manitas* y darle una buena lección para que tuviese la boca cerrada. Consultó su reloj e hizo ver que le inquietaba lo tarde que era.

—¡Santo Dios! ¿Sabéis qué hora es? —dijo—. Jenny estará a punto de avisar a la policía. Tenemos que volver en seguida a casa. ¡Vamos, *Manitas*! ¡Venid todos! Tenemos que irnos. Abuelo, muchas gracias por habernos invitado a compartir su comida.

—¡Pero si todavía no hemos terminado! —dijo el señor Tapper —. Os habréis quedado con apetito.

—¡Qué va! ¡Si ya no podemos más! —dijo Dick, comprendiendo las señas que le hacía Julián—. Hasta mañana, abuelo. Buenas noches, abuela. Muchas gracias por todo.

—Todavía quedan plátanos y manzanas —dijo *Manitas*, tozudo.

—Las hemos traído para *Charlie* —dijo Dick, mintiendo descaradamente y sintiendo unas ganas locas de dar a *Manitas* un buen puñetazo.

¡Qué estúpido! No se daba cuenta de que Julián trataba de alejarlo de allí para que el señor Wooh no siguiera sonsacándole.

¡Vería lo que era bueno cuando estuviesen solos!

Manitas notó que todos lo empujaban y empezó a asustarse. Julián parecía muy enfadado. El abuelo estaba sorprendido ante la repentina marcha de los niños. En cambio, *Charlie* el chimpancé se sentía feliz: le habían dejado una imponente provisión de fruta.

Llegaron a la cerca. Julián sujetaba firmemente el brazo de *Manitas*, y cuando llegaron al otro lado de la cerca y estuvieron fuera del alcance del oído del señor Wooh, se volvió hacia él y le dijo furioso:

—¿Estás loco, *Manitas*? ¿No te has dado cuenta de que ese extranjero estaba tirándote de la lengua para que le dieras detalles sobre los trabajos secretos de tu padre?

—¡Eso no es verdad! —replicó *Manitas*, casi llorando—. ¡Son exageraciones tuyas!

—A mí nunca se me ocurriría decir una sola palabra del trabajo de mi padre —dijo *Jorge*, en un tono tan agrio, que para *Manitas* fue una acusación.

—¡Yo no he dicho nada! —protestó—. Además, el señor Wooh parece una buena persona. ¿Qué os hace sospechar que no lo es?

—No me gusta y no me fío ni un pelo de él —dijo Julián—. Sin embargo, tú le escuchabas embobado y muriéndote de ganas de contestar a sus preguntas. Estoy avergonzado de ti. Lo habrías pasado muy mal si tu padre te hubiese oído. Ojalá que no hayas dicho demasiado. Ya sabes lo mucho que se enfadó tu padre cuando se publicó en un periódico aquella información sobre sus últimos descubrimientos, lo que atrajo a tu casa a una multitud de curiosos…

Manitas no pudo resistir más. Lanzó un gemido que asustó a *Travieso*, haciéndole dar un salto, y se alejó corriendo hacia la casa. El monito lo siguió para consolarlo. ¿Qué le pasaría? El pobre *Travieso* estaba extrañadísimo y en vano trataba de consolar a su afligido amo. Al fin se encaramó a su hombro, le rodeó el cuello con sus diminutos brazos y empezó a murmurarle sonidos extraños al oído.

—¡Oh, *Travieso*! —dijo *Manitas*—. ¡Sigues siendo amigo mío! Cuánto me alegro. Los otros ya no lo son. ¿Crees que soy un idiota? Yo he hablado con orgullo de mi padre, y nada más.

Travieso seguía abrazado al cuello de *Manitas*, extrañado y triste. *Manitas* se detuvo al fin ante la torre. En lo alto de ella brillaba una luz. Su padre debía de estar aún trabajando. Un sonido extraño llegó en esto a sus oídos y se preguntó si serían aquellas raras antenas de la torre las que lo producían. De pronto, la luz se apagó.

«Papá habrá acabado el trabajo por esta noche —pensó *Manitas* —. Ahora se irá a casa. Yo también he de ir. Quizás me pregunte por qué estoy tan agitado. Nunca había visto a Julián tan enfadado conmigo. Me ha hablado con desprecio».

Avanzó por el sendero que conducía a la casa. Sería preferible que no viese a Jenny. En seguida notaría que le había ocurrido algo anormal y se lo haría confesar todo. Quizá se enfadara tanto como Julián. Además, le preguntaría por qué no estaba en el campamento con los demás. Si, sería preferible ir directamente al piso y meterse en la cama.

—Ven, *Travieso* —susurró—. Vamos a la cama. Puedes acurrucarte a mi lado. Tú nunca te enfadarás conmigo, ¿verdad? Siempre tendré en ti un amigo.

Travieso empezó a parlotear alegremente para entretener a *Manitas* mientras se desnudaba. Se metió en la cama y *Travieso* se acurrucó a sus pies.

«No creo que pueda dormir —pensó *Manitas*, tristemente—. No, no podré».

Pero en seguida se quedó dormido. Fue una lástima. Si hubiese estado despierto, habría vivido unos momentos de gran emoción. ¡Pobre *Manitas*!

Capítulo XI

EN LA OSCURIDAD DE LA NOCHE

Julián y los demás del grupo no quisieron seguir a *Manitas*.

—Dejadle que se vaya —dijo Julián—. Entremos en las tiendas y charlemos un poco antes de dormir.

—Siento que *Manitas* no esté con nosotros —dijo Ana—. Es la primera noche que acampamos. No ha sido su intención irse de la lengua.

—Eso no le disculpa, Ana —dijo *Jorge*—. Se porta como un tonto a cada momento y ya es hora de que aprenda. Vámonos a nuestra tienda. Estoy muy cansada. Vamos, *Tim*.

Jorge bostezó y Dick hizo lo mismo. Luego fue Julián quien abrió involuntariamente la boca.

—Esto de los bostezos es muy contagioso —dijo—. ¡Oh, qué noche tan estupenda! Ni frío ni calor. Y fijaos qué luna. Buenas noches, *Jorge* y Ana. Que descanséis. ¡Ah! No gritéis si os despierta una araña, porque no estoy dispuesto a luchar con esos inofensivos animalitos.

—Pues a ver si se te sube una a la cara, teje una tela en tu nariz y empieza a cazar moscas —bromeó Ana.

—¡Ana, por favor! —exclamó *Jorge*—. No me dan miedo las arañas, pero tienes unas ideas horribles. *Tim*, vigila y no permitas que se nos acerque ninguna.

Todos se echaron a reír.

—Buenas noches, muchachas —dijo Dick—. Siento que no esté aquí *Manitas*. Tiene muchas cosas que aprender aún, y tener la boca cerrada es una de ellas.

Todos estaban rendidos de cansancio. Pronto se apagó la última

linterna y todo quedó en calma. Un poco más allá estaba el circo, también en silencio, aunque brillaban algunas luces en las tiendas. Un músico tocaba un banjo muy bajito, y una alegre melodía llenaba la noche.

Unas nubes ocultaron la cara de la luna. Una a una, las luces del circo se fueron apagando. El viento soplaba suavemente entre los árboles. Se oía la voz de una lechuza.

Ana seguía despierta. Escuchaba la música y el viento. Poco después se durmió también. Nadie oyó a un hombre que se deslizaba sigilosamente entre las tiendas del circo. Nadie vio aquella sombra que se amparaba en la oscuridad de la noche. Era ya muy tarde y el sueño se había apoderado de todos en los dos campamentos.

Tim estaba también profundamente dormido, pero se oyó un crujido y en seguida se despertó. No se movió, sólo sus orejas se irguieron para escuchar. Gruñó, pero débilmente para no despertar a *Jorge*. Si la persona que avanzaba a través del circo no se acercaba a la tienda donde estaba su dueña, no ladraría. Oyó un gruñido y lo reconoció al punto: era *Charlie*, el chimpancé. ¡Bah! No pasaba nada. *Tim* se durmió de nuevo.

También *Manitas* estaba profundamente dormido y *Travieso* seguía a sus pies. Había creído que su tristeza le impediría dormir, pero ya estaba soñando. No oyó un ligero ruido que se produjo en el jardín. Fue muy débil, como si alguien hubiese tropezado con una piedra. Luego se oyeron otros ruidos casi imperceptibles y el murmullo de una voz humana.

Nadie oyó nada hasta que Jenny se despertó a causa de la sed y se dispuso a beberse el vaso de agua que tenía en la mesilla de noche. No había encendido la luz, y ya estaba a punto de dormirse de nuevo, cuando oyó un ruido y se sentó en la cama.

«No pueden ser los niños —pensó—. Están fuera, en sus tiendas. ¡Dios mío! ¿Será un ladrón? ¿Será alguien que trata de apoderarse de los planos secretos del profesor? Menos mal que los tiene guardados casi todos en la torre».

Escuchó atentamente y pronto oyó un nuevo y leve ruido. Se estremeció.

«Ha sido en la torre», se dijo, saltando de la cama.

Pero no, en la torre no había luz. Habría que esperar a que la nube que ocultaba la luna pasara, arrastrada por el viento. ¡Otra vez! ¡Más ruidos! Quizás fuese el viento. No, no hacía viento. ¿Qué sería? Ahora oyó como si alguien hablara muy bajito en el patio. Jenny sintió tanto miedo, que empezó a temblar. Tenía que ir a despertar al profesor. Quizás pretendían robarle los planos.

La nube que tapaba la luna pasó y Jenny atisbó por la ventana. Luego lanzó un fuerte grito.

—¡Un hombre! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorroooo! Está escalando la torre. ¡Profesor! ¡Profesor Hayling! ¡Venga en seguida! ¡Ladrones! ¡Socorro! ¡Socorrooo! ¡Llame a la policía!

Se oyó un ruido más fuerte que los anteriores, y cuando Jenny iba a mirar de nuevo por la ventana, otra nube ocultó la luna, y la cocinera ya no pudo ver nada. Ahora reinaba un extraño silencio, y ello aumentó el pánico de Jenny, que salió de su cuarto corriendo y gritando a pleno pulmón:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Profesor, venga en seguida!

El profesor se levantó de un salto y corrió hacia el pasillo, donde estuvo a punto de chocar con Jenny. La asió de un brazo, creyendo que era el ladrón, y Jenny empezó a gritar, creyendo a su vez que era el ladrón el que la detenía. Forcejearon, y el profesor se dio cuenta muy pronto de que no había atrapado a ningún ladrón, sino a Jenny.



—¡Jenny! ¿Por qué grita de ese modo? —preguntó el profesor, encendiendo la luz del pasillo—. ¿Una pesadilla?

—No, señor —respondió Jenny, lloriqueando—. Han entrado ladrones. He visto a uno de ellos escalando la torre, y había otros abajo: los he oído hablar. ¡Qué miedo tengo, señor Hayling! ¿Qué piensa hacer? ¿Va a llamar a la policía?

—Pues… —dijo el profesor, vacilante—. ¿Está segura de que no ha sido una pesadilla? ¿Puede asegurar que eran ladrones? Desde luego, voy a llamar a la policía, pero habrá de recorrer un largo camino para llegar aquí, y…

—Señor, ¿por qué no enciende su linterna y va a echar un vistazo? —le dijo Jenny—. Sabe mejor que yo que en la torre están esos papeles que para usted son tan importantes, y ese nuevo invento que está haciendo… Ya sé que yo no debería saber nada de esto, señor, pero tengo que quitar el polvo en sus habitaciones de trabajo, y veo muchas cosas. Sin embargo, no soy nada habladora.

—Lo sé, Jenny, lo sé —dijo el profesor, cortando el torrente de palabras—. Pero ocurre que todo está normal. He mirado al patio, y no hay nadie. Además, usted sabe tan bien como yo que es imposible entrar en la torre. Tiene tres cerraduras distintas: una en la puerta de abajo, otra en la que hay a media escalera y otra en la habitación de arriba. Jenny, reflexione. Nadie ha podido usar mis llaves, porque las tengo aquí. Mírelas.

Jenny se tranquilizó un poco, pero no quedó satisfecha.

—He oído voces y he visto que alguien escalaba la torre. Por favor, señor Hayling: venga conmigo y echemos un vistazo. No me atrevo a ir sola y no dormiré hasta que sepa que nadie ha forzado las puertas ni escalado la torre.

—Bien, Jenny —dijo el profesor, resignado—. Póngase la bata, yo me pondré la mía e iremos a ver si la puerta está cerrada y si hay alguna escalera por la que alguien haya podido subir. Aunque, para llegar hasta la cima de la torre, la escalera habría de ser altísima.

Minutos después, Jenny y el profesor estaban en el patio. No vieron escalera alguna, y la cerradura estaba intacta.

—Abra esa puerta, profesor, y vea si las de arriba están también cerradas —dijo Jenny.

—No sea pesada, Jenny —dijo el profesor—. Aquí tiene las llaves. Abra usted. Ésta, desde luego, está cerrada. Si la de arriba también lo está, tendremos la prueba de que aquí no ha entrado nadie.

Jenny, aún temblorosa; introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y empezó a subir la escalera. Cuando estaba a la mitad, halló la segunda puerta, que estaba también cerrada. La abrió.

Empezó a calmarse. Era evidente que nadie podía haber entrado por aquella puerta. La de arriba estaba también cerrada. Lanzó un suspiro de satisfacción y empezó a bajar, cerrando de nuevo las puertas a su paso. Al fin, volvió a reunirse con el profesor, que estaba ya impaciente, y le devolvió las llaves.

—Todo está cerrado, señor —dijo Jenny—. Pero sigo estando segura de que alguien andaba por aquí. ¡No puedo haberme inventado que había un hombre escalando la torre y otro hablando desde abajo!

—Creo que el miedo le ha hecho ver cosas que no han ocurrido, Jenny —dijo el profesor, bostezando—. Además, no cabe duda de que la pared de la torre es demasiado vertical para escalarla. Por otra parte, tengo el sueño muy ligero y si alguien hubiese entrado con una escalera, lo habría oído.

—Siento haberle molestado, profesor —dijo Jenny—. Menos mal que no hemos despertado a *Manitas*. Pero me extraña que *Travieso* no hay oído mis gritos.

—¿Qué dice? *Manitas* y *Travieso* deben de estar en el campamento, con los otros chicos —exclamó el profesor.

—No, los dos están en casa. Los he visto durmiendo en su cama —dijo Jenny—. Seguramente, *Manitas* ha reñido con los demás del grupo. Es extraño que *Travieso* no haya venido corriendo a ver qué pasaba.

—*Travieso* es muy listo, pero no lo suficiente para abrir la puerta de la habitación de *Manitas* —replicó el profesor—. Buenas noches, Jenny. No se preocupe. Mañana estará más descansada y lo habrá olvidado todo.

El profesor entró en su habitación medio dormido. Miró por la ventana, primero hacia el patio y luego hacia la torre. Sonrió. ¡Pobre Jenny! ¡Como si fuese posible trepar a lo alto de la torre! Todo había sido producto de su imaginación. Nadie puede introducir en el patio una escalera lo bastante alta para escalar la torre, sin ser visto ni oído. El profesor bostezó una vez más y se metió en la cama.

Pero alguien había entrado en la torre, alguien que era muy listo y tenía unas manos muy ágiles. ¡Qué sorpresa se llevó el profesor cuando, a la mañana siguiente, atravesó el patio, abrió la primera

puerta de la torre, subió la escalera, abrió la segunda puerta, siguió subiendo y entró en el despacho!

Se quedó petrificado. Todo estaba revuelto. Los papeles se esparcían por toda la habitación. Se veían hojas sueltas de cuaderno, papeles sacados de las carpetas, cartas que había dejado el día anterior en su mesa para echarlas al correo. Había un tintero volcado sobre la mesa y faltaba el reloj despertador. Jenny no se había equivocado. Un ladrón había entrado en la torre la noche pasada, un ladrón que, por lo visto, podía pasar a través de puertas cerradas y escalar muros verticales.

«Tendré que llamar a la policía —pensó—. ¡Qué misterioso es todo esto! ¿Oiría algo *Manitas*? No, si hubiese oído algo habría venido en seguida a llamarme. Esto es un misterio, un gran misterio».

Capítulo XII

UNA SORPRESA PARA *MANITAS*

Manitas se estremeció cuando Jenny le contó a la mañana siguiente lo que había sucedido.

—Tu padre está de muy mal humor —dijo—. Se ha levantado muy temprano para terminar un trabajo, y cuando ha llegado a la torre y ha abierto la puerta de su despacho se lo ha encontrado todo revuelto. Le han desaparecido unos papeles importantísimos.

—¡Oh, Jenny! ¡Qué horror! —exclamó *Manitas*—. Papá guarda allí sus documentos más secretos, sobre todo los cálculos de su nuevo invento. Es un invento fantástico, Jenny. Sirve para…

—¡Calla! No hables a nadie de los secretos de tu padre, ni siquiera a mí —dijo la cocinera—. Te lo han dicho muchas veces. A lo mejor, te has ido de la lengua, y el que ha venido a visitarnos esta noche es alguien que te ha oído.

Manitas sintió una angustia repentina. ¿Habrían entrado a robar en la torre porque él había hablado más de lo que debía? ¿Quizás en el autobús? ¿Tal vez en el circo? ¿Qué dirían sus amigos, sobre todo Julián, cuando se enterasen de que un ladrón se había llevado documentos de su padre? Estaba seguro de que Julián le echaría las culpas a él. A lo mejor, los periódicos publicaban algo sobre el suceso y la casa se llenaba de curiosos que querrían ver la torre y sus extraños tentáculos.

Se vistió rápidamente y bajó la escalera de dos en dos. Jenny le dijo que la noche anterior había visto a alguien trepando por el muro de la torre.

—Tu padre dice que nadie podía haber entrado en el patio con una gran escalera sin que le hubiésemos visto u oído. Pero bien

pudieron utilizar una escala de cuerda como las que emplea el hombre que viene a limpiar los cristales.

—Exacto —dijo *Manitas*—. ¿Crees que habrá sido el limpiacristales?

—No, ese hombre es honrado —dijo la cocinera—. Lo conozco desde hace veinte años. Sólo he dicho que la escala podría ser como las que él usa. Iremos al patio cuando haya terminado de fregar los platos y lo miraremos todo para ver si encontramos alguna huella.

—Quizás el ruido que oíste lo hizo el ladrón al colgar la escala —dijo *Manitas*—. Mira a *Travieso*. Nos escucha como si entendiese lo que decimos. *Travieso*, ¿por qué no me despertaste anoche? Tú siempre te despiertas si oyes algo extraño.

Travieso se subió al hombro de *Manitas* y se enroscó junto a su cuello. No le gustaba que *Manitas* estuviese preocupado, y sabía perfectamente, por su voz, cuánto lo estaba.

—Lo mejor será que vayas a ver a tu padre —dijo Jenny—. Quizá puedas tranquilizarlo un poco. Está muy nervioso. Lo encontrarás en la torre, tratando de ordenar sus papeles. No te puedes imaginar lo revueltos que los han dejado.

Manitas se encaminó hacia la torre y se sorprendió al notar que las piernas le temblaban. A lo mejor, su padre le preguntaría si había hablado del trabajo que estaba haciendo. ¡Qué estúpido había sido al hablar en el circo como una cotorra!

Pero, afortunadamente, su padre estaba demasiado atareado ordenando los papeles, para pensar en lo que *Manitas* hubiese podido decir o hacer. Lo encontró en medio de la habitación tratando de averiguar cuáles eran los papeles que faltaban.

—¡Hola, *Manitas*! Pasa —dijo el profesor al ver a su hijo—. Échame una mano, ¿quieres? El ladrón tiró por el suelo todos los papeles que encontró en el escritorio. Afortunadamente, no se fijó en unos que cayeron debajo de la mesa, por lo que no creo que los que se ha llevado le sean útiles. Habría de ser un científico de primera línea para entenderlos faltando una parte.

—¿Crees que vendrá a buscar los que le faltan, papá? —preguntó *Manitas*.

—Es probable —contestó el profesor—. Pero los esconderé en algún sitio. ¿Sabes de algún buen escondite, *Manitas*?

—Papá, no los escondas sin decirme dónde —le advirtió *Manitas* —. Ya sabes que todo se te olvida. Luego no te acordarías de dónde los escondiste y no podrías seguir trabajando en tu invento. ¿Tienes copias de los planos que te han robado?

—No, pero los tengo registrados en mi cabeza —respondió el profesor—. Me ocupará algún tiempo rehacerlos, pero no demasiado. Es un fastidio, porque me convendría tenerlos ya. En fin, *Manitas*; ahora vete. Tengo mucho trabajo.

Manitas bajó la escalera, diciéndose que tendría que asegurarse de que su padre escondía los documentos en algún sitio apropiado.

«Debo evitar que haga lo mismo que la última vez que escondió papeles. Los metió en la chimenea y Jenny estuvo a punto de quemarlos. ¿Por qué hombres de talento como papá suelen hacer tantas tonterías? Estoy seguro de que, o se olvida de dónde los esconde o elige un escondite que cualquiera puede descubrir».

Luego se dirigió a la cocina para tratar del caso con Jenny.

—Jenny —le dijo—. Papá dice que el ladrón sólo se llevó algunos de sus papeles y que le servirán de poco los que ha robado si no tiene otros que son parte de ellos. Por eso cree que cuando el ladrón se dé cuenta, intentará venir por los que le faltan.

—¡Conmigo tendría que tropezar! —dijo Jenny, retadora—. Si tu padre me lo permitiera, yo podría esconderlos en un sitio donde nadie los encontraría. Pero no te diré qué sitio es ése.

—Me temo que los esconderá en la chimenea, como la otra vez, o en algún lugar igualmente tonto —dijo *Manitas*—. Tenemos que ocultarlos en algún sitio donde a nadie se le ocurra mirar. Si papá descubre un buen escondite, luego no se acordará de dónde los puso, y nunca los encontrará.

—Vamos a la torre. Hay que limpiar las manchas de tinta y ver si tu padre ha escondido ya los papeles —dijo Jenny—. Es muy capaz de esconderlos en la misma habitación que registró el ladrón. Estoy segura de que subió por una escala de cuerda, encontró la ventana abierta, entró y se llevó lo que quiso.

—Vamos a la torre —dijo *Manitas*—. No creo que papá esté ya allí.

—Ahora cruza el patio —dijo Jenny, mirando por la ventana—. ¿Lo ves? Lleva algo debajo del brazo.

—Los periódicos de la mañana —dijo *Manitas*—. Eso quiere decir que estará un buen rato leyendo. Quiera Dios que los periódicos no digan nada de esto. Se nos vendría encima un diluvio de curiosos. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió no hace mucho? La gente vino a montones a curiosear y el jardín quedó hecho una lástima.

—Hay personas a las que les gusta meter las narices en todas partes —dijo Jenny—. Aquella vez arrojé por la ventana el agua con que había fregado los platos y di un baño a un grupo de curiosos que había debajo. Yo no podía imaginarme que había gente allí.

Manitas se echó a reír.

—Me habría gustado verlo —exclamó—. Si otra vez viene gente a curiosear los trabajos de papá, vuelve a regarla. Anda, Jenny. Vamos a la torre ahora que papá no está.

Pronto estuvieron en el patio. Al cruzarlo, Jenny se detuvo con la vista fija en el suelo.

—¿Qué buscas? —preguntó *Manitas*.

—Estoy buscando las señales que habría dejado en el suelo una escalera —dijo Jenny—. Aunque, a decir verdad, el ruido que oí no se parecía en nada al que haría una persona que arrastrase una escalera.

Los dos buscaron por todo el patio, pero no hallaron huella alguna.

—¡Qué raro! —dijo Jenny—. No sé qué ruido sería el que oí.

Los dos miraron hacia la torre. Estaba construida con piedras de varias clases y tamaños. Se habían empleado todas las que se podían encontrar en la zona de Kirrin.

—Creo que un gato podría escalarla —dijo Jenny—. Pero un hombre no podría hacerlo. En un momento o en otro resbalaría. Es demasiado peligroso. Seguramente, ni siquiera un gato llegaría muy arriba.

—Sin embargo, dices que viste a alguien escalándola —dijo *Manitas*—. No puede ser, Jenny. Quizá fuese la sombra de una pequeña nube lo que viste. Mira esa pared, ¿crees que alguien puede escalarla de noche, en plena oscuridad?

—Tienes razón: no es posible. Sólo un loco se atrevería a intentarlo —dijo Jenny—. Mis ojos debieron de hacerme una mala

pasada. Estaba convencida de haber visto una sombra escalando la torre. Desde luego, es imposible. Además, no hemos encontrado huella alguna. Bueno, basta de charlar. Vamos a la torre antes de que tu padre vuelva.

Subieron por la escalera en espiral. Todas las puertas estaban abiertas, de lo que dedujeron que el profesor volvería en cuanto terminara de leer los periódicos.

—Tu padre —dijo Jenny— no debería dejar las puertas abiertas ni un solo minuto. Bien, ya estamos en el despacho. ¡Fíjate en esas manchas de tinta! ¡Cuánto siento que se hayan llevado el reloj! ¡Con lo bonito que era! ¿Para qué lo querrán?

—Era tan pequeño, que se lo pudo meter en el bolsillo —dijo *Manitas*—. Si el ladrón fue lo bastante mala persona para llevarse los documentos de papá, no sé por qué no había de llevarse también el reloj. Quizás haya robado más cosas.

De pronto, Jenny lanzó una exclamación.

—¡Mira esos papeles, *Manitas*! ¡Esos llenos de números que están sobre la mesa! Deben de ser del trabajo que ahora está haciendo tu padre, ¿no?

Manitas se acercó a mirarlos.

—Sí, es su último trabajo. Me los enseñó el otro día. Recuerdo muy bien ese dibujo. ¡Qué distraído es! Se los deja tranquilamente sobre la mesa, sin ni siquiera cerrar las puertas, cuando sólo hace unas horas que ha entrado un ladrón. Dijo que los escondería donde el ladrón, si volvía, no pudiera encontrarlos, ya que así, los que ha robado no le servirían para nada. En cambio, si el ladrón encuentra esos papeles, tendrá el trabajo completo. Y sabiendo esto, se olvida de ocultarlos.

—Escondámoslos nosotros, *Manitas* —dijo Jenny—, y no le digamos dónde están. Estoy segura de que el ladrón, o los ladrones, volverán por ellos. Busquemos un escondite completamente seguro.

—¡Ya sé uno! —exclamó *Manitas*—. Los esconderemos en la isla de Kirrin, en algún lugar del castillo en ruinas. Nadie sospechará que puedan estar allí.

—Es una gran idea —dijo Jenny—. Para mí será un alivio saber que no están en casa. Lo mejor será que avises a Julián y a los demás del grupo y vayáis a la isla lo antes posible. ¡Qué tranquila

me sentiré cuando estén lejos de aquí! Dormiré mucho más a gusto.

Manitas introdujo los valiosos papeles debajo de su jersey y bajó a toda velocidad la escalera, seguido de Jenny. De pronto vieron al profesor que venía hacia ellos gritando:

—¡*Manitas*! ¡Jenny! Ya sé lo que me vais a preguntar. Queréis saber dónde he escondido los papeles, ¿verdad? Acercaos. Os lo diré en voz baja.

Sin saber qué decir, asombradísimos, *Manitas* y Jenny se acercaron al profesor, que les dijo susurrando:

—Los he envuelto y los he metido debajo del carbón, en la carbonera.

—¡Cómo se ha ensuciado los pantalones! —exclamó Jenny, malhumorada—. Debe de haberse sentado sobre el carbón. ¡Qué desastre! Venga con nosotros. Le cepillaré el traje.

—¿Verdad que es un buen escondite, Jenny? —preguntó el profesor—. Estoy seguro de que creía que me había olvidado de esconderlos.

Y se alejó muy satisfecho, mientras Jenny hacía grandes esfuerzos por no echarse a reír.

—¡Qué hombre este! ¿Sabes lo que ha escondido, *Manitas*? ¡Los periódicos! ¡Figúrate lo que ocurrirá cuando quiera leer las noticias del día! Lo mejor será que vayas en bicicleta al pueblo y compres de nuevo los periódicos. ¡Es horrible tener un sabio en casa! ¿Qué se le olvidará la próxima vez?

Capítulo XIII

PLANES A MONTONES

Después de comprar los periódicos, *Manitas* decidió ir al campamento de sus amigos para explicarles lo que había sucedido la noche anterior. Seguía enfadado por la forma en que le había tratado Julián, pero se moría de ganas de hablar a todos del robo y de su magnífica idea de esconder los documentos de su padre en la isla de Kirrin.

Y *Manitas*, con el simpático *Travieso* en su hombro, se dirigió al pequeño campamento. Todos estaban allí. Hacía poco que habían vuelto de la compra, y a *Manitas* se le hizo la boca agua al ver la comida: las latas de conserva, la fruta, los tomates, las lechugas, el jamón y todo lo que habían traído del pueblo.

Julián se alegró al ver a *Manitas* de tan buen humor. Después de la reprimenda de la noche anterior, temía que el muchacho estuviese enfadado todavía.

—¡Oíd! —gritó *Manitas*—. ¡Traigo noticias importantes!

Rápidamente contó a sus amigos lo sucedido la noche pasada, y luego les explicó que su padre había escondido los periódicos en la carbonera, creyendo que escondía los planos.

—¿Pero por qué no le dijiste que se había dejado los documentos en la mesa y que había escondido los periódicos? —preguntó *Jorge*.

—Porque, si se lo hubiera dicho, habría escondido los documentos y a los diez minutos no se acordaría de dónde los había puesto, y no sería posible encontrarlos nunca.

—¿Y qué vais a hacer con esos papeles? —preguntó Dick.

—He tenido una gran idea —dijo *Manitas*, con fingida modestia

—. He pensado que podemos esconderlos nosotros donde no sea posible encontrarlos.

—¿Y dónde está ese maravilloso escondite? —preguntó Dick.

—¡En la isla de Kirrin! —exclamó *Manitas*, triunfante—. ¿A quién se le puede ocurrir buscarlos allí? Además, como todos conoceremos el escondite, siempre lo recordará uno u otro. Mi padre podrá seguir trabajando tranquilamente, sin preocuparse por estos planos.

—¿Le has explicado todo esto a él? —preguntó Julián.

—No —repuso *Manitas*—. Jenny dice que es preferible que la cosa quede entre nosotros. Está convencida de que los ladrones volverán por los documentos que completan los que se llevaron.

—Tengo una idea —dijo Dick—. Podríamos llenar unas cuantas cuartillas de números y dibujos y dejarlas en la torre para que se las lleven los ladrones. Creerán que son las que buscan. ¡Menudo chasco se llevarán!

—Bien pensado —dijo Julián—. Y mientras los ladrones tratan de descifrar nuestros números, nosotros iremos a esconder las cuartillas verdaderas en la isla de Kirrin.

—¿Cuándo iremos? —preguntó *Jorge*—. Hace ya mucho tiempo que no he estado en mi isla. La última vez que fui, me encontré con que los excursionistas domingueros la habían dejado perdida de pieles de plátano y de naranjas, y latas vacías. ¡Daba pena ver aquello!

—¡Qué personas tan mal educadas! —exclamó Ana—. No les gusta sentarse encima de la basura de los demás, pero no recogen la que ellos dejan.

—Supongo que en su casa no serán menos desordenados —dijo Dick—. Vivirán rodeados de suciedad. ¡Con lo poco que cuesta recoger los restos de comida y dejarlo todo limpio para no molestar a las personas que vengan después!

—¿Qué hiciste con aquellos desperdicios, *Jorge*? —le preguntó Julián.

—Los enterré en la arena —contestó la niña—, a bastante profundidad para que la marea no los pusiera al descubierto. Os confieso que mientras recogía la basura con la pala me decía que ojalá los que habían hecho aquello encontraran un agua sucia y

maloliente cuando fuesen a bañarse.

Jorge dijo esto con tanta fiereza, que todos se echaron a reír. *Tim* estaba sentado, con la lengua fuera y mirando con la cabeza ladeada a *Jorge*. Parecía reírse también. Y *Travieso* emitía unos sonidos entrecortados que bien podrían ser carcajadas.

Se sentaron y estuvieron un rato hablando de los documentos del profesor.

—Dick y Julián pueden hacer las cuartillas falsas —dijo *Jorge*— y *Manitas* irá a la torre y las dejará en sitio visible. Estoy segura de que el ladrón vendrá por ellas. Le daremos toda clase de facilidades.

—Y tú, *Jorge*, puedes llevar los documentos verdaderos a tu isla y allí esconderlos bien —dijo Ana.

—Para eso será mejor esperar hasta la noche —dijo Dick—. Si alguien viese a *Jorge* dirigiéndose en barca a la isla, podía adivinar que va a esconder algo importante. Quizás vigilen a su padre. Bueno, ¿dónde están los documentos? No te los habrás dejado olvidados en casa, ¿verdad, *Manitas*?

—De ningún modo —dijo *Manitas*—. Estoy tan intranquilo como si unos ojos amenazadores me estuvieran vigilando constantemente, en espera de que deje los papeles en algún sitio. Los traigo aquí, debajo del jersey.

—¡Ahora comprendo por qué parece que hayas comido demasiado! —bromeó *Jorge*—. Bueno, ¿qué hacemos?

—Lo mejor será que empecemos a hacer los documentos —propuso Julián—. A lo mejor, los ladrones vuelven antes de lo que esperamos. Iremos a hacerlos en tu casa, *Manitas*. Si fuéramos a la de *Jorge*, su padre nos vería y querría saber lo que hacíamos. Además, no nos dejarían entrar: todavía deben de estar en cuarentena.

—También mi padre puede vernos —dijo *Manitas*—. Además, no debemos molestarle. Está muy ocupado con su último invento. Es algo maravilloso que…

—No empieces otra vez a irte de la lengua —dijo Julián—. Repito que debemos ir a tu casa.

—¿Qué os parece si voy yo solo, recojo unas cuartillas, los lápices de dibujo y la tinta especial para mapas y lo traigo todo a la tienda? —propuso *Manitas*—. Nunca sé cuándo va a entrar papá en

mi habitación, y si nos viese a todos juntos sospecharía que estamos tramando algo. Teniendo los documentos verdaderos, podremos hacer otros que no parezcan falsos.

—De acuerdo —dijo Julián, advirtiendo que *Manitas* tenía mucho miedo de que su padre los sorprendiera haciendo los documentos falsos—. Ve a buscar todo lo que necesitamos y tráelo. *Jorge*, acompáñalo.

—Conforme —dijo *Jorge*.

Y ambos se dirigieron a la casa, mirando en todas direcciones por temor a encontrarse con el profesor. *Manitas* cargó con un tablero de dibujo, lápices, cuartillas de las que empleaba su padre y un libro en el que había algunos planos fáciles de copiar. Tomó también tinta china, bolígrafos especiales para mapas e incluso clips para sujetar las cuartillas. *Jorge* le pidió la mitad de las cosas, mientras vigilaba por si venía el padre de *Manitas*.

—Todo va bien —dijo el niño—. Está durmiendo. ¿Oyes ese ruido?

Jorge prestó atención y poco después oyó un débil ronquido en la habitación de al lado. Cuando tenían todo lo necesario, se dirigieron al campamento.

—¡Estupendo! —exclamó Julián al verlos regresar tan cargados —. Vamos a hacer unos documentos formidables. Sólo un sabio podrá ver que no tienen ningún valor.

—Lo mejor será que entremos en la tienda —dijo *Jorge*—. De lo contrario, si se acerca alguien del circo verá lo que estamos haciendo.

Todos entraron en una de las tiendas, la de los chicos. *Tim* y *Travieso* entraron también. Estaban entusiasmados con todo aquel trajín. Pronto puso Julián manos a la obra. Y cuando todos admiraban la facilidad con que hacía números y más números y dibujaba figuras que no tenían ningún significado, *Tim* dio un fuerte gruñido.

Julián escondió el tablero de dibujo. De pronto, alguien apartó la lona que servía de puerta. ¿Quién era el misterioso visitante? Todos lanzaron un suspiro de alivio al ver la simpática cara de *Charlie*, el chimpancé.

—¡Hola, *Charlie*! —exclamó Dick—. ¡Menudo susto nos has

dado! ¿Cómo estás?

El chimpancé los saludó a todos dándoles la mano. Estaba muy contento. Todos correspondieron al saludo, riendo de buena gana.

—Siéntate, *Charlie* —dijo Julián—. Supongo que habrás salido por tu cuenta a dar un paseo…, y a ver qué tenemos para comer. No te preocupes: hay comida para todos.

Charlie se introdujo entre *Tim* y *Travieso* y observó con gran interés el trabajo de Julián.

—Apuesto lo que queráis a que si le dais un lápiz, dibuja —dijo Ana.

Así fue. Le dieron un lápiz y el chimpancé empezó a emborronar cuartillas con un gesto de satisfacción.

—¡Vaya! También sabe hacer números —dijo Ana—. Te está imitando, Julián.

—Pues como lo siga haciendo tan bien, se encargará él del trabajo —bromeó Julián—. *Jorge*, hablemos de tus planes para esta noche. Opino que si vas a la isla a esconder los documentos, como has dicho, debes llevarte a *Tim*.

—Sí, desde luego —respondió *Jorge*—. No creo que haya allí nadie que pueda hacerme daño, pero me gusta que *Tim* me haga compañía. Me llevaré los documentos, desembarcaré y los esconderé.

—¿Dónde? —preguntó Julián.

—Ya lo pensaré cuando esté allí —dijo *Jorge*—. En algún sitio muy secreto. Conozco la isla palmo a palmo y no será difícil encontrar un buen escondite. Allí no correrán peligro los documentos, y allí estarán hasta que pase el peligro. Dejaremos creer al profesor que los ha escondido él y que no recuerda dónde los puso. Será divertido ir remando a la isla y esconder los documentos.

—Mirad los míos —dijo Julián—. Los ladrones no se darán cuenta de que son falsos. ¿Verdad que parecen auténticos?

Desde luego, lo parecían. Todos estuvieron mirando con admiración las cifras y las figuras hasta que, de pronto, *Tim* empezó a gruñir amenazadoramente. *Charlie*, el chimpancé, le puso una mano en el lomo como diciendo: «¿Qué sucede, muchacho?». Pero *Tim* no le hizo caso y salió de la tienda ladrando. Poco después los

niños oyeron gritos.

—¡Vete! ¡Largo de aquí!

Jorge salió de la tienda y vio al señor Wooh. Estaba asustado, y no apartaba la vista de *Tim*, que daba vueltas a su alrededor, enseñándole sus afilados colmillos, sin cesar de gruñir. *Charlie* se enfadó al ver que el perro se mostraba hostil con un amigo suyo y se plantó frente a *Tim*, enseñando también los dientes. *Jorge* gritó aterrada:

—¡No dejéis que se peleen!

—¡*Charlie*! —ordenó el señor Wooh, con su voz cavernosa—. ¡Ven aquí!

El chimpancé dejó de gruñir, se encaramó al hombro del mago y lo abrazó cariñosamente.

—No quiero molestaros —dijo el mago—. Me iré a dar un paseo con mi amigo *Charlie*. ¿Vendréis esta noche a ver el espectáculo?



—Quizás —dijo Dick, dándose cuenta de que el mago miraba con interés las cuartillas que Julián tenía en la mano y que se apresuró a esconder tras su espalda.

No quería que el señor Wooh las viese. ¿Tendría algo que ver con el robo de la noche pasada? Lo cierto era que sabía mucho de matemáticas, tanto que quizás pudiera comprender perfectamente

los documentos del profesor. Sin embargo, no podría sacar nada en limpio de los imitados por Julián.

—Si os he interrumpido, perdonadme —dijo el señor Wooh. Y se alejó, después de saludarlos amablemente, en compañía de *Charlie*. Éste miró hacia atrás para ver si *Travieso* los seguía. Pero el mono se quedó junto a *Manitas*.

—No se me había ocurrido pensar que alguna persona del circo podía acercarse a nuestra tienda, oírnos y enterarse de lo que planeamos —dijo Julián—. Esto no me gusta nada. Dick, ¿crees que habrá oído algo?

—¿Eso que importa? —exclamó Dick.

—Ya lo creo que importa —dijo Julián—. A lo mejor ha oído a *Jorge* decir que irá esta noche a la isla de Kirrin para esconder los verdaderos documentos, los que no se llevaron los ladrones. Si estuviese seguro de que ese hombre la ha oído, no la dejaría ir. Quizá corra peligro… En fin, lo mejor será que no vaya.

—No seas tonto, Julián —dijo *Jorge*—. Iré y *Tim* vendrá conmigo.

—No, *Jorge*, no irás —dijo Julián con firmeza—. Yo me encargaré de llevar los documentos a la isla. Esperaré a que oscurezca, iré en bicicleta a Kirrin, tomaré tu barca e iré a la isla.

—Bien, Julián —admitió *Jorge*. Y añadió—: ¿Comemos un poco? Podemos abrir unas cuantas latas y preparar una cena estupenda en un par de minutos.

—De acuerdo —dijo Julián, alegrándose de que *Jorge* apenas hubiese protestado de que no la dejara ir. Sí, él se encargaría de esconder los planos. Le sería fácil llegar a la isla en el bote de *Jorge* y encontrar un buen escondite. Si hubiese peligro, siempre saldría mejor librado que *Jorge*, ya que ella, al fin y al cabo, no era más que una niña.

Sí, Julián: no es más que una niña, pero, como tú has dicho más de una vez, tan valiente como un chico. No estés tan seguro de lo que sucederá cuando llegue la noche.

Capítulo XIV

¡QUÉ DIVERTIDO!

Los niños se quedaron mirando al señor Wooh y a *Charlie*. De pronto, vieron que el chimpancé se apoderaba de dos cubos y echaba a correr con uno en cada mano.

—¿A dónde irá? —preguntó Ana.

—Seguro que a llenarlos de agua en el riachuelo y luego llevarlos a alguien que estará lavando los caballos —dijo *Jorge*.

Así era. *Charlie* volvió en seguida, pero más despacio, pues los dos cubos que transportaba estaban llenos de agua.

—¡Ese chimpancé es la mar de útil! —comentó Dick—. Mirad. Allí está Madelón, la amazona. No parece la misma con esos tejanos viejos. Y *Charlie* deja a su lado los cubos. Seguro que si ella se lo pide irá por más agua.

—Me es simpático *Charlie* —dijo Ana—. Al principio me daba un poco de miedo, pero ya no me da. Me gustaría que no fuese su dueño el señor Wooh.

Julián examinó las cuartillas que tan hábilmente había emborronado con cifras y dibujos para imitar los documentos del profesor.

—Me parece que ya no nos servirán para nada —dijo—. El señor Wooh habrá adivinado que son falsos apenas los ha visto. Sin embargo, no ha sabido disimular. Ha mirado estas cuartillas extrañado, como si acabase de ver otras parecidas.

—Si ha enviado a alguien a robar los planos en la torre, no cabe duda de que las habrá visto —dijo *Manitas*—. ¿Qué os parece si vamos a echar un vistazo por el circo? Tal vez encontremos una escala lo bastante larga para llegar a lo alto de la torre.

—¡Buena idea! —exclamó Dick—. Vamos ahora mismo. Deja el tablero de dibujo y las cuartillas aquí, Julián. No creo que valga la pena terminar la imitación de los documentos.

Los cinco, acompañados de *Manitas* y *Travieso*, se fueron a pasear por el circo. Dick vio una escala en el suelo y llamó a Julián.

—¿Qué te parece? —le preguntó—. ¿Se podría escalar con ella la torre?

Julián se paseó sobre la escala. Desde luego era muy larga, pero no lo suficiente. De todos modos, averiguarían quién era su propietario.

En este momento apareció el hombre sin huesos. Andaba normalmente. Saludó sonriendo y, de pronto, hizo funcionar sus singulares articulaciones. Dobló las rodillas hacia atrás, giró el cuello hasta que pudo ver su propia espalda y puso los codos al revés. Su aspecto era por demás extraño.

—¡No haga eso! —exclamó Ana—. Parece un monstruo cuando se pone así. ¿Por qué le llaman el hombre sin huesos? Los tiene todos, aunque sus articulaciones hagan parecer que no tiene ninguno.

Entonces el contorsionista pareció perderlos todos de una vez y se desplomó, quedando en una cómica postura. Los niños se echaron a reír. Parecía no tener un solo hueso.

—A pesar de sus articulaciones dobles, ¿puede subir por escaleras de mano? —preguntó súbitamente Julián.

—Claro que sí —respondió el contorsionista—. Puedo subirlas de lado, de espaldas, de frente y de todas formas.

—¿Es suya esta escalera? —preguntó Dick, señalando la que estaba en el suelo.

—No, pero la uso de cuando en cuando, como todos los demás —respondió el hombre sin huesos mientras volvía la cabeza hacia atrás por completo.

Era desconcertante hablar con un hombre que podía dar media vuelta completa a su cabeza. Estaban hablándole a la cara y de pronto se encontraban con que le hablaban a la nuca.

—¡Por favor, no haga eso! —dijo Ana—. ¡Me da no sé qué verle!

—¿Usan esa escalera para poner la bandera en lo alto del toldo del circo? —preguntó Dick—. No parece lo bastante larga.

—Y no lo es —dijo el contorsionista—. Para eso hay otra muchísimo más larga. Pesa tanto, que se necesitan tres hombres para moverla.

Los niños se miraron. Aquello descartaba la posibilidad de que la hubiesen utilizado para robar en la torre. Si hacían falta tres hombres para moverla, de haberla llevado al patio, los ruidos oídos por Jenny habrían sido mucho más fuertes.

—¿Y no hay más escaleras de mano en el circo? —preguntó Dick.

—No, sólo esas dos. ¿Por qué? ¿Queréis comprar una? Bueno, me voy. El director del circo me necesita. Adiós.

Y el contorsionista se fue.

—¿Qué me decís de los acróbatas? —preguntó Julián—. Son muy ágiles y están acostumbrados a subir por todas partes. ¿No creéis que un acróbata pudo escalar la pared de la torre y cometer el robo?

—No, no lo creo —dijo *Manitas*—. La he mirado bien esta mañana. Es demasiado vertical. Ni siquiera un acróbata podría trepar por ella.

—¿Y los payasos? —preguntó *Jorge*. Pero en seguida se dio cuenta de que había dicho una tontería y añadió—: No, los payasos no son más ágiles que los acróbatas. Me parece que no ha sido nadie del circo… ¿Qué hay allí?

Todos se acercaron a lo que *Jorge* señalaba. Parecía una gran piel. *Jorge* la tocó y exclamó:

—¡Ah, es la piel de asno!

—¡Estupendo! —dijo *Manitas*, entusiasmado.

Y trató de levantarla, pero en seguida vio que él solo no podía.

En un abrir y cerrar de ojos, Dick y *Jorge* se metieron en la piel. Dick, que ocupaba la parte delantera, advirtió que podía ver perfectamente por dónde iba, pues la piel tenía dos agujeros a la altura de los ojos. *Jorge* se introdujo en las patas traseras y empezó a avanzar a saltos, ante las risas de los demás del grupo. Pero, de pronto, alguien gritó:

—¡Eh, dejad eso!

Era Jeremías, que llegaba corriendo, indignado. Llevaba un palo en la mano y golpeó con él la parte trasera del asno, alcanzando a

Jorge, que lanzó un grito.

—¡Ay! ¡Qué daño me has hecho!

Manitas se acercó furioso a Jeremías.

—¡No seas bruto! ¡Son Dick y *Jorge* los que están dentro de la piel! ¡Deja ese palo!

Pero Jeremías volvió a golpear al asno y *Jorge* gritó de nuevo. *Manitas* lanzó una exclamación y se arrojó sobre Jeremías para quitarle el palo. Jeremías intentó apartarse, pero *Manitas* le dio un puñetazo en el pecho y lo derribó.

—Te dije que algún día sería yo quien te tiraría al suelo a ti de un puñetazo, y ya lo he hecho —gritó *Manitas*—. ¡Levántate y pelea! ¡No te quedarán ganas de volver a pegar a una niña!

—¡Basta, *Manitas*! —dijo Julián—. Jeremías no podía saber que eran Dick y *Jorge* los que estaban ahí dentro. *Jorge*, Dick: salid de la piel antes de que llegue el abuelo.

Jeremías se había levantado ya y saltaba alrededor de *Manitas* con los puños cerrados. Pero antes de que ninguno de los dos atacase al otro, se oyó el vozarrón del señor Tapper.

—¡Ya está bien! ¡Basta!

Jeremías lanzó un puño contra *Manitas*, pero éste lo esquivó y alcanzó de nuevo a Jeremías, arrojándolo sobre el abuelo, que recibió a su nieto en sus brazos.

Jorge y Dick habían salido ya de la piel. Estaban avergonzados. El abuelo les sonrió sin soltar a Jeremías, que no disimulaba su indignación.

—¡Ha terminado la lucha! —exclamó el abuelo—. Si queréis continuar, el contrincante seré yo.

Ninguno de los dos aceptó el reto. El señor Tapper era viejo, pero daba tremendas bofetadas, como sabía Jeremías por experiencia.

—Bueno, daos la mano, y tan amigos como antes —dijo el abuelo—. ¡Obedeced o empiezo a repartir leña!

Manitas y Jeremías se dieron la mano, sonriendo.

—Bien —dijo el señor Tapper—. No hay huesos rotos ni sangre. Así que aquí no ha pasado nada.

Luego se volvió hacia Dick y *Jorge*.

—Y vosotros podéis jugar, si queréis, con la piel de asno, pero la

buena educación exige que antes se pida permiso al dueño.

—Así lo haremos, señor Tapper —dijo Dick, sonriendo—. Y perdone que no lo hayamos hecho esta vez.

Se preguntaba cómo se quedarían Jenny y el profesor si de pronto vieran entrar un asno en la casa. Sería divertido, pero no creía que les hiciese ninguna gracia.

El abuelo se fue y Julián dijo a Jeremías, que vacilaba entre quedarse o irse.

—Hemos visto cómo *Charlie* ha llevado agua a los caballos. Es un chimpancé muy fuerte.

Jeremías sonrió, satisfecho de volver a ser amigo del grupo, y se fue a pasear por el circo con los cinco y *Manitas*. Vieron los magníficos caballos, y a Dick Tiroloco entrenándose, y a un acróbata dando saltos mortales.

Travieso iba con ellos. Había hecho amistad con todos Los componentes del circo, personas y animales. Saltó al lomo de uno de los caballos y éste relinchó alegremente. Luego intentó ayudar a *Charlie* a transportar un cubo de agua y la derramó toda. Además, le quitó a Dick Tiroloco la gorra e incluso entró en la tienda del abuelo y se llevó una botella de limonada. Intentó destaparla, pero no pudo y se la entregó a su amigo *Charlie*, el cual, con su enorme fuerza, le quitó el tapón en un momento. Pero, ante la indignación de *Travieso*, se bebió toda la limonada.

Travieso se enfureció. Se introdujo en la jaula de *Charlie*, que estaba abierta, y empezó a revolver la paja y a ensuciarlo todo. El chimpancé lo observaba atentamente, pero sin enfadarse. Por el contrario, estaba visiblemente contento.

—Ven, *Travieso*. *Charlie* acabará por perder la paciencia —le dijo *Manitas*.

—Déjalo —dijo el acróbata—. A *Charlie* le gusta ver a alguien enfadado de cuando en cuando. Míralo: está sentado tan tranquilo.

Esperaron unos momentos para asegurarse de que *Travieso* no molestaba al chimpancé y se alejaron para ver a Tip y Top, los payasos. Éstos discutían, y Tip arrojó un cubo de agua a Top, a lo que éste contestó escasquetándole en la cabeza el cubo de la basura. ¡Qué pareja!

Cuando volvieron, preguntándose si *Travieso* estaría aún con

Charlie, vieron que el monito corría hacia la casa.

—Debe de figurarse que ya es la hora de comer —dijo *Manitas*, consultando su reloj—. ¡Caramba! Pues sí que es la hora. ¡Corramos! Jenny se enfadará si llegamos tarde.

Y todos corrieron hacia la casa. ¡Qué apetito tenían! Llegaron a la cerca, la saltaron y siguieron corriendo por el jardín.

Capítulo XV

JULIÁN RECIBE UNA SORPRESA

Manitas y los cinco llegaron con unos minutos de retraso a la mesa. Jenny estaba un tanto indignada. Había buscado a los niños por el jardín y no había conseguido encontrarlos.

—¡Ah! ¿Ya estáis aquí? —exclamó—. ¡Menos mal que habéis llegado! Si tardáis cinco minutos más, retiro la comida.

—¡Oh, Jenny, mi querida Jenny! ¿Serías capaz de hacernos una cosa así? —exclamó *Manitas* dándole un fuerte abrazo—. ¡Qué bien huele la comida! ¡Hummm!

—¡Déjame en paz! —dijo Jenny, empujando a *Manitas*—. ¡Te he dicho mil veces que no me importa que me abraces! ¡Pero estos apretones me cortan la respiración! ¡Aparta, *Manitas*! ¡No quiero que me exprimas como a un limón!

Todos se echaron a reír. Jenny decía cosas graciosísimas. Ana sintió no haber llegado a tiempo para ayudarla a poner la mesa. ¡Pasaba el tiempo tan de prisa cuando estaban todos juntos!

Durante la comida conversaron animadamente. *Travieso* estaba loco de alegría. Se apoderaba de la comida de los platos de todos y se la iba dando a *Tim*, echado, como de costumbre, debajo de la mesa, y que no se sentía menos feliz.

—No hemos visto en el circo ninguna escalera lo bastante larga para llegar a lo alto de la torre —dijo de pronto *Jorge*.

—Es verdad —convino Dick—. Si había alguna, estaba bien escondida. Dadme la mostaza.

—La tienes delante de tus narices, cabeza de corcho —respondió Julián—. Oíd: empiezo a dudar de que el señor Wooh tenga nada que ver con el robo de los documentos. No sé por qué, pero no

puedo imaginármelo escalando la torre. Es tan…

—Bien educado, tan elegante —continuó Ana—. Francamente, no creo que a ninguna persona del circo le interesen esos documentos, ni que sea lo suficiente malvada para robarlos en el caso de que le interesaran. Son todos tan simpáticos…

—De todos modos, creo que el señor Wooh es el más sospechoso —dijo Julián—. Le interesan las matemáticas y los inventos. Aún así, temo estar equivocado. No ha podido subir a la torre. Sólo hay una escala lo bastante alta, y ésa pesa demasiado para que la transporte un hombre solo.

—Es verdad —dio *Manitas*—. Pero si no ha subido nadie por la escalera de la torre, ya que las puertas estaban cerradas, si nadie ha podido utilizar una escalera de mano, ¿cómo han desaparecido los documentos?

—Quizá los levantara el viento y los echase por la ventana —sugirió Ana.

—Eso no puede haber ocurrido, por dos razones. Primera: la ventana no es lo bastante grande para que el aire que entra por ella tenga la fuerza suficiente para llevarse los papeles, y segunda: habríamos encontrado alguna hoja en el patio, y no ha ocurrido así.

—Bueno. Entonces, ¿cómo diantre han desaparecido los documentos? —preguntó *Jorge*, nerviosa—. No pueden haberse evaporado por arte de magia.

Hubo un largo silencio. Estaban ante un verdadero misterio.

—Tal vez el padre de *Manitas* se levantara de la cama sonámbulo y se los llevase —dijo Ana.

—No —replicó Julián—. Un sonámbulo no puede abrir tres puertas, cada una con su llave, robar sus documentos, dejar algunos en el suelo, bajar la escalera, cerrar de nuevo las puertas, llegar a su dormitorio y meterse en la cama, todo ello sin despertarse, y levantarse al día siguiente sin acordarse de nada.

—Desde luego, es imposible —dijo Dick. Y preguntó a *Manitas* —: ¿Sabes si tu padre se ha levantado dormido alguna vez?

—Yo no lo he visto nunca. Tiene un sueño muy profundo. No puede haber sido él.

—Quien haya sido, tiene que ser un hombre extraordinario —dijo *Jorge*—. Ninguna persona corriente puede hacerlo. Además, el

que lo haya hecho, ha de tener gran interés en poseer esos documentos. De lo contrario, no se habría expuesto tanto.

—Pues si tan gran interés tiene, seguro que intentará obtener los que le faltan —dijo Julián—. Menos mal que están en nuestro poder. Supongo que tratará de entrar en la torre del mismo modo que lo hizo la vez anterior y que nosotros desconocemos.

—Los papeles ya estarán a salvo entonces —dijo *Jorge*—. ¡A salvo en mi isla!

—Sí —dijo Julián—. Encontraré un buen escondite, probablemente en las ruinas del castillo. Por cierto que tengo la impresión de que ya no los llevas bajo tu jersey, *Manitas*. Ahora ya no pareces tan gordo. ¿Dónde los has metido?

—*Jorge* me dijo que se los diese a ella. Temía que se me pudieran caer. Los tienes, ¿verdad, *Jorge*?

—Sí —dijo la niña—. No hablemos más de ello.

—¿Por qué no hemos de hablar? El ladrón no está aquí, y no puede oírnos —dijo *Manitas*—. Lo que ocurre es que *Jorge* está enfadada porque Julián no la deja ir a la isla.

—¡Calla, *Manitas*! —exclamó *Jorge*—. Lo que tienes que hacer es decir a *Travieso* que no me tire la limonada en el pan. Bájalo de la mesa. Su falta de educación va en aumento.

—Eso no es verdad. Tu mal humor es lo que va en aumento —dijo el niño.

Inmediatamente recibió un puntapié de Julián. Su intención fue devolvérselo, pero no lo hizo. Los de Julián eran mucho más fuertes que los suyos. Decidió, pues, hacer lo que *Jorge* le había dicho, antes de que la niña le diese un bofetón, y puso a *Travieso* debajo de la mesa, donde estaba *Tim*. El monito se acercó al perro y le rodeó el cuello con sus bracitos. *Tim* le dio dos o tres cariñosos lengüetazos. Lo quería mucho.

—¿Qué haremos esta tarde? —preguntó Dick, cuando entre todos hubieron quitado la mesa y lavado los platos—. ¿Queréis que vayamos a la playa a bañarnos? El agua debe de estar estupenda.

—A mí me parece que estará un poco fría —dijo Ana—. Pero no importa: cuando hayamos nadado un poco, nos parecerá que ha perdido el frío. Jenny, ¿vienes a bañarte con nosotros?

—¡Ni pensarlo! —respondió Jenny, temblorosa—. Soy muy

friolera. Sólo al imaginarme que puedo meterme en esa agua tan fría, me estremezco. Si necesitáis vuestras toallas, id al armario, que allí están. No volváis demasiado tarde si no queréis encontrar el té frío.

—De acuerdo, Jenny —dijo *Manitas*, disponiéndose a darle uno de sus abrazos, pero conteniéndose al ver la cara de la cocinera—. Julián, ¿puedo ir contigo a la isla esta noche? Me gustaría; para mí sería una distracción.

—No —respondió Julián—. Además, no pasará nada.

—No estés tan seguro. A lo mejor, el señor Wooh oyó a *Jorge* decir que llevaría los documentos a la isla —dijo *Manitas*—. Si fuera así, te alegrarías de haberme llevado contigo.

—No tendré ocasión de alegrarme —declaró Julián—, tú te quedarás aquí. Estaré mucho mejor solo que preocupándome por lo que podáis hacer. Iré solo y es inútil que me mires con esa cara de pocos amigos, *Jorge*.

Se levantó de la mesa y miró por la ventana.

—Ya no hace viento —dijo—. Ya podemos ir a la playa. ¡Andando!

El grupo se dirigió a la playa, y poco después todos estaban nadando. Todos menos *Travieso*, que había empezado por introducir una pata en el agua y había retrocedido inmediatamente. Y se alejó, temeroso de que *Manitas* lo metiese a la fuerza. *Tim* estaba encantado. Nadaba muy bien. *Manitas* se asió a su cuello y se dejó remolcar. De pronto, *Tim*, y con él *Manitas*, se hundieron.

—¡*Tim*, eres un bribón! —dijo el niño—. Me has hecho tragar agua. ¡Ya verás cuando te pille!

Pero *Tim* nadaba más de prisa que él. A *Tim* le gustaba el juego y ladraba alegremente. Se acercó a *Jorge* y nadó junto a ella. ¡Qué felicidad estar con todos los niños!

El resto de la tarde pasó rápidamente. Jenny les había preparado una merienda suculenta. El baño les había abierto el apetito y se lo comieron todo en un abrir y cerrar le ojos. Después dieron un largo paseo.

—Saldré para Kirrin en mi bicicleta tan pronto como oscurezca —dijo Julián—. Supongo que tu barca estará en el sitio de siempre, ¿verdad, *Jorge*? Siento no poder llevarte conmigo, pero puede ser

peligroso. No estaré tranquilo hasta que haya escondido los documentos. Me los puedes dar en el momento de marcharme, *Jorge*.

Ana bostezó.

—No te vayas muy tarde. Me caigo de sueño. Ya empieza a oscurecer. El baño me ha dejado rendida.

—Yo también tengo sueño —dijo Dick, bostezando—. Me iré a dormir apenas te vayas, Julián. Vosotras dos os debéis ir ya a vuestra tienda. Estáis muy cansadas.

—Tienes razón —dijo Ana—. ¿Vienes, *Jorge*?

—Sí, vamos —respondió *Jorge*—. *Manitas*, te apuesto lo que quieras a que llego al campamento antes que tú. Jenny, adiós. ¡Hala! ¡Hagamos carreras!

Jorge, Ana y *Manitas*, seguidos por *Tim*, se alejaron corriendo. Dick y Julián ayudaron a Jenny a cerrar las persianas.

—Buenas noches, Jenny —dijo después Dick—. Cierra la puerta cuando hayamos salido y vete a la cama. Nos vamos al campamento. Que duermas bien.

—Yo duermo siempre como un tronco —dijo Jenny—. Tened los ojos bien abiertos para no caer en ninguna trampa. Esconded esos documentos donde nadie pueda encontrarlos.

Julián y Dick se dirigieron al campamento, mientras oían a Jenny cerrar la puerta con todo cuidado.

Manitas y las niñas habían llegado ya a la cerca. *Travieso* iba cómodamente sentado en el hombro de su dueño. Ana estaba preocupada.

—Temo que a Julián le pase algo en la isla —dijo—. Lo mejor sería que se llevase a Dick.

—Si alguien va con él seré yo —dijo *Jorge*— ¡La isla es mía!

—No seas tonta, *Jorge* —replicó Ana—. Los documentos estarán más seguros en poder de Julián. Sería demasiado para ti ir pedaleando a Kirrin, arrastrar la barca al agua, llegar a fuerza de remo a la isla, esconder los papeles y volver.

—Nada de eso. Si Julián puede hacerlo, yo también lo puedo hacer —afirmó *Jorge*—. Entra en la tienda, Ana. Vuelvo en seguida. Voy a pasear a *Tim*.

Esperó a que Ana entrase en la tienda y se marchó en silencio,

seguida por el extrañado *Tim*. Pronto se oyeron las voces de Dick y Julián que entraban en su tienda, donde les esperaba *Manitas*, bostezando de sueño.

Los tres muchachos se acostaron y se envolvieron en sus mantas.

Al cabo de un rato, Julián se incorporó, consultó su reloj y se asomó a la puerta de la tienda.

—¡Ya es completamente de noche! —dijo—. Hay un poco de luna. Voy a pedirle los documentos a *Jorge* y tomaré la bicicleta y me iré. A la luz de la luna podré ver la carretera.

—Ya sabes dónde tiene *Jorge* la barca —dijo Dick—. La encontrarás en seguida. ¿Llevas la linterna?

—Sí, y con pilas nuevas —respondió Julián—. ¡Mira!

Encendió la linterna. Su luz era potente.

—Con esta luz encontraré la isla fácilmente —dijo—. En fin, voy en busca de *Jorge*. ¡*Jorge*! ¡Me has de dar los documentos!

Se acercó a la tienda de las niñas. Ana estaba medio dormida. Abrió los ojos, pero los cerró inmediatamente, deslumbrada, cuando Julián la enfocó con la linterna.

—¡*Jorge*! —gritó Julián—. ¿Quieres darme los documentos? ¡Ana! ¿Dónde está *Jorge*?

Ana miró a su lado. Vio las mantas de su prima amontonadas, pero ni rastro de ella ni de *Tim*. En el acto dedujo lo sucedido.

—¡Julián! —exclamó—. *Jorge* se ha ido con *Tim*, ¡y con los documentos! Debe de haberse marchado en su bicicleta. Habrá ido a Kirrin y desde allí habrá salido en barca para su isla. ¿Qué pasará si se encuentra con los ladrones?

—¡De buena gana le daría un bofetón! —dijo Julián, indignado —. ¡Ir sola y de noche a Kirrin, trasladarse en barca a la isla, esconder los documentos y volver! ¡Qué locura! ¡Si el señor Wooh y sus amigos la están esperando, lo va a pasar muy mal! ¡Qué poca cabeza!

—Julián, id tú y Dick a ver si la alcanzáis —dijo Ana, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Id, por favor! ¡Qué tonta! ¡Menos mal que *Tim* va con ella!

—Eso me tranquiliza un poco —dijo Julián, todavía enojado—. La cuidará lo mejor que pueda. ¡Uf, qué chica! ¡Le estaría dando bofetadas hasta saltarle todos los dientes! Ya me extrañaba a mí

verla tan tranquila esta tarde. Seguramente estaba planeando la fuga.

Fue con Dick a la casa para contárselo todo a Jenny, y luego los dos muchachos se pusieron en camino, pedaleando con todas sus fuerzas. *Jorge* no debía ir sola, y de noche, a la isla. Y menos sabiendo que los ladrones podían estar al acecho, esperándola.

Jenny estaba preocupadísima. Vio a los dos chicos alejarse pedaleando y desaparecer en la oscuridad.

Manitas pidió a la cocinera que le dejase ir con Dick y Julián, pero ella le respondió con un no tajante.

—Tú y *Travieso* no haríais más que molestar —dijo con firmeza —. ¡Dios mío! ¡Qué escándalo se va a llevar esa tonta de *Jorge* cuando vuelva! Menos mal que *Tim* la acompaña. Ese perro vale por una docena de policías.

Capítulo XVI

UNA NOCHE EN LA ISLA DE KIRRIN

La luna desapareció tras las nubes, y entonces la oscuridad fue completa. *Jorge* se felicitó de llevar en su bicicleta un faro potente. Las profundas sombras que bordeaban el camino tenían un algo de misterio.

—Dan la impresión de que hay gente escondida, esperando el momento de saltar sobre nosotros —dijo—. Pero tú los tendrías a raya, ¿verdad, *Tim*?

Tim estaba demasiado cansado para poder responderle con un ladrido. *Jorge* pedaleaba a gran velocidad y él no quería perderla de vista. Se daba perfecta cuenta de que no debía ir sola de noche por el mundo. Le extrañaba que de pronto se le hubiese ocurrido llevarle a dar aquel extraño paseo nocturno.

Se cruzaron con algunos coches que deslumbraban a la ciclista con sus faros. *Jorge* temía que pudieran atropellar a *Tim*.

«Si le ocurriese algo, nunca me lo perdonaría», pensó.

Y se arrepintió de haber salido del campamento. Pero en seguida se dijo que no podía permitir que Julián fuese a esconder los documentos en la isla. Era su isla y a ella le correspondía hacerlo.

Al fin llegaron a Kirrin. Aún se veían algunas luces. Cruzó todo el pueblo y se dirigió a la bahía. A la luz de la luna vio las oscuras aguas.

—Mira, *Tim*: ahí está mi isla —dijo *Jorge*, orgullosa—. Mi propia isla. Me está esperando.

—¡Guau! —respondió *Tim*.

¿Qué pretendería su dueña? ¿Por qué habían salido a pasear sin los demás del grupo? *Tim* estaba extrañadísimo.

Llegaron al trozo de playa donde estaban las barcas. *Jorge* bajó de la bicicleta, la escondió detrás de una caseta, de modo que nadie la pudiera ver, se acercó al agua y miró hacia la isla.

De pronto, asió a *Tim* por el collar y exclamó:

—¡*Tim*, hay una luz en mi isla! ¡Mira! ¿La ves? Alguien ha acampado allí. ¡Qué atrevimiento! La isla es mía y nadie puede acampar en ella sin mi permiso.

Tim miró y también vio la luz. ¿Era una hoguera o una linterna? No lo sabía. De lo único que estaba seguro era de que no debía dejar ir a *Jorge* Podían ser gitanos y se enfadarían si *Jorge* los echaba. También podía tratarse de una pandilla de chiquillos sin educación, que no habían querido tomarse la molestia de pedir permiso. Quizás hiciesen daño a la niña. *Tim* empujó a *Jorge* con el hocico, como diciéndole que quería volver a casa.

—No, *Tim*, no regresaremos hasta que sepamos qué gente es aquélla —dijo *Jorge*—. Volver ahora sería una cobardía. Y si me están esperando para quitarme los documentos, te aseguro que no los encontrarán. Los esconderé bajo alguna madera de este bote. Sería una bobada ir a esconder los documentos en la isla sabiendo que allí hay alguien que tal vez quiera quitármelos. A lo mejor, son los ladrones de la otra noche. Pero si me están esperando, se quedarán sin los documentos.

Los escondió bajo la madera central de una barca.

—Es la de Connell, el pescador. Se llama «Gitana» —dijo leyendo el nombre pintado en la popa—. No creo que le importe que esconda aquí estos papeles.

Miró de nuevo a la isla y vio que seguía encendida la luz. *Jorge* estaba indignada. Encendió su linterna y se dedicó a buscar su bote. No podía estar muy lejos.

—Aquí está —dijo.

Tim se subió a la barca. *Jorge* la arrastró hasta el agua. Afortunadamente, pesaba muy poco y la marea estaba alta. De modo que sólo tuvo que arrastrarla un par de metros. Al fin quedó flotando en el agua, cabeceando suavemente a la luz de la luna. *Jorge* empuñó los remos y empezó a remar.

—La marea está bajando. Mejor. Así me costará menos llegar a la isla. Iré a ver a esos excursionistas y les cantaré las cuarenta.

Tienes que ladrar muy fuerte y asustarlos. Si quieres, los puedes perseguir hasta que salten a su barca y se vayan.

Tim respondió con un ladrido casi imperceptible. Sabía que *Jorge* no quería que hiciese ruido. Le extrañaba ir a la isla en plena noche. ¿Por qué no estaban con ellos los demás? Tenía la seguridad de que a Julián no le sentaría aquello nada bien.

—Ahora no ladres ni gimas, *Tim* —le ordenó *Jorge*—. Estamos ya muy cerca. Desembarcaré junto a aquellos árboles. Así podré esconder la barca.

Condujo el bote a una diminuta caleta que se introducía en la isla y quedaba oculta por las bajas y frondosas copas de un grupo de árboles. Saltó a tierra y ató la barca a uno de los troncos.

—¡Quédate aquí, barquita! —dijo—. Nadie te verá y estarás segura hasta que yo vuelva. Ven, *Tim*. Vamos a echar a esa gente.

Avanzó por la orilla, y de pronto se detuvo.

—*Tim*, ¿dónde habrán dejado su barca? —preguntó—. Echemos un vistazo. Debe de estar por aquí.

Pronto encontró el bote que buscaba. Estaba varado en la arena y atado con una cuerda a las rocas cercanas. El agua llegaba hasta muy cerca de su quilla.

—*Tim*, desataré la cuerda y empujaré la barca. El mar se la llevará. Me gustará ver la cara que pone esa gente.

Y ante el sorprendido *Tim*, deshizo el nudo, arrojó a un lado la cuerda y trató de empujar la barca. Pero ésta se había hundido profundamente en la arena y no se movió.

—Bueno, es igual —dijo—. Dentro de un rato subirá la marea y se la llevará la corriente.

Siguió andando por la playa. *Tim* la seguía de cerca.

—¡Ahora, a buscar a esos excursionistas! —dijo—. ¿Dónde está la luz? Ya no la veo. ¡Ah, sí; allí está! No es una hoguera. Debe de ser un farol o algo así. Tenemos que ir con cuidado. Acerquémonos sin hacer ruido.

Los dos avanzaron en silencio hacia la luz, que brillaba en el centro de la isla. Allí estaba el castillo. Y en su patio había dos hombres.

Jorge asió a *Tim* por el collar para darle a entender que no debía hacer ruido y se acercó un poco más. Los dos hombres estaban

jugando a las cartas a la luz de un potente farol. *Tim* no pudo contener un gruñido de sorpresa al ver a uno de ellos. ¡Era el señor Wooh, el mago! El otro era un desconocido. Iba bien vestido y daba muestras de mal humor. Al fin arrojó las cartas y exclamó, irritado:

—Por lo visto, eso que me ha contado de que iban a traer los restantes documentos a la isla, no es cierto. Los que me ha entregado son valiosísimos, pero no sirven para nada sin los otros. Ese inventor debe de ser un genio. Si conseguimos reunir todas las cuartillas, nos darán por ellas una enorme suma, pero si no obtenemos las que faltan, no nos darán un céntimo.

—Ya le he dicho que alguien llegará de un momento a otro con esos papeles. Lo oí decir —afirmó el señor Wooh.

—¿Quién los robó? ¿Usted? —preguntó el desconocido.

—No, yo no hago esas cosas: no me ensucio las manos robando como un vulgar ladrón.

—¡No, claro! ¡Otros hacen por usted el trabajo difícil! —exclamó con sorna el desconocido—. El señor Wooh, el mago más maravilloso del mundo, no se ensucia las manos. Usa las de otros y luego cobra mucho más que ellos. Es usted muy astuto, señor Wooh. No me gustaría tenerlo por enemigo. ¿Cómo consiguió los documentos?

—Usando mis ojos, mis oídos y mi astucia —contestó el mago—, que superan a los de la mayoría de la gente. Hay muchos necios en el mundo, amigo mío.

—Yo no soy amigo suyo —respondió el desconocido—. Hacemos negocios juntos, señor Wooh, pero ni soy ni quiero ser amigo suyo. Antes que su amistad preferiría la de *Charlie* el chimpancé. ¿Por qué tardarán tanto?

Jorge acercó sus labios a la oreja de *Tim* y le dijo en voz baja:

Tim, voy a decirles que se vayan. No sé cómo esa gentuza se ha atrevido a venir a mi isla. ¡Son unos ladrones! Quédate aquí y espera a que te llame. Entonces, ven a toda velocidad.

Dejando a *Tim* escondido, *Jorge* apareció de pronto ante los asombrados ojos de los dos malhechores. Éstos se pusieron en pie y la miraron incrédulos.

—¡Es la niña! —dijo el mago—. No creí que los chicos la dejasen venir.

—¿Qué hacen en mi isla? —preguntó *Jorge*, con acento feroz—. Es mía. He visto esa luz y he venido con mi perro. ¡Mucho cuidado! Es un perro grande y temible. Salgan ahora mismo de mi isla o los denunciaré a la policía.

—¡Vaya, vaya! ¿Así que los muchachos te han mandado aquí porque no se han atrevido a venir ellos? ¡Qué cobardes! —exclamó el señor Wooh—. ¿Dónde están los documentos? Dámelos.

—Los he escondido —dijo *Jorge*—. No están muy lejos. Sólo un tonto habría venido con ellos, sabiendo que había gente en la isla. Los he escondido en un sitio donde nunca los encontrarán. ¡Ahora lárguense los dos!

—¡Vaya! ¡Qué señorita tan valiente y tan segura de sí misma! —exclamó el señor Wooh, haciéndole una reverencia.

—¡Desde luego, nadie diría que es una señorita! —dijo el desconocido, asombrado—. ¡Vaya con la niña! Oye, jovencita: si tienes esos papeles, entrégamelos y te daré un buen montón de dinero para que se lo lleves al profesor Hayling con mi más profunda admiración.

—Venga a buscarlos —dijo *Jorge*, dando media vuelta y echando a andar.

Los hombres se miraron sorprendidos. El señor Wooh asintió con la cabeza. Si *Jorge* hubiese visto sus ojos, habría leído en ellos estos pensamientos del mago: «Sigamos a esa niña. Así veremos dónde ha escondido los papeles, nos apoderaremos de ellos y nos largaremos en la barca sin pagar absolutamente nada. ¡Pero cuidado con el perro!».

Jorge iba delante. *Tim*, entre ella y los dos hombres. De cuando en cuando, gruñía ferozmente como diciendo: «Si tocáis un solo pelo a *Jorge* os haré pedazos». El mago y su acompañante procuraban no acercarse a él. Lo enfocaban a cada momento con su linterna, para asegurarse de que no se estaba preparando para arrojarse sobre ellos.

Jorge los condujo al lugar de la playa donde los malhechores habían dejado su barca. El señor Wooh exclamó:

—¿Dónde está nuestro bote? Estaba atado a esas rocas.

—¿Es aquél que está detrás de aquella roca? —preguntó *Jorge*, subiendo a una gran roca que se internaba en el agua.

Los dos hombres se acercaron al borde de la roca para mirar y *Jorge* les dio la mayor sorpresa que habían recibido en su vida. Se arrojó sobre el señor Wooh y, de un fuerte empujón, lo lanzó al agua. Luego azuzó a *Tim*, que estaba ya bastante excitado, y éste se abalanzó sobre el desconocido, haciéndolo caer igualmente al agua.

—Tendrán que ir nadando a tierra firme —les gritó *Jorge*—. La corriente se ha llevado su barca, después de haberla desatado yo. Les aconsejo que no traten de volver a la isla. *Tim* está vigilando y los hará pedazos si se atreven a acercarse.

Los dos hombres sabían nadar, pero no lo bastante bien para llegar a tierra firme. Lo malo era que tampoco podían volver a la isla, pues allí estaba aquel perrazo, ladrando con furia y enseñando sus afilados colmillos. Empezaron a nadar describiendo círculos, sin saber qué hacer.

—¡Me voy a tierra firme! —dijo *Jorge* subiendo a su barca—. Avisaré a la policía, y los agentes vendrán por ustedes mañana por la mañana. Ya pueden volver a la isla. Pero van a pasar mucho frío esta noche. Adiós.

Y la niña se alejó en su barca. *Tim* iba en la popa, vigilando para evitar que se acercasen los dos enemigos. El perro dio un lengüetazo a *Jorge*. ¡Era una niña admirable: no tenía miedo a nadie ni a nada! ¡Qué orgulloso estaba de ser su perro! ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Capítulo XVII

EL MISTERIO SE ACLARA

Jorge no dejó de cantar en todo el camino de vuelta. *Tim* ladraba de cuando en cuando: era el acompañamiento. Veía a *Jorge* feliz y él compartía esta felicidad. Le habría gustado que fuese de día, para ver adónde iban. La luna estaba cubierta por las nubes, y el agua parecía negra.

En tierra firme se veían algunas luces. Pero, ¿qué significaba aquélla que se había encendido de pronto en la playa? *Tim* ladró y *Jorge* dejó de remar un momento para tratar de averiguar por qué ladraba su perro.

—Hay alguien en la playa —dijo—. Debe de ser algún pescador. Me alegro: me ayudará a sacar el bote del agua.

Pero no era un pescador. Eran Julián y Dick, que acababan de llegar y estaban buscando la barca de *Jorge*.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo Julián—. Debe de estar ya en la isla.

Siguió buscando entre los botes por si encontraba alguno de un amigo, en cuyo caso lo utilizaría. Tenían que ir a la isla para rescatar a *Jorge*. Estaban seguros de que se hallaba en peligro.

De pronto, los muchachos oyeron el golpeteo de unos remos en el agua. Si era un pescador, quizás consiguieran convencerlo de que les alquilase su barca para ir a la isla. Le dirían la verdad: que temían que a *Jorge* le hubiese ocurrido algo.

Tim reconoció a los dos chicos en un momento en que apareció la luna, y empezó a ladrar alegremente. *Jorge* no estaba segura de que fueran Julián y Dick, pero remó con todas sus fuerzas para averiguarlo. Pronto llegó a la playa. Empezó a sacar el bote del

agua y al punto acudieron Julián y Dick en su ayuda.

—¡*Jorge*! —exclamó Julián, alborozado al ver a su prima sana y salva—. ¡Eres una tozuda! ¡Te dije que no fueses a la isla! Si te hubieras encontrado con los ladrones, lo habrías pasado muy mal.

—Has de saber que nos hemos encontrado y que han sido ellos los que lo han pasado muy mal, no yo —replicó *Jorge*—. He visto que había una luz en la isla y he ido en mi barca. Allí estaban el señor Wooh y otro hombre. ¡Allí, en mi isla! ¿Habéis visto desvergüenza mayor? En seguida me han pedido los documentos.

—¡*Jorge*! ¿Se los has dado? —preguntó Dick.

—¡Claro que no! —respondió *Jorge*—. Ya los había escondido donde esos bandidos no pudiesen encontrarlos.

—Oye, *Jorge*: si estabas segura de que había alguien en la isla, ¿por qué has ido? —dijo Julián, extrañado—. Bien sabías que era peligroso.

—Fuera quien fuese, tenía que echarlo de allí —dijo *Jorge*—. La isla es mía y sólo permitiré que la visiten personas que me sean simpáticas. Ya lo sabes.

—Desde luego, a ti no hay quien te entienda —dijo Julián—. ¿Cómo te has atrevido a acercarte a ellos? Ya sé que *Tim* estaba contigo, pero, aun así, hay algo que no entiendo, y es por qué no han tomado su barca para perseguirte.

—No han podido —explicó *Jorge*—. La he visto, la he desatado y ahora debe de estar muy lejos de la isla.

Los muchachos estaban tan sorprendidos, que ni siquiera pudieron reírse. Pero después, al pensar en que los dos hombres estaban prisioneros en la isla y sin su bote, se rieron tan a gusto, que les saltaron las lágrimas.

—No sé cómo has podido hacer todo eso —dijo Dick—. ¿No se pusieron furiosos al saber que no tenían el bote?

—Al principio —respondió *Jorge*—, no les he dicho nada del bote. Les he hecho creer que los llevaba al sitio donde estaban los documentos, y cuando hemos llegado a una roca que se interna en el mar, he dado un empujón al señor Wooh y lo he tirado al agua. *Tim* ha hecho lo mismo con el otro hombre. ¡Nadaban como ranas!

Julián se desternillaba de risa. *Jorge* acabó por reírse también, lo mismo que Dick, e incluso *Tim* empezó a lanzar alegres ladridos.

—Y supongo que, al marcharte, te habrás despedido de ellos cortésmente, dejándolos con tres palmos de narices —dijo Julián.

—Les he dicho que avisaré mañana por la mañana a la policía para que vaya a rescatarlos —dijo *Jorge*—. Me parece que van a pasar una mala noche, remojados como sopas.

—*Jorge*, creo que es mejor que hayas ido tú a la isla en vez de ir yo —dijo Julián—. A mí no se me habría ocurrido la mitad de las cosas que tú has hecho. ¿Cómo te has atrevido? ¡Mira que cortar las amarras de su bote! ¿Qué dirá la policía cuando se lo cuentes?

—No me parece que deba contarlo todo —dijo *Jorge*—. A lo mejor, la policía cree que he ido demasiado lejos. Dejemos que esos hombres pasen un poco de frío esta noche en la isla y ya pensaremos mañana lo que debemos decir a la policía. ¡Uf, qué sueño me ha entrado de pronto!

—Entonces, volvamos —dijo Dick—. ¿Dónde has dejado los documentos?

—En la barca de Connell, el pescador —contestó *Jorge*, dando un enorme bostezo—. Allí los he escondido.

—Iré por ellos —dijo Julián—. En seguida regresaremos. Ana y *Manitas* estarán preocupados por nuestra tardanza.

Minutos después todos estaban en el pequeño campamento. Sus amigos los rodearon, haciéndoles miles de preguntas. Ana estaba muy pálida y tenía a Jenny a su lado. Estaba a punto de llamar a la policía cuando vio aparecer a *Jorge*.

—Ya os contaremos todos los detalles mañana por la mañana —dijo Julián—. Pero sabed que los documentos están a salvo. Los ladrones son el señor Wooh y otro hombre al que no conocemos. Estaban en la isla esperando a *Jorge*, pues el mago oyó lo que dijimos en la tienda. *Jorge* los ha arrojado a los dos al agua y ha soltado su bote, de modo que se lo habrá llevado la corriente. Ahora tendrán que pasar toda la noche en la isla, esperando a que llegue la policía.

—¿Todo eso ha hecho *Jorge*? —exclamó Jenny, sorprendida—. No creía que fuese tan peligrosa. Hasta me da un poco de miedo. ¡Hala! ¡Todo el mundo a dormir! Estáis muy cansados.

Jorge se acostó, y, segundos después, dormía como un tronco. Julián y Dick hablaron un rato de lo sucedido y, al fin, se

durmieron también.

A la mañana siguiente, cuando estaban todos en la casa tomando el desayuno, apareció Jeremías.

—¡El señor Wooh no está en su tienda! ¡Ha desaparecido! —anunció—. El pobre *Charlie* está apenadísimo.

—Podemos decirte exactamente dónde está el señor Wooh —dijo Julián—. ¡Espera, *Manitas*! ¿Adónde vas? Todavía no te has acabado el desa…

Pero *Manitas* había echado a correr seguido por Jeremías. Quería mucho a *Charlie*. Temía que el chimpancé añorase tanto a su amo, que se negara a comer. Acompañado de *Travieso* y Jeremías se dirigió a la jaula de *Charlie*. Éste estaba sentado y, con la cabeza entre las manos, gemía.

—Entremos en la jaula —dijo *Manitas*—. Necesita consuelo. Debe de echar mucho de menos al señor Wooh.

Entraron en la jaula, se sentaron en la paja y rodearon con sus brazos los anchos hombros de *Charlie*.

El señor Tapper se quedó boquiabierto al ver a los dos chicos enjaulados.

—¿Sabéis lo que ha ocurrido? —exclamó—. El señor Wooh no ha aparecido por aquí desde ayer por la noche. ¡Jeremías, sal de ahí, tienes demasiado trabajo para poder perder el tiempo consolando al chimpancé! Tú, *Manitas*, puedes quedarte si quieres.

Jeremías salió de la jaula y *Manitas* se quedó junto a *Charlie*. De pronto oyó un extraño y leve ruido que se repetía una y otra vez sin interrupción: «Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac…».

«Parece un reloj», se dijo.

Empezó a escarbar en la paja. Quizás se le habría caído al señor Wooh. De pronto, su mano tropezó con un objeto pequeño y redondo. Lo sacó y se quedó mirándolo, sorprendido. *Charlie* se lo arrebató y lo volvió a esconder entre la paja con un gruñido de enojo.

—*Charlie*, ¿de dónde has sacado este reloj? —le preguntó *Manitas*—. Oye, *Charlie*: como estás tan triste, te lo regalaré. Pero me extraña que seas capaz de hacer una cosa así. Estoy asombrado.

Salió de la jaula y se dirigió al jardín de su casa. Entró precipitadamente en el comedor, donde sus amigos estaban

terminando de desayunarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dick.

—¡Escuchad! Ya sé quién es el que subió a la torre. ¡Ya sé quién es! —gritó *Manitas*, incapaz de dominar sus nervios.

—¿Quién es? —preguntaron todos.

—¡*Charlie*, el chimpancé! —dijo *Manitas*—. ¿Cómo no se nos ocurriría antes? Puede trepar por todas partes. Para él fue sumamente fácil subir a lo alto de la torre, agarrándose a los bordes de las piedras y a los tallos de las enredaderas, para entrar por la ventana, apoderarse de los papeles y bajar otra vez.

—La cosa es clara —dijo Julián—. El susurro que oyó Jenny era la voz del señor Wooh ordenando a *Charlie* que subiese. Estoy seguro de que han adiestrado al buen *Charlie* para entrar por las ventanas y robar todo lo que vea.

—El señor Wooh pudo enseñarle fácilmente a recoger cuartillas —dijo Dick—, pero en el despacho había muchas y el pobre *Charlie* no pudo recogerlas todas. Necesitaba las manos y los pies para bajar y sólo transportó las que le cabían en la boca. Algunas se le cayeron y fueron a parar debajo de la mesa.

—Pero oye, *Manitas*: ¿cómo sabes tú que fue *Charlie* el ladrón? —preguntó Julián—. Nadie lo pudo ver. La noche era muy oscura.

—Muy fácil. ¿Os acordáis del despertador que desapareció aquella noche? —repuso *Manitas*—. Pues lo tenía escondido entre la paja de la jaula. Yo lo he encontrado, guiándome por su tictac, y *Charlie* se ha apresurado a quitármelo de las manos. Lo he visto tan enfadado, que se lo he devuelto.

—¿Y quién le daría cuerda para que haya seguido funcionando? —preguntó Julián.

—Supongo que *Charlie* —dijo *Manitas*—. ¡Es tan listo! El despertador tenía un buen escondite, ya que no entra nadie en la jaula, pero, al ver tan triste a *Charlie*, he entrado yo a consolarlo y entonces lo he descubierto.

—Pero, ¿cómo se explica —preguntó Jenny— que el señor Wooh no viera el despertador?

—Como ha dicho *Manitas*, *Charlie* necesitaba las manos para bajar, y debió de transportarlo en la boca a la vez que los papeles. Tiene la boca muy grande. Hay que ver la cantidad de comida que

le cabe en ella.

—Así debió de ser. Luego le daría los papeles al señor Wooh y él se quedaría con el despertador en la boca. ¡Pobre *Charlie*! Me parece estar viéndolo, escuchando como un niño pequeño el tictac del despertador y agitándolo.

—Hace un rato parecía estar llorando —dijo *Manitas*—. ¡Me ha dado una pena! *Charlie* no se explicaba por qué el señor Wooh no iba a verle como todas las mañanas.

—Tendremos que avisar a la policía —dijo Julián—. Supongo que detendrán al señor Wooh y a su cómplice, por haber robado los documentos del profesor Hayling. Sabe Dios las cosas que le habrán hecho robar al buen *Charlie*. Estoy seguro de que el señor Wooh le ha hecho escalar muchas paredes y entrar por muchas ventanas.

—Sí, habrá habido robos en todos los lugares en que ha trabajado el circo —dijo Jenny—. Y la policía habrá sospechado de muchos inocentes.

—¡Qué canalla! ¡Qué canalla! —exclamó Ana—. Pero, si el señor Wooh va a la cárcel, ¿qué será del pobre *Charlie*?

—Yo creo que se lo quedará Jeremías —dijo *Manitas*—. Lo quiere mucho y *Charlie* también lo quiere a él. Estará muy bien con Jeremías y el abuelo.

—Oye, *Manitas*: a mí me parece que debes contárselo todo a tu padre —dijo Jenny—. Está muy ocupado, pero para una cosa así vale la pena interrumpirle. Al fin y al cabo, los documentos son suyos. *Jorge* le explicará lo ocurrido. Veréis como él llama inmediatamente a la policía.

Fueron a buscar al profesor. Éste escuchó atentamente lo que le contaron, a pesar de que a *Manitas* le dio por imitar el ruido de un biscuter subiendo una cuesta. Luego llamó a la policía.

Pronto irían los agentes a la isla. El señor Wooh lo pasaría muy mal: esta vez su magia no le serviría para nada. Tendría que devolver los documentos que había hecho robar a *Charlie* y otras muchas cosas. Allí estaba, prisionero en la isla con su cómplice, esperando la llegada de la policía.

—¡Otra aventura que se acaba! —se lamentó *Jorge*—. ¡Ha sido estupenda! Te felicito por haber desvelado el misterio, *Manitas*. Fue una suerte que encontraras el despertador. Seguro que el señor

Wooh se lo habría quitado a *Charlie* de haberlo visto.

—Me pregunto si papá me dejaría tener a *Charlie* mientras el señor Wooh está en la cárcel… —empezó a decir *Manitas*. Pero le interrumpió un grito de Jenny.

—¡*Manitas*! Si te atreves a pedirle eso a tu padre, me voy ahora mismo de esta casa para no volver nunca más —dijo Jenny—. Ese chimpancé estaría el día entero metido en mi cocina, robando cosas de la despensa. Acabaría con todo, bailaría y me haría muecas cuando le dijese algo y…

—Bien, bien, Jenny; no le diré nada a papá, te lo prometo —dijo *Manitas*—. Prefiero tenerte a ti que al chimpancé… Pero es que *Travieso* tendría un compañero y…

—¡No y no! —exclamó Jenny—. ¡Bastante entretenimiento tienes con tu mono! ¡Mira, ya está comiendo fruta! ¡Vaya semanita! Un chimpancé… un mono… ladrones… niños… *Jorge* desaparecida…

—¡Qué buena es! —comentó *Jorge*, mientras la cocinera desaparecía por la puerta de la cocina—. ¡Y qué bien lo hemos pasado! ¡Ha sido una aventura emocionante!

Nosotros también lo hemos pasado muy bien, *Jorge*. Buscad otra aventura en seguida. Nos morimos de ganas de veros metidos en un nuevo enredo. ¡Cómo nos gustaría unirnos a vosotros! Pero ahora, adiós a los Cinco, y ¡buena suerte!

FIN



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] El criquet es un deporte muy popular en Inglaterra. Sus reglas son complicadas. Tiene cierto parecido con el beisbol, más conocido en España. (*N. del T.*). < <